

«NADA ES ETERNO, SALVO LA MÚSICA,  
NI SIQUERA EL AMOR.»

NISA ARCE

BERLIN



# Índice

[Créditos](#)

[Notas previas](#)

[Escucha la playlist de Berlín](#)

[Dedicatoria](#)

[My Death](#)

[Track 01: Where Are We Now?](#)

[Tear Me Down](#)

[Track 02: Midnight Radio](#)

[By This River](#)

[Track 03: A New Career In A New Town](#)

[Dandy In The Underworld](#)

[Track 04: Children Of The Revolution](#)

[Sound and Vision](#)

[Track 05: Andy's Chest](#)

[The Passenger](#)

[Track 06: Satellite of Love](#)

[Always Crashing In The Same Car](#)

[Track 07: This Mess We're In](#)

[Berlin](#)

[Track 08: Ashes to Ashes](#)

[Lady Stardust](#)

[Track 09: Some Weird Sin](#)

[Elegie](#)

[Track 10: Rock 'N' Roll Suicide](#)

[Shine a Light](#)

[Track 11: Lust For Life](#)

[Heroes](#)

[Track 12: Weeping Wall](#)

[Sunday Morning](#)

[Track 13: Teenage Dream](#)

[The Show Must Go On](#)

[Track 14: Cracked Actor](#)

[Fame](#)

[Track 15: Walk On The Wild Side](#)

[Heroin](#)

[Track 16: Something I Can Never Have](#)

[Breaking Glass](#)

[Track 17: German Days](#)

[The Pure and the Damned](#)

[Track 18: Sons of the Silent Age](#)

[Perfect Day](#)

[Track 19: Bizarre Love Triangle](#)

[You Can't Always Get What You Want](#)

[Track 20: Himmelblau](#)

[Time](#)

[Track 21: Slip Away](#)

[Wind of Change](#)

[Track 22: Welcome](#)

[Hidden Track: Epilogue](#)

[Bonus Track: Glosario](#)

[Listado de canciones incluidas en la playlist](#)

# Créditos

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación de la autora.

© 2018, *Berlín*

© 2018, Nisa Arce, de la presente edición

© Beta Reader: Nayra Ginory

© Diseño de portada: Lucía Arca

Has adquirido una obra publicada mediante autoedición. Gracias por apoyar el trabajo de los autores independientes.

<http://www.Nisa-Arce.net>

Todos los derechos reservados.

No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni su transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso de los titulares de los derechos.

# Notas previas

Estaba trabajando en el borrador de esta novela cuando me llegó la noticia de la muerte de Chris Cornell; seguía trabajando en ella cuando me llegó la de la muerte de Chester Bennington. En ambos casos, mi primer pensamiento al enterarme fue que otra generación ya tenía a su «suicida del *Rock 'N' Roll*», al igual que considero que el de la mía fue Kurt Cobain.

Justo cuando había terminado de escribirla, murió Dolores O'Riordan. Me pareció bastante simbólico, porque el motivo por el que saltó en mi cabeza la chispa que originó la historia que vas a leer a continuación, fue otra muerte. Nada más y nada menos que la de David Bowie.

Recuerdo que aquel 10 de enero de 2016 me senté al ordenador para empezar a trabajar. Era temprano, hacía frío y estaba oscuro. Me enteré por Twitter. Lo primero que hice fue poner *Lazarus*, y mientras asimilaba, al igual que medio planeta, que aquella canción que llevaba varias semanas obsesionándome era en verdad una «carta de despedida», abrí el procesador de textos y con lágrimas en los ojos escribí una frase; las catorce palabras con las que empieza esta novela, surgidas de la nada, así, sin más. Ese archivo con esa única frase estuvo en el disco duro de mi ordenador cerca de un año, hasta que supe que había llegado el momento de darle forma a la historia.

Decir que la música es mi gran pasión sería quedarme corta. Llevaba mucho tiempo con ganas de escribir una novela ambientada en el *glam rock* de los 70, en concreto desde la primera vez que vi la película *Velvet Goldmine* y, alucinada, me dije: «Yo quiero hacer algo así algún día, una historia de ficción pero llena de guiños a Bowie». Así que podría decirse que *Berlín* es mi *Velvet Goldmine* particular, aunque decidí inspirarme, más que en su etapa *glam*, en la que es la época que más me fascina de toda su carrera: esa en la que él gestó su *trilogía berlinesa*, formada por los discos *Low*, *Heroes* y *Lodger*.

Como he dicho, *Berlín* es una historia de ficción, pero está repleta de referencias. Se puede leer perfectamente sin tenerlas en cuenta, pero al final de la novela encontrarás un glosario donde las cito y explico.

No voy a desmentirlo: esta novela es mi pequeño homenaje personal a Bowie, pero Andy, el protagonista indirecto, representa a su vez a todos aquellos que se quedaron en el camino de los excesos de la fama; a los que pusieron fin a sus vidas o la perdieron a consecuencia de los trastornos mentales y las adicciones. Por nombrar a unos pocos, además de los ya

citados: Elvis Presley, Amy Winehouse, Prince, Michael Jackson, George Michael, Whitney Houston, Ian Curtis o Sid Vicious. Una lista en la que posiblemente el propio Bowie hubiera acabado de no haber tomado la decisión de marcharse a Berlín Oeste en 1976 para poner en orden su vida y reconducir su carrera.

*Nada es eterno, salvo la música*, dice Andy en la novela. Y creo que es cierto. La música los ha hecho inmortales, aunque el precio a pagar por esa inmortalidad haya sido alto.

No me extenderé por más. El espectáculo debe continuar.

*Let's rock.*

# Escucha la *playlist* de *Berlín*

Aunque no es imprescindible, te recomiendo que acompañes la lectura de esta novela con la escucha de las canciones que he utilizado para darle forma. Puedes escuchar la *playlist* de *Berlín* en Spotify (<https://goo.gl/nCRvUt>) o en Deezer (<https://goo.gl/bXkgP6>).

Si prefieres crear personalmente la *playlist*, tras el glosario que acompaña a la novela encontrarás el listado completo de las canciones que la componen (puedes acceder al listado a través del índice de este eBook).

*A Lou (Reed).*  
*A Marc (Bolan).*  
*A Freddie (Mercury).*  
*A John (Lennon).*  
*A Mick (Jagger).*  
*A Tony (Visconti).*  
*A Brian (Eno) y Brian (Molko)*  
*A Iggy (Pop).*  
*Y a Bowie.*  
*David Bowie.*



*My death waits like a Bible truth  
at the funeral of my youth.  
We drank for that and the passing time.  
My death waits like a witch at night  
as surely as our love is bright.  
Let's not think of that or the passing time.*

*(Mi muerte espera como una verdad bíblica  
en el funeral de mi juventud.  
Brindamos por ello y por el paso del tiempo.  
Mi muerte espera como una bruja en la noche,  
con tanta certeza como la luz de nuestro amor.  
No pensemos en ello ni en el paso del tiempo.)*

*My Death, Jacques Brel*

# Track 01: *Where Are We Now?*

Anoche, cuando el teléfono empezó a sonar de madrugada, supe que Andy había muerto.

Permanecí sentado en la cama mientras los timbrazos desgarraban la oscuridad, y deseé con todas mis fuerzas equivocarme; oír su voz al otro lado de la línea; que simplemente fuera otro de sus reclamos a horas intempestivas por obra y gracia de las musas. Sin embargo, la intuición no me falló. Será que de tanto que he esquivado a la Parca, la siento donde otros no pueden. O quizás que, inconscientemente, la percibí flotando a su alrededor el último día que compartí con él.

Desde Londres me pusieron al tanto de lo ocurrido. Las palabras resbalaron lentamente por el auricular, suplicándome que fuera hacia allá cuanto antes para combatir en alguno de los frentes que, con el estallido de la noticia, quedarían abiertos: la prensa, la discográfica, los promotores, los miles y miles de fans alrededor del mundo...

Ámsterdam seguía sumida en el sueño cuando puse rumbo al aeropuerto, y mientras recorría la distancia a bordo de un taxi, tomé la decisión de comprar un billete para el primer vuelo disponible, pero no con la intención de partir a tierras británicas. En lugar de ello, vine aquí, a Berlín. Esta ciudad que aún resurge de sus cenizas, y que continúa dividida aunque de la RDA solo quede el mal recuerdo. El lugar en que nací y al que juré no regresar.

Si le he puesto fin al exilio voluntario, ha sido por él. Porque puede que el mundo entero ahora lamente su desaparición, pero somos pocos los que recordamos que fue precisamente en Berlín donde Andy terminó de forjar su leyenda.

Bajo un cielo plomizo recalé en el barrio donde, sin pretenderlo, me convertí en testigo de una época que cambiaría mi vida para siempre. La mía y la de otros tantos, como ese al que no tardé en distinguir a lo lejos.

Ante la fachada del edificio donde pasamos infinidad de buenos y malos momentos, estaba Todd. Desde que arrancó su brillante carrera como artista plástico no nos vemos todo lo que quisiera, si bien no hemos perdido el contacto. Se giró, y sus grandes y expresivos ojos azules se clavaron en los míos. Le noté envejecido. Puede que él se llevara la misma impresión de mí.

Con solo mirarnos, ambos supimos que habíamos acudido a Berlín por la misma razón. Y es que para muchos Andy fue un creador infatigable, un socio,

un genio, un ídolo o un amante, pero para nosotros fue todo eso y mucho más: era, ante todo, nuestro amigo. Alguien que nos sacó de los infiernos en los que deambulábamos; alguien que, pese a arrojar luz sobre los demás, no consiguió escapar de las tinieblas que le perseguían.

De otro vistazo comprobé que el Abend, ese local que antaño fue para mí lo más cercano que tuve a un hogar, permanece abierto, impasible a los cambios y las modas. Le hice un gesto a Todd para que me siguiera; acceder juntos al interior fue como transportarnos al final de nuestra juventud.

Otto y Dieter, los dueños, no tardaron en reconocernos; los había puesto al corriente de mi visita nada más aterrizar y me estaban esperando. Ocupamos la mesa que frecuentábamos, situada al fondo. Por los altavoces sonaba *Signals from Mars*, comienzo de la trilogía que Andy concibió y grabó en Berlín; el disco que supuso el despegue de mi trayectoria profesional y un nuevo comienzo en la suya.

Dieter se acercó y me puso una mano en el hombro en señal de aliento. Cuando Otto se le unió, nos quedamos mirando en silencio la silla que ocupaba Andy cuando se pasaba aquí las horas trabajando en nuevas canciones. Como si ese vacío hubiera terminado de evidenciarle la realidad, Todd rompió a llorar.

Nadie siente tanto esta pérdida como él, y nadie es más consciente que yo de su dolor. Porque el tiempo que los tres compartimos estuvo marcado no solo por una oleada desbordante de creatividad, sino también por la certeza de que nada duele más que el amor cuando se transforma en despecho.

Le atraje hacia mí y le abracé, dejando que se desahogara. El disco siguió girando y Berlín fue haciéndose eco de la caída de uno de sus héroes. Ese que se dejó prender por su crudeza cuando vino para buscarme. A mí, un anónimo que, persiguiendo un sueño, llegó desde el otro lado del Muro.

*On August 13th, 1961,  
a wall was erected  
down the middle of the city of Berlin.  
The world was divided by a Cold War  
and the Berlin Wall  
was the most hated symbol of that divide.  
Reviled, graffitied, spit upon...  
We thought the Wall would stand forever.  
And now that is gone  
we don't know who we are anymore.*

*(El 13 de agosto de 1961  
un muro fue erigido  
en medio de la ciudad de Berlín.  
El mundo estaba dividido por la Guerra Fría,  
y el Muro de Berlín  
era el símbolo más odiado de dicha división.  
Despreciado, lleno de graffitis y escupitajos...  
Pensamos que el Muro permanecería ahí para siempre.  
Y ahora que no está  
ya no sabemos quiénes somos.)*

*Tear Me Down, banda sonora original de la película Hedwig And The  
Angry Inch*

## Track 02: *Midnight Radio*

Me llamo Erik.

Aunque se me considera el artífice de algunos de los discos más relevantes de todos los tiempos, mi nombre no os sonará de nada, puesto que sigo usando como seudónimo la identidad falsa con la que logré escapar de Berlín Este. Todos me conocen como Klaus; de hecho, la única persona que me llamaba por mi auténtico nombre ya no volverá a hacerlo. Si Andy se empeñaba en ello, es porque insistió hasta el final en que no debía erradicar mi identidad.

Recuerdo la primera vez que le escuché. Fue en el otoño del 68 y él acababa de hacer su tímido debut como solista. Aquel disco no tenía nada de especial en comparación con los demás que entraban desde Hamburgo gracias a las conexiones marítimas, y, sin embargo, hubo algo que me llamó la atención: no era el mejor cantante del mundo, y sus dotes como compositor aún estaban cercadas por la inexperiencia, pero parecía gritarle al mundo un mensaje directo y conciso.

*Estoy aquí.*

Cuatro años más tarde, cuando sostuve la portada del álbum que lo lanzó al estrellato, reconocí en aquella figura andrógina, de largos cabellos, ojos maquillados y labios rojos entreabiertos a ese joven que no quería ser uno más del montón. Y vaya que no lo fue...

El movimiento *glam* resultó ser tan efímero como apoteósico, producto de las ansias de una generación, la nuestra, por quebrar las normas del mundo sombrío de los que nos precedieron.

En ese sentido, Andy y yo nos comprendíamos a la perfección: los dos fuimos hijos de la postguerra, los dos nos refugiamos en la música y encontramos en ella el vehículo para desviarnos del futuro que nos aguardaba.

El *rock* fue nuestra salvación, pero también nuestra condena.

Para que podáis entenderlo, he de contaros a vosotros también mi historia. Porque nuestros caminos no se hubieran cruzado si mis orígenes no fueran los que son, aunque haya renegado de ellos. Y es que cuando dije que soy un experto en esto de burlar a la muerte, no mentí...

\*

Nací un año después del término de la II Guerra Mundial, en lo que posteriormente se convirtió en la capital de la República Democrática Alemana; el destino quiso que mi madre residiera en la zona de Berlín que los

soviéticos reclamaron tras la repartición del territorio.

Vivíamos en un piso minúsculo cerca de Alexanderplatz. Ella se ganaba el salario en una fábrica de textiles, y me sacó adelante sin grandes lujos, aunque también sin demasiadas carencias. Nunca me dijo quién era mi padre. Durante un tiempo fantaseé con que por mis venas corriese sangre francesa, inglesa o americana, pero poco a poco las incógnitas sobre mis orígenes fueron perdiendo peso, al ser acaparado mi interés con la llegada de la adolescencia por algo que no tardó en fascinarme: me pasaba las horas pendiente de las emisiones radiofónicas de las Fuerzas Aliadas, absorbiendo cuantas melodías y estrofas quedaban a mi alcance.

Aquellas primeras canciones se convirtieron en mis compañeras nocturnas. Las bases del inglés que ahora hablo se las debo a ellas, y también que me hicieran soñar despierto cuando con la llegada del amanecer tenía que entregarme a la rutina.

Eran tiempos convulsos, y aunque pasé buena parte de mi infancia ajeno a la velocidad con la que se transformaban los mapas políticos, durante el verano en que cumplí quince años todo cambió: los sectores berlineses que pertenecían a la República Federal Alemana presumían de ofrecer mejores condiciones de vida a sus ciudadanos, y cada vez eran más los que decidían cruzar la frontera, ya fuese a diario para trabajar o para instalarse allí indefinidamente. Con el objetivo de prevenir un éxodo, el gobierno decidió tomar cartas en el asunto.

El día en que se empezó a levantar el Muro ha quedado grabado a fuego en mi memoria. El Este contra el Oeste. El comunismo contra el capitalismo. La RDA contra la RFA.

Familias enteras separadas, amistades rotas, romances imposibles. Y vidas. Demasiadas vidas dejadas en el intento de escapar de aquella jaula en la que nos vimos encerrados de forma involuntaria.

El primero que la perdió tratando de huir apenas me superaba en edad. Lo ametrallaron y lo dejaron desangrarse en tierra de nadie, sin que los guardas fronterizos de uno y otro bando hicieran nada por evitarlo.

Aquel suceso, esa advertencia sobre lo que le ocurriría a los que se atreviesen a seguir sus pasos, obró un efecto devastador en mí. La perspectiva de la falta de libertad se me hacía intolerable; tampoco soportaba la actitud de mi madre. Ella prefería trabajar hasta la extenuación, resignada, como si hubiese perdido cualquier esperanza y se contentase con llevar una vida con los menores sobresaltos posibles. Después de todos los horrores que de

seguro presencié, no puedo culparla, pero en aquellos momentos, insultantemente joven como era, solo pensaba en mi propia desgracia.

Me refugié en el viejo transistor, pero llegó un momento en el que con las emisiones nocturnas no era suficiente: necesitaba más música. Ansiaba empaparme de otros estilos, conocer las nuevas corrientes, aprender de los clásicos. Sentir a través de las canciones que había más mundo ahí fuera del que conocía. Y esta necesidad fue lo que me llevó a rebelarme.

De mí se esperaba que fuera responsable, que acabase los estudios y me enrolara en las filas del *Volksarmee* para hacer el servicio militar durante el año y medio de rigor. Que eligiera luego una profesión, encontrara esposa y formase familia. En resumen, que me convirtiera en un ciudadano de provecho, que no me metiera en problemas quebrando las reglas.

Pero nada de eso era lo que yo quería.

En tiempos de escasez prima la picaresca, y no tardé en descubrir que no era el único que se resistía a permanecer de brazos cruzados: las redes del mercado negro eran poderosas, y la organización de su infraestructura, apabullante. A diferencia de los ciudadanos de la RDA, aquellos que estuvieran en posesión de un pasaporte de la RFA contaban con libertad de circulación por ambos territorios, y el estraperlo se convirtió en moneda de cambio.

A los diecisiete me había labrado un renombre como contrabandista de vinilos. Era discreto, tenía suficiente sangre fría como para salir airoso de situaciones complicadas, y, sobre todo, sentía auténtica pasión por el material que circulaba por mis manos. El procedimiento era sencillo: una vez a la semana tenía que acudir a alguno de los pisos francos dispersados por la ciudad y esperar a que llegase el contacto con nueva mercancía. Después, tras recibir instrucciones por su parte, me correspondía entregarla a sus nuevos dueños.

A cambio no pedía dinero, solamente el privilegio de escuchar aquellos vinilos antes de repartirlos. Cambié las horas en vela pendiente de la radio por las horas muertas tirado en suelos diversos, rodeado de discos, dejándome seducir por esta y otras bajas pasiones. Y es que gracias a mi nueva faceta no solo descubrí infinitos mundos sonoros, sino otros más bien terrenales...

Fue él, mi contacto, quien me guió por esos senderos.

Era dos o tres años mayor que yo y vivía en el sector británico de Berlín Oeste. Atravesaba la frontera alegando ir a visitar a sus familiares del Este y, de paso, llevarles algunos regalos. No descarto que gozara de algún que otro

privilegio a base de sobornos.

Ignoro en qué momento exacto ocurrió, pero con el trato en aras de llevar a cabo nuestras respectivas funciones, surgió la complicidad. En lugar de limitarse a hacer la entrega y marcharse, empezó a hacerme compañía mientras yo me cobraba por adelantado mi retribución.

Nos tumbábamos junto al tocadiscos portátil y escuchábamos, criticábamos o elogiábamos a los cantantes de turno. También por influencia suya me aficioné a entregarme al ritual con el sabor del tabaco inundándome los sentidos.

Es curioso: tampoco recuerdo cuándo empecé a sentirme atraído por él, pero sí la voluptuosidad de las columnas de humo que ascendían, fundiéndose con la luz que entraba por las ventanas de aquellos inmuebles deshabitados.

Una de esas tardes, mientras permanecía recostado junto a él con la cabeza apoyada en uno de mis brazos, me besó. Tras la sorpresa inicial no hubo rechazo ni disgusto, tan solo un cosquilleo que me exigía más. Al probar nuevamente sus labios, volví a rebelarme. Ya lo había hecho contra la imposición de ser un ciudadano modélico; contra la máxima de formarme en el ejército, algo que a medida que se aproximaba mi mayoría de edad me producía mayor rechazo; al perderme en el calor de su cuerpo, también me rebelé contra lo que como hombre se esperaba de mí.

Fue él quien me descubrió una faceta de mí mismo que hasta entonces no me había atrevido a explorar. El que me hizo ser consciente de que también en los terrenos del sexo y el amor estaba condenado a la clandestinidad.

Le confesé mis inquietudes y frustraciones. Cada semana, resguardados entre portadas y volutas de humo, intercambiábamos noticias de uno y otro bando. A medida que nuestros encuentros iban sucediéndose y me ponía al tanto de cómo estaba la situación más allá de las alambradas y el hormigón, mis ansias se fueron incrementando.

—¿Ya te ha llegado? —me preguntó una de esas tardes cuando le tendí la carta que acababa de recibir.

Mientras él leía el comunicado por el que el Ejército Popular Nacional me llamaba a filas en un plazo de tres semanas, supe que para mí ya no había vuelta atrás:

—Tengo que irme de la RDA.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como que prefiero morir intentándolo a pasar por el aro.

La cara del vinilo que estábamos escuchando llegó a su fin, y la aguja, tras



hacer su característico ruido, se detuvo y volvió a su posición original. Se formó un denso silencio que él rompió al incorporarse para empezar a rebuscar entre sus ropas.

—¿Qué haces?

—Dame tu pasaporte.

—¿Cómo que...?

—Dámelo, de prisa —insistió.

Lo imité y extraje del abrigo mi documentación. Una vez tuvo tanto mi pasaporte como el suyo, fue en busca de la caja de caudales donde se guardaban herramientas.

Observé su gesto de concentración. Armado con una navaja, pinzas y cola, vi cómo retiraba su fotografía del pasaporte con sumo cuidado. A continuación, extrajo la fotografía del mío. Recurriendo a toda la precisión que fue capaz de reunir, recortó los bordes y la pegó en su pasaporte de la RFA. Una vez comprobó que las marcas de tinta de los respectivos sellos oficiales parecían converger, me tendió el documento.

—Dirígete al control fronterizo del sector americano.

Me quedé helado. Sin darme tiempo para replicar, insistió:

—Cuando queda poco para el cambio de guardia es el mejor momento, las patrullas están deseando que llegue el relevo y no ponen tanta atención. Vístete y márchate. Ahora.

—Pero, Klaus...

Se puso en los labios el último cigarrillo que nos habíamos liado, y tras encenderlo acercó la carta hasta que la prendió. Observando cómo el papel oficial se iba consumiendo poco a poco, me dijo algo que no olvidaré en la vida:

—Yo no soy Klaus, lo eres tú. —Me miró fijamente a los ojos y lo repitió para que lo interiorizase—: Eres Klaus Müller, ciudadano de la RFA. Vives en el distrito de Spandau, en el sector británico, y viniste hoy a la RDA a visitar a unos familiares. Tu tío vive cerca, y como en breve se hará de noche decidiste regresar por aquí en lugar de deshacer el camino.

—¿Y tú?

—Me las apañaré. Seguro que alguno de mis contactos puede conseguirme documentación falsa. —Mientras daba otra calada, esbozó una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora—. Te buscaré cuando esté allá. Volveremos a vernos pronto, te lo prometo.

Apenas nos dio tiempo para mucho más. Me dio las señas de alguien de su

confianza, y tras repasar una última vez los datos que solamente tenía que facilitar si me preguntaban, llegó la hora de la despedida.

—¿Por qué haces esto?

Y él, tras besarme, replicó:

—Porque creo en ti.

Bajé las escaleras y recalé en la calle, en donde empecé a andar a buen paso tratando de mantener templados los nervios, resistiéndome a echar la vista atrás. La mano derecha, metida en uno de los bolsillos, repasó el relieve del que sería mi salvoconducto hacia una nueva existencia.

La noche había caído cuando llegué al control fronterizo. Sin dejarme vencer por la inseguridad, le entregué el pasaporte a aquel soldado. Este lo miró, luego me miró a mí.

Permanecí quieto, relajado, como si aquello fuese un incómodo trámite burocrático del que ya tenía costumbre. Empleé toda mi fortaleza mental en no mirar de reojo las armas, ni en pensar que al menor resquicio de sospecha sería arrestado.

Cuando el guarda me habló, se me disparó el pulso:

—¿Tienes tabaco?

Asentí. Le entregué prácticamente todo el picado que llevaba encima, y como si con aquel botín le hubiese puesto la guinda a su jornada, me devolvió la documentación.

—Buenas noches.

—Buenas noches —contesté.

Aun a día de hoy me pregunto de dónde saqué la voluntad para no echar a correr los metros que me separaban del cartel donde se anunciaba el inicio del sector americano. Eran apenas un centenar, pero me parecieron eternos. Mientras deshacía la distancia y la caseta del nuevo control fronterizo iba aproximándose, me asaltó una imagen: la de la mesa del salón de casa. Esa mañana, fiel a su costumbre, mi madre había dejado dispuesto el menaje para encontrarlo listo al llegar de la fábrica. El tiempo que dedicábamos a tomarnos el té al final de la jornada era el único que realmente pasábamos juntos a diario.

Al imaginarla en esos momentos esperándome sin saber que no iba a volver, se me formó un nudo en la garganta.

Era el precio a pagar por mis ambiciones: la había convertido en la madre de un traidor. No debía tratar de ponerme en contacto con ella, o corría el riesgo de complicarle todavía más su delicada situación.

Aun así, no derramé ni una lágrima.

El guarda americano hizo una laxa revisión y me dio permiso para entrar. Estaba en la RFA.

Era libre.

En cuanto a Klaus, quizás no tuvo tanta suerte como yo al tratar de pasar los controles. Tal vez dio con sus huesos en alguna de las prisiones a las que mandaban a los insurrectos, o fue uno de los tantos que intentaron en vano atravesar a pie la *franja de la muerte*.

Nunca más supe de él. Y por eso, aunque legalmente ya no tenga motivos para hacerlo, sigo usando su nombre...

Para no dejar que su sacrificio caiga en el olvido.

*Here we are, stuck by this river.  
You and I, underneath a sky that's ever falling down.  
Ever falling down.  
Through the day as if on an ocean.  
Waiting here,  
always failing to remember why we came.  
I wonder why we came...*

*(Aquí estamos, atrapados por este río.  
Tú y yo, bajo un cielo que continuamente está cayendo.  
Continuamente cayendo.  
A través del día, como si fuera un océano.  
Esperando aquí,  
siempre incapaces de recordar por qué vinimos.  
Me pregunto por qué vinimos...)*

*By This River, Brian Eno*

## Track 03: *A New Career In A New Town*

Me bastó con apenas alejarme del puesto fronterizo para darme cuenta de la diferencia abismal que había entre Este y Oeste: en lugar de las farolas de gas que arrojaban su luz amarillenta y difusa por las calles en las que crecí, en esa zona del sector americano eran bombillas eléctricas las que iluminaban el pavimento. Algo que continúa siendo exactamente igual.

Que aquella fuese una noche oscura y fría no hizo sino incrementar mi inquietud. Había escuchado decenas de veces que allá daba igual que fueras un refugiado, que a los yanquis lo único que les importaba era que abrazases su ideología, pero no pude evitar pensar que alguien de mi edad a esas horas, sin tener la remota idea de dónde se encontraba ni de la distribución de los vecindarios, era cuanto menos sospechoso. La posibilidad de ser expulsado me producía pavor.

Así que eché a andar sin rumbo, repitiendo constantemente para mis adentros las señas que me habían dado. Apreté los dientes para que no castañearan, me fumé lo poco que me quedaba de tabaco y deambulé, preguntando muy de vez en cuando a aquellos con los que me topaba si Hauptstrasse estaba cerca.

Había perdido la noción del tiempo para cuando di por fin con la dirección. No era más que un edificio de apartamentos sin ningún atractivo. Accedí al portal, subí por las escaleras a la segunda planta y de nuevo tratando de mantener la compostura, toqué a la puerta.

Pasados varios segundos, un joven me abrió. Su rostro denotó extrañeza al no reconocermelo.

—¿Quién eres? —me soltó sin rodeos.

De fondo pude escuchar voces y risas. Le miré a los ojos y también fui directo:

—Pregunto por Dieter.

—¿Nos conocemos?

—Vengo de la RDA. Me envía Klaus, él me dijo que podía confiar en ti.

Dieter frunció el ceño y me miró de arriba abajo. De pronto, pareció atar cabos:

—¿No serás el que coloca la mercancía...?

Yo asentí de un cabeceo.

Su expresión se tornó preocupada.

—¿Él te ha ayudado a cruzar?

Volví a asentir.

—¿Cuánto hace que llegaste?

—No lo sé... Dos, tres horas... —dije con un hilo de voz.

Dieter, tras hacerme entrar, me condujo hasta el salón del apartamento, donde vi a varios hombres sentados alrededor de botellas de cerveza.

—Vaya, ¿nuevo invitado? —dijo uno de ellos—. Bueno, si has traído algo decente eres más que bienvenido.

—Pues sí, que nos estamos quedando sin provisiones —comentó otro, vaciando su vaso.

—Otto, ven —indicó Dieter, muy serio, al primero que había hablado.

Este, alarmado por su gesto, no tardó en seguirnos. Solo cuando estuvimos los tres en la cocina, Dieter procedió a darle detalles:

—Es el chico del que nos habló Klaus.

—Así que tú eres su famosa conquist... —hizo ademán de alabarme, pero al captar el trasfondo de lo que acababa de oír, en especial al cotejarlo con mi presencia ahí, en territorio opuesto, Otto no pudo acabar la frase. En lugar de ello, se me acercó y me dijo en tono suave—: Debes de estar agotado. ¿Tienes frío? Te prepararé algo para que entres en calor.

—Voy a echar a estos —anunció Dieter.

Otto me instó a que tomara asiento. Poco después me llevé a los labios una taza humeante de chocolate. De haber sido otras las circunstancias hubiera considerado humillante que se decantase por una opción tan infantil, pero en esos momentos sentí que me abrigaba el alma.

—¿Se han ido ya? —preguntó tras sentarse en otra silla a mi lado.

—Sí. Habrá que compensarlos por las molestias... —Dieter nos imitó y, de nuevo, fue al grano—: ¿Dónde está Klaus?

—En la RDA. Cambió la foto de su pasaporte por la mía y me lo dio; dijo que no me preocupase, que ya encontraría la forma de conseguir uno falso —respondí.

Ellos intercambiaron una rápida y grave mirada.

—Seguro que no tarda en estar de vuelta, es más listo que el hambre y conoce gente en todas partes —afirmó Otto, intentando sonar convincente—. ¿Cómo has cruzado?

—Por el puesto fronterizo.

—Pues ha sido una suerte que colara... —observó Dieter—. Yo lo tuve más complicado.

—¿Tú también eres del Este? —me asombré.

—Sí. Tuve que esconderme en un hueco junto al motor de una camioneta. — Como si recordar la gesta le resultase especialmente doloroso, se limitó a añadir—: Fui de los primeros en hacerlo así, pero hoy en día han endurecido los controles y ya casi nadie lo intenta.

Bebí un poco más. Aquella revelación, sobre todo saber que él podía ponerse en mi piel, hizo que me sintiera un poco más tranquilo.

—Ya estás aquí, así que no hay nada que temer —intervino Otto—. ¿Tienes alguien a quien acudir?

Negué con la cabeza. Ellos dos volvieron a mirarse.

—Es tarde —concluyó Dieter—. Pasarás la noche con nosotros, ¿de acuerdo?

Sin encontrar palabras para agradecer la hospitalidad, volví a asentir.

Pasaban de las doce para cuando estuve tumbado en el sofá del salón, cobijado entre mantas y cojines, vistiendo ropas prestadas y con el estómago lleno.

Ellos cerraron la puerta de lo que parecía ser el único dormitorio de la vivienda, y la estancia al completo quedó sumida en la oscuridad. Si prestaba atención, podía escuchar el bisbiseo de la conversación que estaban manteniendo.

Exhausto física y emocionalmente, y sin ánimos para tratar de captar retazos de aquel diálogo, no tardé en quedarme dormido.

\*

A día de hoy, Dieter y Otto siguen siendo considerados unos pioneros dentro de la comunidad gay de Berlín.

Lo suyo, más que en amor, se convirtió desde el principio en una carrera de obstáculos: se conocieron siendo muy jóvenes, y cuando decidieron ir en contra de la norma y empezar a convivir, Dieter prefirió posponerlo para cuidar de sus padres. Quiso la fatalidad que durante el verano en que estos más dependían de él, empezara a erigirse el Muro.

Otto, residente en Berlín Oeste, se pasó varios años intentando en vano que las autoridades les concedieran a los tres un permiso de traslado a la RFA. Desesperado, empezó a buscar alternativas, en especial cuando Dieter ya no tuvo nada que lo atase al sector soviético. Fueron los inicios de ambos en el mercado negro; uno en cada bloque, tejiendo la red de contactos que otros heredaríamos, combatiendo con las armas del secretismo y persiguiendo un fin común.

Según me contó Otto no mucho después de mi llegada al sector americano, la noche en que Dieter logró cruzar la frontera fue la más angustiada de toda su vida, pero verle llegar al punto de encuentro que ambos habían acordado fue como despertar de la peor de las pesadillas.

Llevan juntos treinta y siete años, y su cafetería, la primera *gay-friendly* que se abrió en Berlín, es un lugar de culto.

Andy se prendó del Abend desde la primera vez que le llevé, en especial de su atmósfera de cabaret. Las fotografías de afamados actores y actrices de la época dorada de los estudios UFA que cuelgan de las paredes también ayudaron, pues adoraba el cine alemán. Muchas de las letras de la trilogía las compuso allí, en un cuaderno que siempre llevaba consigo, mientras encadenaba *espressos* y tabaco.

Pero para llegar a esa parte de su historia, aún he de seguir narrando la mía...

—Anoche estuvimos hablando —empezó a decir Dieter poco después del primer amanecer que vi desde aquel lado del Muro—, y tenemos una propuesta que hacerte.

—Llevamos tiempo con un proyecto entre manos y por fin vamos a hacerlo realidad —siguió Otto mientras desayunábamos—. Vamos a abrir nuestro propio negocio, pero queda mucho por hacer.

—Podrías ayudarnos —retomó Dieter—. Aún no podemos pagarte, pero a cambio puedes vivir aquí el tiempo que necesites... ¿Te parece bien?

—Sí —acepté encantado.

—Estupendo. —Tras servirse otra rebanada de pan, Otto concretó—: Pues empiezas pronto, porque dentro de un rato nos vamos para allá.

Asentí, aún sin creerme mi suerte.

Los acompañé hasta el otro extremo de Hauptstrasse. La calle recorría de punta a punta el vecindario, y gracias al paseo pude observar cómo eran los habitantes de aquella Berlín aún desconocida para mí.

Esa fue la primera de las largas jornadas que pasé en las instalaciones de la cafetería. Trabajaba con ahínco, sin protestar, centrándome en las tareas que se me asignaban para no darle vueltas a todo lo que tenía condensado dentro.

Una tarde cualquiera estaba barriendo cuando de pronto me quedé parado, en medio de las mesas y sujetando el palo de la escoba, al caer en la fecha.

—¿Necesitas descansar? —me preguntó Dieter.

—No, estoy bien —respondí tras esbozar una sonrisa. Mientras me disponía a seguir con la faena, añadí—: Es que me acabo de dar cuenta de que hoy es



mi cumpleaños.

Otto, que estaba colocando sobre cada mantel un estrecho florero de cristal, se giró.

—¿De verdad? ¿Y cuántos cumpleaños?

—Dieciocho.

—Pero qué joven eres... —suspiró—. Pues nada, habrá que celebrarlo.

Aún faltaban varios días para la inauguración oficial, pero esa misma noche el Abend se llenó con los integrantes de lo que ellos denominaban *su gran familia*. Amigos y amigas de edades y condiciones diversas, pero unidos por un convencimiento: el de luchar por hacer de Berlín un lugar mejor, más tolerante y abierto.

Gracias a esa fiesta improvisada en mi honor comprendí que no estaba solo. Que no era el único que se había sentido marginado por la atracción física y afectiva que, supuestamente, no debía experimentar por ir contra natura.

Ellos me acogieron y me aceptaron, haciéndome sentir que pertenecía a un conjunto.

También fue durante esa velada cuando alguien me llamó Klaus, y yo, que hasta entonces me había esforzado por recordarme que debía responder a tal nombre, contesté de forma automática.

No solo me hice adulto en el Abend, también volví a nacer al haber asimilado mis nuevas identidades. El temor a que el *Nationale Volksarmee* me reclamase se esfumó conforme avanzaba el calendario, al igual que se diluyeron mis esperanzas de que se cumpliese la promesa que me habían hecho antes de cruzar la frontera.

Ni siquiera Dieter, a base de cobrarse favores pendientes, fue capaz de conseguir noticias del auténtico Klaus, al que terminamos dando por desaparecido.

Y así, de forma gradual e irrefrenable, me convertí en lo que soy.

\*

Viví bajo el mismo techo que mis antiguos jefes durante aproximadamente un año, hasta que llegué a un acuerdo con ellos: a cambio de renunciar a una parte de mi salario, les pedí que me dejaran acondicionar un pequeño cuarto con el que contaba el local, y que habíamos estado utilizando como almacén.

No era más que una habitación que apenas me permitía albergar una cama y mis escasas pertenencias, pero nada me gustaba más que quedarme a solas en la cafetería tras echar el cierre y dedicar las horas a escuchar a placer más y más música.

La colección de discos que Dieter y Otto habían aunado era de por sí extensa, pero fui añadiendo mis propias adquisiciones. También pasé bastantes madrugadas haciendo eso mismo, poner un vinilo tras otro, pero acompañado... La ampliación de mis círculos sociales implicó también la llegada de nuevos amantes, el cúmulo de experiencias, algún que otro desengaño.

La recta final de la década de los sesenta trajo consigo una nueva corriente de pensamiento, así como una explosión de vitalidad que sacudió con fuerza aquella parte de la ciudad. Por todas partes surgían nuevos talentos, y no era raro que en el Abend se reuniesen escritores, poetas, pintores y, cómo no, personalidades diversas de la órbita musical. De entre todos los hombres que pasaron por mi vida en esa época, el más relevante pertenecía a dicho estrato.

Se llamaba Vincent, y previendo que pronto se formarían más y más grupos en Berlín Occidental, había adquirido un viejo edificio en las lindes del sector americano.

Se las ingenió para conseguir inversores y transformarlo en un estudio de grabación. Tal y como no se cansaba de repetir, no había ninguno en toda Europa que se le pudiese equiparar en cuanto a acústica.

Lo llamó Stille. *Silencio*.

Puesto que solía acompañarle siempre que me era posible, tuve el privilegio de observar cómo poco a poco iba cogiendo forma. Asimismo, de él aprendí los entresijos del oficio, a lidiar con los imprevistos y el ímpetu de los artistas, a controlar las descomunales mesas de mezclas de aquellos tiempos analógicos.

De todas las salas de las que disponía, mi favorita era la sinfónica. Un espacio que podía albergar a una orquesta de cámara, con una lámpara de araña colgando del techo, suelos de madera y pesados cortinajes. Toda ella transmitía una sensación de bella decadencia, y por los ventanales podía contemplarse la silueta del Muro.

Pasé muchas horas ahí con él, ya fuera experimentando con las posibilidades que ofrecía la física del sonido, dejándome llevar por el deseo u oteando el horizonte a través de los cristales, en busca de los fantasmas de mi pasado.

Para alguien con una sed de conocimiento como la mía, el siguiente paso fue jugar con la ecualización. Una noche, después de que él tuviera que ausentarse con tal de resolver unos problemas técnicos, me atreví a mezclar las pistas que un grupo había grabado recientemente.

Cuando le hice escuchar el resultado, no salió de su asombro:

—No sé si es la mayor basura que he oído en mucho tiempo, o algo realmente ingenioso —afirmó.

Pidió que volviera a reproducirlo. Luego me hizo algunas sugerencias, que acepté a fin de mejorar el resultado.

Al grupo en cuestión no le desagradó el *master*. Al contrario.

Aún no lo sabíamos ninguno de los implicados, pero aquel *single* marcó un antes y un después en lo que llegaría a conocerse como *krautrock*.

\*

Lo mío con Vincent acabó igual que como lo han hecho mis restantes noviazos (es decir, lo que se dice no demasiado bien), pero los dos fuimos lo suficientemente inteligentes como para separar lo personal de los negocios.

A medida que se iba desatando el rumor, cada vez fueron más las formaciones que llamaban a las puertas de Stille demandando que el *nuevo ingeniero* mezclase sus trabajos. Los sintetizadores se hicieron hueco en el repertorio de mis habilidades y me encantaba experimentar con ellos, pero lo cierto es que llegó un momento en que no daba abasto.

Me ofrecieron un puesto en firme en el estudio, y aunque diseccionar y rearmar la magia de una canción desde dentro era todo cuanto siempre había deseado, no me resultó fácil decirles a Otto y Dieter que iba a dejarlos; al menos laboralmente, porque nuestra relación seguiría siendo tan estrecha como de costumbre. También me mudé a mi propio apartamento.

Fueron años de vértigo en Berlín. Tiempos de nuevos horizontes, de controversia, de sexo duro y drogas aun más duras.

Muchos se quedaron en el camino de la heroína. Otros tantos en el de la gloria efímera. En lo que a mí respecta, seguí escalando posiciones, hasta llegar al punto de volverme especialmente selectivo con el material que trabajaba. Varios de los discos que produje empezaron a circular en otros mercados, y con esa nueva apertura me di cuenta de que volvía a estar en una jaula. Quizás de oro, pero prisión al fin y al cabo: salir del oasis que era Berlín Oeste resultaba demasiado arriesgado. Si ponía un pie fuera quizás no podría volver a entrar, incluso cabía la posibilidad de que con ello se desatase un conflicto burocrático que terminase en deportación.

En el otoño de 1976, cuando contaba ya con treinta años, había asimilado que mi carrera tendría que desarrollarse dentro de aquel marco; lejos de frustrarme, seguí innovando.

Me encontraba en una sala de conciertos, esperando a que el último grupo

del que me había encargado saltase al escenario, cuando me dijeron que alguien me reclamaba. Pensé que sería algún técnico, como mucho el *manager* de la banda para pedirme este o aquel ajuste en el sistema de megafonía.

Nada me hacía presagiar lo que iba a encontrarme...

Allí, en el pasillo que conectaba con los camerinos, aguardaba un hombre de estilizada silueta, vestido por entero de negro. Llevaba puesto un sombrero de ala ancha que no conseguía disimular la palidez de su rostro; los pómulos exageradamente marcados, la mirada esquiva. Y sin embargo, algo en él brillaba con luz propia.

Cuando se dirigió a mí, me habló en un inglés de marcado acento británico:

—Disculpa, ¿eres Klaus Müller?

Entonces, le reconocí.

El chico anodino del tibio disco debut. La estrella que había despuntado en las listas de ventas luciendo lentejuelas y purpurina. El músico que se había reinventado decenas de veces mientras daba la vuelta al mundo en giras interminables, abarrotando estadios y teatros.

Se trataba, nada más y nada menos, que de Andy Lightning.

*Prince of Players, Pawn of none,  
born with steel reins on the heart of the Sun.  
Gypsy explorer of the New Jersey Heights,  
exalted companion of cocaine nights.  
'Cos he's a Dandy in the Underworld.  
When will he come up for air,  
will anybody ever care?*

*(Príncipe de los jugadores, peón al servicio de nadie,  
nacido con riendas de acero en el corazón del sol.  
Explorador nómada de los altos de New Jersey,  
compañero infatigable en noches de cocaína.  
Porque es un Dandy en el Infierno.  
Cuando consiga volver a la superficie,  
¿le importará a alguien que esté de regreso?)*

*Dandy In The Underworld, T. Rex*

## Track 04: *Children Of The Revolution*

Una vez se hubo calmado, Todd se dedicó a remover lentamente el café que Dieter le sirvió.

Verlo así, sumido en una pena tan honda cuando antaño era pura adrenalina sobre el escenario, me impactó. Con la intención de animarle, compartí mis pensamientos:

—Estaba recordando el día en que os conocí...

Él esbozó una tenue sonrisa.

—Fue en aquel antro donde tocaban tus grupos de poca monta, ¿verdad?

Asentí, a lo que Todd aportó detalles de su propia cosecha:

—A Andy se le metió entre ceja y ceja que teníamos que dar contigo. Nada más aterrizar, ya estaba dándole la vara a Johnny para que averiguase dónde localizarte. Cuando se lo propone, es peor que un grano en el culo...

Al reparar en sus palabras, el aplomo se cernió nuevamente sobre él.

—Era, quería decir... —se corrigió—. Perdona, no termino de asimilarlo.

Hice un gesto, como queriendo restarle importancia, y vi que Otto se acercaba desde el fondo del local.

—Mirad lo que he encontrado...

Tomé de sus manos una fotografía enmarcada que, si no me falla la memoria, nos sacó él mismo justo en el punto en el que estábamos. Me vi posando en ella junto a Andy y Todd, con el gesto de quien está pasando un buen rato sin ninguna pretensión especial. Por aquel entonces, ellos llevaban residiendo varios meses en Berlín Oeste y acabábamos de entrar por primera vez al estudio.

—Quedaría bien aquí... —dijo Dieter señalando un trozo de pared.

—¿Al lado de la Dietrich? —apuntó Todd—. Le habría encantado.

Yo me quedé observando el susodicho fotograma de *El ángel azul*, y el hermoso e inmortal semblante de la que fuera una de sus actrices fetiche.

Otto iba a añadir algo cuando vio que por la puerta entraban nuevos clientes.

—Luego la colgaré. Me temo que hoy va a ser un día movido...

Y mientras él se dirigía a atenderlos, Dieter me habló en voz baja:

—¿Por qué no subís a casa?

Yo asentí. Teniendo en cuenta que al Abend no tardarían en empezar a llegar fans, era lo más sensato. Dieter me entregó un juego de llaves y se dispuso a

regresar al trabajo.

En cuanto a nosotros, esta vez fue Todd quien rompió el hielo:

—¿Quién te dio la noticia?

—Primero Johnny, luego Debbie.

—A mí también. No quiso entrar en detalles...

Fruncí los labios en un gesto de contención. Imaginarme la escena que nuestra vieja amiga sí me había narrado a mí me desgarraba por dentro.

—Ya lo hará en persona. Dudo que tarde demasiado en venir.

—¿Por qué se lo tuvo que pedir precisamente a ella? —musitó Todd.

Esa era la pregunta que yo mismo no había dejado de hacerme durante las últimas siete horas.

—Si Andy te lo hubiese pedido a ti, ¿habrías sido capaz? —repliqué—. Porque yo no. Y estoy seguro de que lo sabía.

Todd se acabó la bebida. Era obvio que él tampoco.

—Vámonos —dijo al constatar que la clientela era cada vez más numerosa—. No me apetece averiguar si la gente aún se acuerda de mí.

Yo le imité y apuré mi taza. Al dirigirnos al portal del edificio anexo vimos que alguien había depositado en el suelo un ramo de flores.

Abrí, sabiendo que si reencontrarnos con el Abend había sido duro, lo que nos esperaba a continuación sería mucho peor.

\*

Quizás Todd no estuvo demasiado fino en lo que a la elección de palabras se refiere, pero se encontraba en lo cierto al afirmar que cuando tenía algo en mente, Andy podía convertirse en el ser más testarudo y persuasivo del universo.

Si consideraba que se le había ocurrido una buena idea, o como mínimo algo que merecía la pena compartir conmigo, era capaz de llamarme dondequiera que estuviese, a cualquier hora y en cualquier momento, o de mover más de cien kilómetros la ruta de su comitiva en pleno *tour* con tal de hacerme escuchar la última canción que había compuesto.

Por eso ahora, visto con perspectiva, no encuentro tan disparatado que se presentara en Berlín Oeste de improviso, dejándose llevar por una corazonada que él defendía como *parte del impulso artístico*.

Obviamente, por aquel entonces no pude dar crédito.

—Disculpa, ¿eres Klaus Müller? —me preguntó.

Tratando de no parecer en exceso sorprendido, le tendí la mano.

—Sí. Encantado.

—Andy —replicó estrechándomela. Y sin más, añadió—: Me gustaría hablar contigo.

La situación era tan surrealista que me obligué a ser práctico:

—Sígueme.

Recorrimos el pasillo hasta el extremo contrario y accedimos al apartado de la sala de conciertos. Desde allí, además de contar con relativa tranquilidad, podíamos disfrutar de unas buenas vistas del escenario.

Tras acomodarnos en un sofá, amparados en la discreción que nos procuraba la tenue luz del recinto, nos centramos el uno en el otro. Sus ojos grises se encontraron con los míos cuando decidí iniciar la conversación:

—Soy un gran admirador de tu trabajo.

Al escuchar aquello, Andy apartó la mirada, como si mis palabras le resultasen soberanamente aburridas. Sacó de su abrigo una pitillera dorada y, tras abrirla, se puso un cigarro en los labios.

—Gracias —replicó con seca cortesía, y me ofreció otro.

Acepté tabaco y fuego. Mi inesperado visitante cruzó una pierna sobre la otra, apoyó un brazo en el sofá y volvió a mirarme al tiempo que exhalaba humo.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le pregunté.

Como si la posibilidad de tomar las riendas le hubiera devuelto sobre la marcha el interés por la charla, no tardó en afirmar:

—Yo sí que soy un gran admirador de lo que haces. —Empezó a gesticular con la mano que sujetaba el cigarrillo, con lo que a cada uno de sus movimientos las volutas adoptaban formas caprichosas—. Me he hecho con todos los discos que han salido en Alemania Occidental en los últimos años, y cada vez que alguno me llamaba realmente la atención, ahí estaba tu nombre. —Esbozando una de sus enigmáticas sonrisas, añadió—: Me fascina el instinto que tienes para armonizar las melodías.

Durante unos segundos me limité a fumar. Era tan sumamente extraño estar en presencia de quien había llenado con su talento tantas horas de mi vida, y que además me estuviera colmando de elogios...

—Sigues sin contestar a mi pregunta —observé.

Andy esbozó otra sonrisa.

—Estoy harto de seguir siempre la misma dinámica —me dijo, con la sinceridad con la que a veces uno solo puede descubrirse ante un extraño—. Necesito empezar de cero. —Se quedó absorto unos segundos, dándome el perfil; la fragilidad que proyectaba, en contraste con esa energía que parecía



rezumar cada poro de su piel, me resultó abrumadora—. Así que aquí tienes tu respuesta: quiero trabajar contigo en mi nuevo proyecto.

De no haberlo soltado con tanta contundencia, habría dado por hecho que se trataba de una broma pesada.

—¿Por qué yo? Me muevo en un circuito muy reducido.

—Porque me has devuelto la ilusión por crear —afirmó mientras daba otra calada.

—Solo trabajo en Berlín Oeste —apunté, como si más que un cerco personal se tratase de una excentricidad irrefutable.

Di por hecho que esa imposición daría al traste con sus planes, pero Andy, por tercera vez consecutiva, volvió a desarmarme:

—No hay problema. De hecho, estoy pensando en pasar aquí una temporada... Mi *manager* te dará los detalles.

Seguí con la vista la dirección a la que apuntaba y constaté que otro hombre, vestido con un traje formal aunque arrugado, así como con cara de pocos amigos, esperaba a que le presentasen. Tras un gesto de su estrella, el bueno y sufrido de Johnny se nos acercó.

—John Vanner. Un placer.

—Igualmente.

Tras las formalidades, Andy se incorporó.

—Si me disculpan, caballeros... La burocracia me produce sopor.

Johnny, resignado, se dirigió a mí en cuanto él se perdió entre el público.

—Lamento las molestias que Andy te pueda causar.

—¿Molestias?

—¿No te ha dicho que quiere trabajar contigo?

—Sí.

—Pues por eso mismo... Desde ya te pido perdón. —Abrió el maletín que llevaba consigo y empezó a revolver papeles—. Por lo que he podido averiguar, formas parte de Stille, ¿no es así?

Asentí.

—Andy requiere dedicación exclusiva.

—Pero...

—Tendríamos que firmar algunos acuerdos de confidencialidad —siguió Johnny sin darme tregua.

Viendo que aquello iba demasiado deprisa, eché el freno:

—¿Por qué no hablamos con más calma por la mañana en el estudio?

Johnny respiró profundamente y cedió:

—Lo siento. Ha sido un vuelo muy largo y me ha estado presionando para que te atase lo antes posible, pero no hay manera de hacerle entender que las cosas no son tan sencillas como cree. —Con evidente disgusto, añadió—: Sobre todo después de que se haya empeñado en traerse a ese *amigo* suyo...

Hice un barrido por el local. Allí, al fondo y contra una de las columnas, los vi: Andy, tras haberse encendido un nuevo cigarro, charlaba con otro joven. Este, con las manos metidas en los bolsillos de su cazadora de piel, no daba la impresión de estar lo que se decía animado.

Me di cuenta de que el propio Andy señalaba hacia mí. Cuando su acompañante giró el rostro para mirarme, lo reconocí:

—¿No es Todd Myles, el excantante de los Spiders? —pregunté.

No supe dilucidar si mi acierto alivió o preocupó todavía más a Johnny.

—El mismo —contestó sin entusiasmo mientras seguía rebuscando en el maletín.

Los primeros acordes llenaron aquel modesto recinto, y Andy depositó un beso en los labios de *ese amigo suyo* antes de atender al directo de la banda, cuyo nombre ya ni recuerdo.

—Ten, mi tarjeta. Y la del hotel donde nos alojamos —me indicó el *manager*.

Con la escena que acababa de presenciar aún fija en las retinas, decidí marcharme.

—Pregunta por mí, estaré en Stille desde primera hora. —Aplasté lo que quedaba de tabaco contra un cenicero y me incorporé—. Siento las prisas, me están esperando.

—Vamos muy en serio —advirtió Johnny.

Sin dejarme intimidar, repliqué antes de volver al *backstage*:

—Yo también.

Y los dejé a los tres ahí, mientras recapacitaba sobre el giro inesperado de los acontecimientos.

\*

Me costó una nueva y acalorada discusión con Vincent, pero tras armarme de paciencia y hacerle ver que podía ser una oportunidad irrepetible, lo convencí para que anulase todos los compromisos de mi agenda para los siguientes meses. Sin embargo, no terminó de creérselo hasta que Andy Lightning en persona se adentró en el todavía semidesconocido Stille. Todd y Johnny le custodiaban, el uno indiferente, el otro sin terminar de verle el lado positivo a aquella locura. Y sin embargo, cuando decidí interrumpir la visita

guiada para llevarlos directamente al que era mi rincón favorito, la decisión fue irrevocable.

Nunca olvidaré la expresión de Andy cuando contempló por primera vez la sala sinfónica; mientras nosotros nos quedábamos junto a la puerta, él avanzó al centro, hasta quedar bajo la lámpara de araña que pendía del techo. La reverberación de sus pasos puso de manifiesto las bondades de la acústica, algo que terminó de comprobar al arrancarle una melodía improvisada a un piano de cola.

Al llegar a los ventanales, cuyas cortinas estaban recogidas, se quedó absorto en las vistas y la silueta del Muro.

—Entre nosotros los llamamos *los estudios del fin del mundo* —le dije tras acercarme.

Andy permaneció sumido en la estampa hasta que respondió en un susurro:

—Esta mañana, antes de venir aquí, salí yo solo a la calle. Quería verlo de cerca y pensé que no podría hacerlo, pero me equivoqué: nadie me paró, como si no me reconocieran...

Con la vista también clavada en el paisaje, repliqué:

—Sí que te reconocen, todo el mundo sabe quién eres... Pero en esta ciudad la gente está demasiado ocupada en lidiar con sus miserias como para preocuparse por las de los demás.

Andy giró levemente el rostro. La suave luz mortecina que entraba por las cristaleras resaltó el brillo de sus ojos.

—Eso es justamente lo que quiero, Klaus: desaparecer para encontrarme.

Él era uno de los músicos más afamados de la época, yo un profesional cuyos méritos pasaban desapercibidos para el gran público; teníamos la misma edad, habíamos visto y experimentado más de lo que pudiera creerse a simple vista, y nos unía la misma pasión. Éramos hijos de una misma era, tan distintos como semejantes, tan opuestos como complementarios.

Quizás por eso, aquella mañana, antes de sellarlo con rúbricas de tinta, forjamos en silencio un pacto ante el Muro.

*I will sit right down,  
waiting for the gift of sound and vision.  
And I will sing, waiting for the gift of sound and vision.  
Drifting into my solitude,  
over my head.*

*(Me sentaré justo aquí,  
a esperar por el don del sonido y la visión.  
Y cantaré, esperando por el don del sonido y la visión.  
Dejándome llevar por la soledad  
que planea sobre mi cabeza.)*

*Sound and Vision, David Bowie*

## Track 05: *Andy's Chest*

Al adentrarnos en el piso sentí como si una oleada de recuerdos me abofetease.

No había vuelto desde que lo adquirí para regalárselo a Otto y Dieter, poco después de que Andy me propusiera que me marchase con él de Berlín.

Aunque las estancias estaban decoradas siguiendo los gustos de sus moradores, la distribución seguía siendo exactamente igual a la de entonces.

Todd se dirigió a una de las habitaciones, el actual cuarto de invitados, y los dos nos la quedamos mirando: un espacio no demasiado amplio, ocupado únicamente por una cama, un armario, un escritorio y, en el lateral, una ventana por la que entraba bastante luz pese a dar al patio interior. De protagonistas, las paredes, pintadas del color de la tristeza.

—¿Te importaría dejarme un rato a solas? —me pidió.

Yo asentí. Por la rendija de la puerta entreabierta pude ver cómo se sentaba sobre el colchón dando la espalda, de cara al ventanal. Procurándole intimidad, regresé al salón.

Me dediqué a repasar con las yemas de los dedos los contornos de los muebles. Gracias a los recuerdos, regresé a la tarde en que los tres nos adentramos por vez primera en estos dominios.

\*

Ocurrió tras haber formalizado sobre el papel nuestro acuerdo, con todas las intrincadas cláusulas que Johnny fue capaz de redactar. Aunque no formaba parte del contrato, Andy me pidió que le buscara un buen lugar para vivir, convencido de que nadie podría hacerlo mejor que un berlinés.

Su *manager*, tras prometerme que también en ese sentido sería recompensado, dio el brazo a torcer, y a lo largo de aquella semana me centré en localizar buenas opciones bajo mi criterio.

Frustrado por no encontrar nada que me satisficiera, me dirigí al Abend. Desde que ya no trabajaba ahí solía pasarme al menos una vez a la semana; sin embargo, al haberlo hecho en un horario fuera de lo acostumbrado, Otto y Dieter se extrañaron:

—¿Qué te trae por el vecindario? —me preguntó el primero mientras secaba unos vasos detrás de la barra.

—Una larga historia...

—Esas son las mejores. ¿Te pongo lo de siempre?

—Sí, por favor.

Dieter me saludó desde la mesa que estaba atendiendo y correspondí. En cuanto a Otto, quizás porque me notó apagado se interesó por mi estado de ánimo:

—¿Y bien?

—¿Por casualidad sabes de algún piso libre en el distrito? —le pregunté—. Necesito que tenga dos dormitorios.

—¿Vas a volver a mudarte? —se asombró Dieter, pues al acercarse había escuchado la conversación.

—Igual es porque se ha echado novio —observó Otto, fiel a su afán de verme emparejado—. Solo espero que no sea tan borde como el último.

—No, no es para mí. Es para un cliente.

—¿Desde cuándo te encargas de hacer de gestor inmobiliario? ¿No debería hacerlo el estudio? —volvió a intervenir Dieter.

—Es algo directo entre la otra parte y yo —concreté, dándole un sorbo a la bebida—. Vincent me ha liberado, así que podré actuar como productor independiente; a cambio se llevará una buena suma con el alquiler de la sala, y yo una retribución fija más un porcentaje de las ventas.

Esta vez fue Otto el que no terminó de tenerlas todas consigo:

—¿Y qué grupo de *Westberlin* se puede permitir algo así?

—Ninguno. —Sin querer mantener más mi estoico silencio, los puse al tanto—: He firmado con Andy Lightning.

Ellos se me quedaron mirando, sin dar crédito. Dieter se dirigió a una de las estanterías, y tras hallar un vinilo en concreto, inquirió:

—¿Este Andy Lightning?

Observé la portada de *Stardust*, el álbum que lo había lanzado al estrellato.

—Con menos sombra de ojos, pero sí, el mismo. —Mientras me terminaba el café, agregué—: Quiere grabar su nuevo disco aquí, en Berlín. Conmigo.

Otto y Dieter intercambiaron una de sus significativas miradas y, acto seguido, me dirigieron otra cargada de orgullo.

—Sabíamos que llegarías lejos —afirmó Dieter.

Yo esboqué una sonrisa y me incorporé para llevar la taza vacía al fregadero de la trastienda. Que me dijeran algo así me hizo recuperar parte de la confianza que había ido perdiendo durante las últimas jornadas; al fin y al cabo, ellos eran —y siguen siendo— lo más parecido que he tenido nunca a una figura paterna.

—Por eso necesito encontrarle piso pronto: quiere llevar una vida lo más

anónima posible —recapitulé—. Así que si sabéis de alguno...

—Déjame pensar... —Tras varios segundos, Otto creyó hallar la respuesta —: ¡Oh! En el edificio de al lado.

—Es verdad —corroboró Dieter—. Su dueño viene por aquí de vez en cuando.

Yo lo sopesé: la zona, si bien no era gran cosa, resultaba tranquila, y se encontraba dentro del sector americano; además, los estudios quedaban a un paseo de distancia.

Diciéndome que no perdía nada por intentarlo, acepté la sugerencia.

—¿Creéis que podríais concertarme una visita?

—Déjame a mí —afirmó Otto.

Dieter interrumpió la reproducción del disco que estaba sonando, y en su lugar deslizó la aguja por la superficie de *Stardust*, que haciendo alusión a su título no era de vinilo negro, sino plateado.

—Para que te traiga buena suerte —afirmó mientras los primeros acordes y la voz de Andy se adueñaban del ambiente.

—Eso espero... —suspiré.

Y en lugar de quedarme ahí plantado en la barra sin otra cosa mejor que hacer salvo esperar, me dispuse a echarles una mano. Por los viejos tiempos.

\*

Tuvieron que transcurrir varios días hasta que la visita de rigor al apartamento fue factible. Johnny, alegando que ahí nada tenía que aportar y que ya se encargaría de los flecos legales cuando fuera necesario, ni se presentó. Por el contrario, los interesados sí que acudieron a mi reclamo con intachable puntualidad inglesa.

Todd volvió a mirarme con la misma desconfianza de la noche en que fuimos escuetamente presentados. Por el contrario, en el rostro de Andy se dibujó una amplia sonrisa.

—Es aquí —les dije tras los correspondientes saludos.

Ellos observaron la fachada del edificio; nada la hacía diferente de las demás en toda la manzana. Posiblemente por eso, Andy no tardó en pronunciarse:

—Subamos.

Así hicimos. Al llegar al rellano comprobamos que había otras dos viviendas en la misma planta.

Los dejé entrar y cerré la puerta a mi paso. Andy, observando a su alrededor, fue recorriendo cada dependencia, mientras que Todd, desganado,

le seguía. En cuanto a mí, me centré en los aspectos prácticos: que el sistema de calefacción funcionase, que la cocina de gas no estuviera desfasada (como era el caso en mi apartamento) y que el frío de finales de otoño no se colase por las ventanas.

—Parece que está en buen estado —di mi veredicto.

—Me encanta —afirmó Andy, dirigiéndose a continuación a Todd—: ¿Te gusta?

—Sigo sin entender por qué cojones no volvemos a Nueva York —espetó.

El gesto de Andy se agrió. Intuyendo que iba a desatarse una conversación en la que yo no estaba invitado, hice ademán de seguir con las comprobaciones.

—Sabes perfectamente por qué.

—¿De verdad crees que mudarnos al culo del mundo va a solucionar algo?

—Solo te pido que pongas un poco de tu parte. —Al mirarlos de soslayo, vi que Andy había tomado una de sus manos y la apretaba, como reforzando el mensaje—. Te prometo que si las cosas no funcionan, regresamos.

—Empiezo a no creerme tus promesas...

—Pues a día de hoy, son lo único que te queda —remató en un tono suave que, pese a todo, sonaba a advertencia.

Todd, resignado, claudicó. En cuanto a Andy, se dirigió al único espacio que aún no había analizado. Al contemplar aquella habitación sencilla, se prendó irremediabilmente de ella; no tardaría en elegirla como su alcoba.

—Klaus, acompáñame, por favor —me pidió.

Accedimos al interior y se sentó en la cama. Me hizo un gesto palmeando el lecho para que me acomodase a su lado.

—¿Te quedas el piso? —quise saber.

—Sí.

Andy se tomó unos segundos, como si estuviese meditando si debía o no compartir conmigo lo que quería decirme. Finalmente, se decantó por hacerlo:

—Sé que tratar con Todd no es fácil, pero yo creo en él. Tiene un talento inmenso, solo necesita que le den una oportunidad.

Asentí.

—Reconozco que no había vuelto a escuchar nada suyo desde que los Spiders cambiaron de vocalista —comenté.

—Ni tú ni nadie... Ha sido una época bastante complicada. —Sacando la misma pitillera que ya le viese, se encendió un cigarro; yo rechacé el que me ofreció—. Si decidí venir aquí fue en parte porque quería trabajar contigo,



pero también por él.

—¿Por qué?

—Para alejarle de los círculos en los que nos movíamos y, de paso, alejarme yo también. —Mientras fumaba mirando a la nada, añadió—: Nueva York me estaba destrozando... Esa ciudad saca lo peor que hay en mí.

En aquellos primeros días tras su llegada a Berlín, Andy era apenas una sombra de sí mismo: delgado hasta niveles alarmantes, deteriorado, vacío. Un montón de piezas rotas que ni el pegamento de la celebridad era capaz de soldar.

—¿De qué sirve que tenga tanta fe en él si yo tampoco soy capaz de salir del agujero? —Exhaló el humo a lo alto, mirando al techo—. ¿Sabes que no recuerdo nada de las sesiones de grabación de *City Lights*? —apuntó, mencionando al que era por ese entonces el último disco que había sacado—. Johnny asegura que estuve casi una semana sin dormir, trabajando como un maniaco... Por eso quiero volver a empezar. Aquí, en ambientes nuevos, donde pueda percibir lo que tengo alrededor, inspirarme... Preferiblemente sin que se me salga medio cerebro por la nariz cada vez que estornudo —añadió con sarcasmo.

—Si has venido huyendo de las *tentaciones*, quizás no has elegido un buen lugar...

—Lo sé —replicó dando otra calada—, y me preocupa por Todd, pero quiero creer que el cambio de aires le sentará bien.

Yo también quise creerlo. Por él. Por los dos.

—¿Sabes qué? Lo mejor del piso está fuera.

—¿Ah, sí? ¿Dónde? —me cuestionó, intrigado.

—En un lugar que presiento que te gustará.

Andy, tras esbozar otra de sus sonrisas, me siguió.

Los llevé al Abend. Y la conexión, tal y como me dictaba el instinto, fue instantánea.

*Oh, the passenger.  
He rides and he rides.  
He looks through his window.  
What does he see?  
He sees the sided hollow sky.  
He see the stars come out tonight.  
He sees the city's ripped backsides.*

*(Oh, el pasajero.  
Se deja y se deja llevar.  
Mira a través de su ventana.  
¿Qué es lo que ve?  
Ve el cielo abierto a este lado.  
Ve las estrellas que se asoman a la noche.  
Ve la ciudad partida por la mitad.)*

*The Passenger, Iggy Pop*

## Track 06: *Satellite of Love*

Aquellas primeras semanas tras haberse asentado en Berlín no fueron fáciles, pero como si estuviese decidido a librarse del lastre, Andy se enganchó a las posibilidades que le procuraba el anonimato.

Cuando no se entregaba a largas sesiones de lectura, salía a caminar sin rumbo. Se hizo asiduo a las cada vez más numerosas galerías pictóricas, a las librerías de viejo y los mercadillos; a los cines donde proyectaban las películas expresionistas que le fascinaban; a la decadencia soberbia que se respiraba en cada rincón. Todo ello a veces por su cuenta, otras acompañado.

Mentiría si dijera lo contrario, pues lo cierto es que a base de verlos juntos, llegué a la conclusión de que lo que le unía a Todd distaba de ser una simple amistad. Pese a todo, con el tiempo supe que Andy no creía en el concepto de pareja, algo que definía de *invento burgués e imposición social*.

Él creía en la afinidad y la atracción; en seducir y, a su vez, dejarse seducir por aquellos que le resultaban especiales de una u otra manera. Y al igual que no esperaba de los demás ningún tipo de demanda o compromiso, tampoco él los ofrecía. Huía de las etiquetas y las clasificaciones; le era indiferente cómo gustase cada cual de denominar los vínculos. Tal vez ahí, en esa discrepancia tan simple pero a la vez compleja, estuvo el origen de los pesares de Todd.

Andy no llegó a confesármelo, pero siempre he pensado que se sentía responsable de él. Quizás porque al irrumpir en su vida, desató en esta el caos.

Se conocieron en Londres, a donde Todd había llegado desde Manchester tras escaparse de casa. Mientras sobrevivía como le era posible en la capital, se fue abriendo paso a codazos en la escena *underground*. Fue en una de las primeras actuaciones con su exgrupo cuando Andy se quedó total y absolutamente obnubilado por él. Lejos de ser un capricho transitorio, se los llevó de teloneros cuando su carrera empezó a despuntar, pero a diferencia de Andy, Todd no asimiló nada bien haber sido catapultado al éxito.

A medida que los discos y las giras iban sucediéndose, también se fue extendiendo su leyenda negra: noches de desenfreno, desplantes, habitaciones de hotel destrozadas, sobredosis... Durante un *tour* de los Spiders en la costa este de los Estados Unidos se produjo la primera visita a comisaría, y posteriormente el primer ingreso infructuoso en una clínica de desintoxicación.

Expulsado de su propia banda, esa que él mismo había fundado, y sin

discográficas dispuestas a firmar más contratos, Todd volvió a abrirse camino a codazos, solo que entre la horda de heroinómanos que asolaba Nueva York.

Había tocado fondo, pero Andy logró dar con él.

Lo acogió en su apartamento de la Quinta Avenida, trató de involucrarlo en el disco que estaba grabando en Manhattan, y pudo devolverlo a su lugar entre los vivos, al menos hasta la siguiente recaída.

Así permanecieron, en un constante tira y afloja, durante algo más de año y medio, hasta que Andy se dio cuenta de que si no establecía un punto de inflexión, quizás sería demasiado tarde para ambos...

Tuvieron que pasar varias jornadas desde que se establecieron en Berlín hasta que pude mantener una charla a solas con Todd. Era temprano y había empezado a llover. Me encontraba de camino al Abend cuando le vi y lo insté a meterse bajo mi paraguas.

—Tú también ya en pie, ¿eh?

—Mejor di que aún en pie —replicó, dando a entender que más que madrugar, había trasnochado.

Seguimos andando en silencio. Aunque flotaba entre nosotros una extraña hostilidad, Todd se abrió a mí:

—Andy se encerró otra vez en su habitación ayer. Me pone enfermo cuando le da por aislarse, por mucho que se justifique diciendo que necesita meditar antes de empezar a componer... —Observé el perfil de su rostro, aún joven pero castigado por los excesos; la melena mojada y adherida al cuello; los ojos mirando al frente, enrojecidos por la falta de descanso—. Aunque, en el fondo, yo he hecho lo mismo...

—¿A qué te refieres?

—Anoche me largué del piso y me subí al... ¿Cómo se dice, S-Bahn?

Asentí; se refería al sistema público de trenes cuyo trazado aún hoy recorre parte de la ciudad y sus extrarradios.

—¿A dónde fuiste?

—A ningún sitio en concreto... De fin de línea a fin de línea, hasta hace un momento. —Con gesto sombrío, añadió—: Es lo que mejor se me da: dejarme llevar sin rechistar.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Dispara.

—¿Qué es lo que esperas conseguir aquí?

Él se tomó unos instantes para responder, sin demasiada convicción:

—Encontrar mi propia voz, supongo...

—¿Tu propia voz?

—Sé que Andy lo hace sin malicia —apuntó—, pero a veces me da la impresión de que si las cosas no salen a su gusto, no sirven. Y ponernos ahora a preparar nuevo material...

—... implica tener que trabajar conmigo —rematé la frase.

Todd me miró; que yo hubiese detectado rápido el motivo de su malestar pareció complacerle.

—No te lo tomes a mal, pero no me gusta nada tu sonido.

—Si te refieres a las atmósferas con sintetizadores, no son mi único campo. Puedes ponerme a prueba.

—Algo se me ocurrirá. Los trenes me ayudan a pensar, ¿sabes? Nada mejor que el traqueteo del último vagón mientras tienes un *buen viaje*... —Como si tratara de provocarme con más alusiones heroinómanas, añadió, sarcástico—: ¿Y tú, has *viajado* alguna vez?

—Sí, pero no me gustó la experiencia —repliqué, sincero—. De por sí prefiero no consumir nada, pero si he de elegir, mejor que me acelere.

—Igual que Andy... Yo odio la *nieve*, pero él no puede vivir sin ella. Dice que la necesita para escribir, y que si no escribe, se ahoga. Bastante me sorprende que siga sobrio...

—Seguro que tú también puedes subirte al S-Bahn *sin billete* —insinué.

—Estoy limpio... —murmuró; por aquel entonces había ganado la batalla, que no la guerra, gracias a la metadona.

No tardamos en llegar al Abend, en donde tras ocupar nuestra mesa nos dispusimos a entrar en calor.

—Tenéis que aprovechar al máximo la libertad que tenéis aquí para crear sin que nadie se inmiscuya —retomé la conversación en cuanto Otto nos hubo servido—. Deja que todo lo que llevas dentro salga, no tienes nada que perder.

Todd me sostuvo la mirada unos segundos; acabó por extraer del interior de su cazadora un cuaderno de dibujo.

—El otro día entramos en una tienda de bellas artes y Andy me lo regaló —me contó con cierto pudor mientras me lo tendía—. Hacía una eternidad que no cogía un lápiz...

Lo tomé con cuidado y fui pasando páginas de grueso papel repletas de líneas de grafito. Los bocetos, hechos con una destreza que me sorprendió, mostraban distintos puntos de la ciudad: los interiores bohemios de la cafetería, algunas de las plazas y parques, la rivera del río con el Muro de

fondo, las vistas a la calle desde el apartamento que ellos dos compartían, o incluso la estación de tren en la que, por lo que acababa de decirme, Todd seguramente había pasado un par de horas esa misma madrugada.

Pero de entre todos, uno captó poderosamente mi atención: Andy sentado en el hueco de una contraventana; el tabaco consumiéndose entre sus dedos, la mirada perdida en lo que había más allá del cristal. La melancolía que me transmitió era sobrecogedora.

—Lo hiciste en Stille, ¿verdad? —le pregunté.

—Sí. Siempre que vamos allá a poner alguna idea en común se queda absorto en el Muro... Últimamente lo llama en sueños. —Con dureza, pronunció el nombre en mi lengua—: *Mauer*... Le conozco: cuando se obsesiona con algo, es como si no existiese nada más en el universo.

En un murmullo casi ininteligible, Todd añadió, más bien para sus adentros:

—Me pregunto cuánto tardará en cansarse de mí...

Me quedé sin saber qué contestar.

—A mí me parecen muy buenos —afirmé mientras le devolvía el cuaderno—. De verdad.

Él se lo guardó y esbozó una sonrisa apagada, que se fue revitalizando al ver quién acababa de entrar:

—Vaya, alguien por fin salió de la cueva...

Andy se nos unió. No parecía venir directamente del piso, a juzgar por la gabardina mojada que colgó en el perchero junto a la puerta.

—Buenos días —saludó afable—. Qué bien que estáis aquí, se me ha ocurrido algo que os quería comentar —apuntó mientras le hacía un gesto a Dieter para que se acercara a tomar nota.

Durante las siguientes horas me limité a escuchar y aportar sugerencias. Además de dejarme maravillado por su ingenio, observé a Todd; la forma evadida en que le miraba, adorándole, como un satélite en órbita girando a su alrededor, sin capacidad de decisión sobre sus propios movimientos.

El principio del fin de su *inexistente* historia de amor.

\*

A veces me pregunto cómo pude confiarme de la manera en que lo hice, y ser tan ingenuo como para dar por sentado que un simple cambio de aires podría obrar en otras personas una transformación radical y permanente.

Quizás la situación me cegó, o tal vez pequé de optimista, pero cuando empecé oficialmente a trabajar en lo que sería el nuevo disco de Todd, su regreso a la escena musical tras una larga ausencia, lo hice con la convicción

de que habían dejado atrás sus hábitos destructivos.

Entre los dos escribieron un total de doce canciones, de las cuales tras los descartes quedaron nueve. Sus metodologías (el uno caótico, el otro detallista hasta el milímetro) se complementaban sorprendentemente bien, y pese a las reticencias iniciales de Todd, que era de la opinión de que sería mejor reclutar a viejos conocidos, Andy se salió con la suya al apostar por músicos locales.

Entramos en el estudio a comienzos de diciembre, en donde grabamos guitarras, percusión y arreglos diversos; el propio Andy se encargó de los teclados y coros, mientras que Todd supervisaba los resultados a falta de grabar las voces. Nos reuníamos al mediodía en Stille y no nos marchábamos hasta que la oscuridad llevaba horas reinando, si bien las jornadas distaban de acabar ahí: no solo se prendaron del día de Berlín, también de su vida nocturna; el mismo aire decadente reinaba en los bares y cabarets, a donde solía acompañarlos.

Una de esas noches bebimos para celebrar que la grabación estaba transcurriendo sin imprevistos. Brindamos y volvimos a brindar, hasta que los excesos empezaron a pasar factura.

Nos metimos en un taxi. Andy intentó darle la dirección al chófer en alemán, pero lo único que consiguió fue sucumbir a un ataque de risa. Ebrios como estaban, me dije que no era buena idea dejar que llegasen por sus propios medios al apartamento; una vez ahí con ellos, tuve que reconocer que no me encontraba en condiciones de marcharme al mío.

Me dejé caer en el sofá del salón, sintiendo que todo a mi alrededor daba vueltas. Andy me imitó y recostó la cabeza contra el respaldo.

—Ya sé qué título deberías ponerle al disco —anunció en un destello de clarividencia ética—: *Waiting On The Sidelines*.

—¿Estás insinuando que no me implico lo suficiente? —replicó Todd, que también optó por sentarse, pero sobre sus caderas.

Andy, rodeándole la cintura con ambos brazos, le siguió el juego:

—Más bien que te estás preparando para volver al ataque... —concluyó mordisqueándole el labio inferior.

Me quedé ahí, viendo cómo se comían a besos y sus manos se perdían entre la ropa para liberar la piel a marchas forzadas. Todd descendió hasta arrodillarse y le desabrochó la bragueta, valiéndose de los dientes para bajar la cremallera. Andy, tras dar un respingo de placer, se extrajo del bolsillo trasero de los pantalones un diminuto paquete cuyo contenido identifiqué.

Mientras la cabeza de Todd oscilaba entre sus piernas, se hizo una raya

sobre el reposabrazos de cuero del sofá, y usando un billete de cien marcos, la esnifó. Su gesto reflejó el éxtasis absoluto.

Luego me agarró del cuello de la camisa y tiró de mí. Lo siguiente que pude notar fue el sabor amargo de la cocaína, su lengua buscando la mía, el deseo creciendo a pasos agigantados, dominándome.

Estaba a punto de ceder y unirme a ellos cuando Todd se detuvo y, de un violento arrebató, tiró la papelina, provocando que el polvo blanco se esparciese por todos lados.

—¡Mira lo que has hecho! —le recriminó Andy.

—Vale que me convenzas para meter a este en tu cama —gritó Todd, señalándome—, o que me mientas cada vez que te pregunto si te estás colocando, pero no es ya que lo hagas a mis espaldas, ¿es que te la suda tenerme o no delante!

Al comprobar que Andy no hacía ademán alguno de negarlo, Todd perdió los nervios:

—¡Que te jodan! —bramó mientras se ponía en pie; tras recuperar sus ropas, se marchó dando un sonoro portazo.

Andy, al tratar de seguirle, cayó al suelo aparatosamente. Lo ayudé a levantarse y llegar hasta el cuarto de baño, en donde vomitó con brusquedad.

—¿Con qué cortan la *nieve* aquí...? —murmuró; el rostro demacrado y cubierto de sudor frío.

—Te dije que si venías a esta ciudad huyendo de las tentaciones, no era buena idea... —le recordé, sacando a colación el dudoso honor berlinés de ser el punto donde confluían todas las rutas de opiáceos que entraban a Europa desde Asia.

Andy volvió a vomitar y se quedó sumido en una especie de trance. Verlo así, en un estado tan patético, me hizo ser consciente de cuál era la realidad, y me sentí culpable por haberme dejado deslumbrar por una única cara de la moneda.

Empecé a desnudarle, pero no con los fines libidinosos que hasta hacía pocos minutos me dominaban. Él, derrotado, se dejó hacer. Conseguí que su cuerpo recuperase parte de la temperatura perdida bajo el agua caliente, y tras vestirle con lo primero que encontré, lo metí en el lecho.

—Lo siento, Klaus... —musitó.

—Ya hablaremos cuando te encuentres mejor.

Permanecí a su lado en la penumbra, velándole. Poco antes de sucumbir yo también al sueño, me pregunté si de verdad sería capaz de ayudarle como



había prometido hacer.

Ahora agradezco no haber conocido de antemano la respuesta, pues si por aquel entonces hubiese sabido que Andy iba a arrastrar esas cadenas hasta el último de sus días, quizás yo no hubiera reunido las fuerzas necesarias para tratar de que saliera adelante.

*Every chance, every chance that I take,  
I take it on the road.  
Those kilometres and the red lights,  
I was always looking left and right.  
But I'm always crashing in the same car...*

*(Cada oportunidad, cada oportunidad que me doy,  
me la concedo en la carretera.  
Esos kilómetros y las luces rojas,  
siempre mirando a izquierda y derecha.  
Pero siempre me acabo estrellando con el mismo coche...)*

*Always Crashing In The Same Car, David Bowie*

## Track 07: *This Mess We're In*

Todd no regresó a la mañana siguiente. Ni a la otra; ni a la otra.

En cuanto a Andy, por mucho que traté de disuadirlo apenas conseguí sacarle de su habitación. Se pasaba las horas tirado en la cama, demasiado débil para subirse al mundo, demasiado deprimido para hacerle frente a sus demonios.

Fue Johnny, quien estaba en la ciudad cerrando algunos asuntos, el que se valió de la experiencia para romper su burbuja:

—La discográfica no va a seguir haciendo la vista gorda —dijo mientras iba recorriendo con pasos nerviosos los metros cuadrados del dormitorio—. Cada día de retraso en el *planning* es dinero tirado a la basura, y te recuerdo que la única razón por la que conseguí que financiaran el disco de *tu protegido* es que les aseguré que pronto tendrían nuevo material tuyo.

—Su nombre... —murmuró él.

—¿Cómo dices?

—Que le llames por su nombre...

—Me importa un huevo cómo quieras que le llame. Solo sé que lleva tres días sin aparecer por el estudio y se me está acabando la paciencia. —Tras una pausa, Johnny añadió—: Y en lo que a ti respecta, te di un voto de confianza al dejar que te largaras lejos de todo y de todos, así que hazme el favor de no darme más disgustos. —Dejando entrever una consternación que iba más allá de los perjuicios laborales y económicos que pudieran acarrearle su estado de salud, añadió—: Y come algo, por lo que más quieras, que estás en los huesos.

Asistí al diálogo de brazos cruzados, apoyada la espalda en el marco de la puerta. Aunque la situación no dejaba de violentarme, lo cierto es que yo era uno de los principales afectados por dicho retraso en la agenda.

—¿No tendrías que estar ya en Londres? —insinuó Andy tras incorporarse lentamente.

—Pues sí —replicó su *manager*, quien no pudo evitar soltar un comentario envenenado—: A diferencia de otros, tengo reuniones familiares a las que asistir.

—Puedes largarte, Johnny. Feliz Navidad —concluyó, monocorde, observando el patio interior del edificio.

Él suspiró en señal de hartazgo. Mientras se dirigía a la salida con su

inseparable maletín a cuestras, me dirigió una mirada que parecía repetir, solo que sin palabras, las consabidas *disculpas por las molestias que me estuviera causando*.

Una vez nos hubimos quedado a solas, Andy me habló sin variar la pose:

—¿Y tú, no vas a irte también? ¿O es que te pagan por hacerme de niñera?

Me situé en el otro extremo de la ventana, de forma que quedamos frente a frente.

—No me espera nadie, ni tampoco me pagan extras —repliqué—. Simplemente, me preocupo por Todd y por ti.

Reuniendo paciencia, volví a intentarlo:

—¿Damos una vuelta? Te sentará bien.

—No quiero salir.

—Por si Todd regresa, ¿verdad?

Mis sospechas no tardaron en confirmarse:

—Siempre hago lo mismo, una y otra vez... —musitó; la mirada perdida—. Y siempre es él quien lo acaba pagando.

—Podríamos probar a buscarle —insistí.

Tras meditarlo, Andy por fin cedió.

Una hora más tarde nos encontrábamos andando el uno junto al otro cuando se detuvo en medio de la acera, y elevó el rostro con los ojos cerrados para que le dieran los tímidos rayos de sol. Los transeúntes pasaban a nuestro alrededor esquivándonos, sin inmutarse.

Retomamos el camino bordeando las lindes del sector americano. El Muro a la derecha, como un vigía atento a cada uno de nuestros movimientos.

—¿Crees que habrá cruzado la frontera? —me preguntó.

—Lo dudo. Aunque tenga pasaporte británico, tendría que solicitar un permiso.

—¿Has estado tú allá alguna vez?

—¿En la RDA?

Andy asintió de un cabeceo.

Incómodo por su repentino cuestionario, respondí con una verdad a medias:

—Cuando era niño. Antes de que lo levantaran.

—*Die Berliner Mauer*... —dijo, poniendo en práctica sus todavía escasas dotes lingüísticas—. ¿Y la gente es igual de gris?

—Me temo que, en eso, todos los berlineses somos iguales.

—Desde que llegué aquí, siento como si me hubieran soltado en medio de otro planeta, y que por más que intente comunicarme, es inútil... —musitó—.

Nadie comprende lo que este lugar me transmite.

Quise decirle que yo sí que le comprendía, que sabía cómo era la devastadora certeza de saberte totalmente solo pese a estar rodeado de semejantes. Que había experimentado lo que era tener delante una barrera que te separaba del resto del universo.

Pero no lo hice. Y mientras me sumía en mis pensamientos, Andy siguió caminando, yo por un flanco, el Muro por el otro, con aire ausente.

\*

Visitamos los parques y plazas que había visto en los bocetos de Todd, pasamos por los locales que frecuentaban, incluso tomamos varias líneas del S-Bahn y nos detuvimos en las estaciones más importantes, pero seguía sin haber rastro de él.

La noche cayó, y con ella la gélida oscuridad del invierno. Sabiendo que solo nos quedaba un lugar que comprobar, acabamos en Stille, donde en alusión a su nombre reinaba un silencio absoluto.

Andy, con lágrimas en los ojos, se sentó ante el piano de cola. Sus dedos empezaron a arrancarle a las teclas una melodía en la que llevaba tiempo trabajando. Ahí, entre la dorada iluminación de la lámpara de araña y la de las torretas militares que se divisaban desde las ventanas, tomé una decisión.

Si él me había permitido asomarme a su mundo, si había compartido conmigo algunos de sus anhelos y pesares más íntimos, si no me había apartado de su lado pese a haber presenciado sus momentos más bajos, debía corresponderle. Aunque nos separase un firmamento; aunque el tiempo transcurrido desde que se cruzasen nuestros destinos fuera breve.

Me senté a su lado en la banqueta del piano; mientras él seguía tocando, me sinceré.

Le conté por qué yo tampoco estaba esa noche con mi familia; que la misma música que le había impulsado a convertirse en artista me había hecho a mí llegar desde el otro lado del Muro; que gracias a Otto y Dieter estaba donde lo hacía; que una identidad falsa era lo único que me quedaba del que fue mi primer amor.

En algún punto del relato, la melodía cesó; sus iris grises puestos en mí, al igual que todos sus sentidos.

Reinaba de nuevo la quietud cuando alguien la rompió:

—Supuse que os encontraría aquí...

Al reconocerle, Andy se incorporó y le estrechó contra sí con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Ni se te ocurra volver a dejarme —le dijo.

—Y tú no vuelvas a mentirme.

—¿Dónde te habías metido?

—No soy el único que hace *amigos* rápido...

Deduciendo que Todd se estaba refiriendo a mí, bajé la mirada. Andy, en lugar de recriminarle, cumplió su palabra al decirle la verdad:

—Haría cualquier cosa por ti, pero no puedo darte lo que quieres...

Él terminó de encajarlo:

—Lo sé.

Cuando vi que Andy empezaba a arremangarle el abrigo lentamente, buscando indicios de otra recaída, decidí marcharme.

—Tenemos mucho por hacer —afirmé, tratando de sonar conciliador—. Mañana aquí a las once, no pararemos hasta haber grabado al menos la mitad de las pistas.

Todd, cabizbajo, asintió.

Cuando ya había dejado atrás la sinfónica, una voz resonó por el pasillo:

—Erik...

Sentí que la piel se me erizaba. Hacía doce años que nadie me llamaba así...

Al girarme, Andy me tomó de la cintura y me atrajo de un movimiento lento y decidido; la primera vez que probé sus labios sin que ningún otro sabor los alterase.

Ese beso estableció el punto de partida, porque varios meses después él le daría forma a mi historia, que a su vez era la historia de Berlín entera, transformándola en acordes y estrofas, canción a canción... Y la compartiría con todo aquel que quisiera escucharla a través del espacio exterior, enviando *señales desde Marte*.

*We were in a small cafe,  
you could hear the guitars play.  
It was very nice, it was paradise.  
You're right and I'm wrong,  
you know I'm gonna miss you now that you're gone.*

*(Estábamos en una pequeña cafetería  
donde podías escuchar las guitarras sonar.  
Era estupendo, era el paraíso.  
Estabas en lo cierto, y yo equivocado,  
sabes que te voy a echar de menos ahora que te has ido.)*

*Berlin, Lou Reed*

## Track 08: *Ashes to Ashes*

El timbre estridente de un teléfono me sacó de mis pensamientos. Sobresaltado, maldije que hubieran tardado tan poco en rastrearne, pues di por hecho que era para mí; cualquiera que tuviese un trato lo suficientemente directo con Otto y Dieter como para estar en posesión de su número, sabía que a esas horas ya estaban trabajando.

—¿Diga? —respondí en inglés.

Me llegó un suspiro desde el otro lado de la línea:

—Y yo que tenía la esperanza de no escucharte cuando descolgaran...

—Lo siento, Johnny... Espero que comprendas que necesitaba hacer esto.

—Claro, lo entiendo. Perdona si me excedí pidiéndote que vinieras, es solo que... —Tras una pausa, añadió con la voz rota—: Creía que Andy estaba mejor, ¿sabes?

Respiré todo lo profundo que pude, tratando de ponerme en su lugar. Por muchos quebraderos de cabeza que le hubiera dado, Johnny había estado a su lado a lo largo de toda su carrera; tres décadas trabajando codo con codo, lidiando con la vertiente personal y la del estrellato.

Queriendo aliviar aunque fuera un ápice el remordimiento que debía de estar carcomiéndole, puntualicé:

—Que lo estuviese no implica que no siguiera enfermo. No ha sido culpa tuya, ni de nadie... Tal y como lo veo, él simplemente no quería seguir viviendo, y contra eso nada más se podía hacer.

Paciente, le di tiempo para recomponerse.

—¿Estás solo? —me preguntó al fin.

—No, Todd también ha venido. —Este, al oír su nombre, se asomó desde la puerta del dormitorio—. Supongo que Debbie también lo hará.

—Ya... En cuanto le tomaron declaración le dije que se fuese, no había necesidad de que viera cómo se lo llevaban. —Hizo otra pausa, tras la que se centró en aspectos meramente prácticos—: Tras la autopsia lo incinerarán, lo dejó ordenado en su testamento. —Ahogando un amago de carcajada irónica, añadió—: También dejó dicho que fuera yo quien se encargase de los trámites, el muy bastardo...

—Si confiaba tanto en ti como para dejarse en tus manos, por algo será. —Me decidí a compartir con él la idea que estaba rondándome—: Oye, Johnny... Creo que deberíamos hacerle un homenaje.



—¿Qué clase de homenaje?

—No solo los fans se merecen recordar su música, también todos los que estamos donde estamos gracias a ella, de una u otra manera. —Sosteniendo la mirada de Todd, concreté—: Estoy seguro de que muchos estarían más que dispuestos a participar en un concierto tributo.

Johnny sopesó el trasfondo de mis palabras y lo que estas implicaban. Como si las hubiera traducido sobre la marcha en más burocracia y números, me pidió un nuevo favor; ese al que yo no podía negarme:

—¿Cuento contigo para organizarlo?

—Claro... Empezaré a hacer llamadas.

—Gracias, Klaus.

Tras despedirme, colgué.

Todd se sentó a mi lado en el sofá, uno de los pocos elementos del mobiliario que había sido reemplazado.

—¿Cuándo fue la última vez que le viste?

—¿A quién, a Andy? —precisé que concretase.

Él asintió.

—La semana pasada. Le comenté que iba a Londres para reunirme con Ian y pasamos el día juntos.

—Y cuando estuviste con él..., ¿algo te hizo pensar que...?

—En ese momento, no —reconocí—, pero ahora, cuando pienso en ello..., tengo la sensación de que se estaba despidiendo de mí.

Todd negó lentamente, mirando a la nada.

—Vino a la inauguración de mi última exposición, hará cosa de un mes... También pasamos el día juntos —murmuró—. De haber sabido que no iba a volver a verle, yo... —Dejó la frase a medias, y añadió—: Me pregunto desde cuándo lo tenía planeado.

De un vistazo comprobé la hora en el reloj de pared; no eran ni las once de la mañana.

—Necesito una copa —afirmé—. ¿Quieres?

—Sí, por favor.

Regresé al salón con una de las botellas de vino que encontré en la despensa. Todd hizo chocar su vaso con el mío y bebimos en silencio; el líquido denso y regio se deslizó por nuestras gargantas.

—Ese chico que mencionaste... —retomó el diálogo—. Ian Jones, ¿verdad?

—Sí... Voy a encargarme de su segundo disco. Andy nos puso en contacto, siempre tuvo buen ojo para descubrir nuevos talentos.

Mientras se servía otra ronda, Todd añadió con pesar:

—No me extraña que se fijase en él... Es clavado a Demian.

Al oír aquello me quedé mirando el fondo rojizo de mi vaso; las palabras de Todd se repitieron una y otra vez en mi mente, como si hubiera tenido una revelación y de pronto todo cobrara sentido.

Y con la certeza de que había algo en aquel asunto que aún escapaba a mi conocimiento, me pregunté por qué demonios no me di cuenta de eso antes.

*People stared at the makeup on his face.  
Laughed at his long black hair, his animal grace.  
The boy in the bright blue jeans  
jumped up on the stage,  
and Lady Stardust sang his songs  
of darkness and disgrace.*

*(La gente se quedó mirando el maquillaje de su rostro.  
Se rieron de su largo pelo negro, de su elegancia animal.  
El chico de los vaqueros brillantes  
saltó al escenario,  
y Lady Stardust cantó sus canciones  
de oscuridad y desgracia.)*

*Lady Stardust, David Bowie*

## Track 09: *Some Weird Sin*

Intuyo que muchos de vosotros sabéis a quién se refirió Todd, pero que otros tantos no habréis oído hablar de él...

A comienzos de los 70, tras la eclosión del *glam*, los medios forjaron dos figuras antagónicas: la prensa europea ensalzó a Andy como el mayor estandarte del movimiento, mientras que veía en Demian a su némesis norteamericana. Al otro lado del Atlántico, tres tantos de lo mismo, pero a la inversa.

Los ríos de tinta que corrieron eran pura demagogia, rumorología para generar expectación y que esta derivase en ventas, pero decir que entre ambos no existía competencia sería faltar a la verdad.

Pese a todo, y aun sabiendo que Andy rehuía de cualquier tipo de etiqueta, pongo la mano en el fuego al afirmar que Dem fue el gran amor de su vida. Pero para llegar a ese punto, de nuevo he de retomar los hechos por donde los dejé...

Recuerdo que pasamos aquel extraño día de Navidad tal y como establecí: encerrados en Stille rodeados de micrófonos, cables y amplificadores.

Nunca he llegado a saber qué pasó exactamente entre Andy y Todd tras su *reconciliación*, pero cuando nos reunimos esa mañana, las cosas habían cambiado, como si hubieran pactado echar el freno de una vez por todas, apoyándose y sosteniéndose el uno al otro, pero sin la tela de juicio constante sobre cada uno de sus actos.

Adquirieron el hábito de empezar cada jornada temprano en el Abend. A veces me los encontraba a los dos ahí al llegar; Andy contrarrestando la ansiedad de la abstinencia a base de nicotina y escritura, o devorando cuantos libros caían en sus manos; Todd inmerso en sus bocetos. En otras ocasiones, éramos Andy y yo los que arribábamos juntos, y es que como si también en ese sentido la relación entre él y Todd se hubiera saneado, Andy empezó a pasar noches fuera. Con quién dormía a veces, era un misterio; que otras tantas lo hacía conmigo, una evidencia. En todo caso, Todd pareció encajarlo con entereza.

La segunda semana de enero del 77, tras haber dado por finalizada la grabación del disco, empezamos a darle forma en la mesa de mezclas.

De Andy se han dicho muchas cosas, pero pocos estamos en posición de afirmar que como arreglista era espléndido: capaz de tocar decentemente casi

cualquier instrumento, de detectar sobre la marcha dónde era necesario hacer pulidos, de manejarse con soltura con los aparatos y aprender rápido las nuevas técnicas; incluso no dudaba a la hora de eliminar capas superfluas, o de experimentar con tal de conseguir el sonido que estaba persiguiendo.

Sus dotes para la producción me sorprendieron, y por ello accedí a que tuviese parte activa en aquel laborioso proceso; asimismo, me dije que si él que él interviniese conseguía calmar la inquietud de Todd sobre los resultados, su ayuda era más que bienvenida.

Al mismo tiempo que se dejaba la piel en aquel disco que se había tomado como una cruzada personal, también empezó a perfilar su nuevo trabajo.

Si hay un recuerdo de él que atesoro ahora más que nunca, es la primera vez que escuché los esbozos del tema que acabaría dándole título al álbum...

Fue durante el único día libre que nos concedimos en medio de la vorágine del contrarreloj. Me desvelé por el ruido de la lluvia; habíamos llegado a mi piso al amanecer, tras pasarnos la noche en vela puliendo el *master* para enviárselo a la discográfica, y una luz mustia y tenue bañaba la habitación. Me quedé contemplándole, pues seguía sumido en el sueño. El rostro, sereno, empezaba a reflejar tímidos cambios, producto de sus esfuerzos por llevar otro estilo de vida.

Permanecí un buen rato así, sin hacer nada más que recorrer sus rasgos con la mirada, pero al reparar en cuánto hacía que no pasaba más de tres o cuatro horas seguidas en mis dominios, decidí poner un poco de orden.

Conseguí levantarme sin despertarle y fui adecentando las estancias contiguas. El piso volvía a parecer un lugar medianamente habitable y la cafetera ya estaba puesta al fuego cuando me llegó una melodía.

Al asomarme desde el pasillo, le vi: estaba sentado en el borde de la cama, y llevaba puesto un batín que había sacado de mi armario y que le venía algo grande. Su voz deconstruía los primeros versos mientras arrancaba arpegios y acordes de la guitarra acústica que le acompañaba dondequiera que fuese, adquirida de segunda mano en una tienda de Whitechapel y con la que afirmaba haber compuesto todas y cada una de sus canciones.

Me quedé escuchando sin atreverme siquiera a respirar, en la certeza de que él estaba en aras de crear algo trascendente.

—Buenos días —saludé cuando me adentré en la habitación.

—*Guten Morgen* —respondió en alemán con una sonrisa mientras aceptaba el café que le tendí; la guitarra apoyada en el regazo—. ¿Siempre tratas así de bien a tus invitados?

—Solo si son especiales.

Andy se quedó mirando a la nada. De la misma forma espontánea con la que habían empezado nuestros escauceos, me puso al tanto de sus intenciones:

—Erik..., voy a solicitar el visado para ir a la RDA.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Antes de llevarse la taza a los labios, murmuró—: Necesito ver en persona todo lo que me has contado.

—Siento no poder ir contigo... Es un riesgo que no puedo correr.

Él asintió de un cabeceo.

—Lo comprendo, pero no puedo tolerarlo. —Tras centrar su atención en mí, me preguntó—: ¿Cómo era Klaus?

—Pues... inconformista. Le gustaba traficar con vinilos porque decía que así le daba a la gente la oportunidad de evadirse, y que eso era lo que no quería el gobierno... Estaba dispuesto a hacer lo que fuera por defender cualquier causa que considerase justa. —Con un regusto tan amargo como el café al que estaba dando cuenta, afirmé—: Odio hablar de él en pasado.

—¿Tienes la esperanza de que siga vivo?

Traté de plasmar en palabras lo que hasta entonces no había escapado de la intimidad de mis pensamientos:

—Ni la tengo ni la dejo de tener. Es solo que... manteniéndolos a él y a mi madre en esa especie de limbo es más fácil seguir adelante, ¿sabes?

Andy tanteó sobre la cómoda, buscando un cigarro.

—Somos muchos los que hemos tenido que dejar atrás a quienes queríamos por seguir nuestro camino. —Con esa aflicción vestida de indiferencia que se apoderaba de él cada vez que dejaba traslucir algún aspecto de su vida privada, añadió—: A veces nosotros mismos ponemos la barrera, más que nada por temor a regresar y no ser bienvenidos... Es más sencillo fingir que los has olvidado.

Asentí.

—¿Y la familia de Klaus? —siguió indagando—. ¿Trataste de ponerte en contacto con ellos?

—Que yo sepa, no tenía a nadie... A los efectos, es como si nunca hubiera existido.

—Volátil, como la bruma de un sueño... —murmuró, soltando una bocanada de humo y hablando más bien para sus adentros.

Con el tiempo aprendí a darle valor a esos intervalos en los que Andy parecía sumirse en un oscuro rincón de su mente, ahí donde el ingenio rozaba

la locura, pues en ellos solía prenderse la chispa de la creatividad.

Apuró lo que le quedaba de café, y después de que yo le robara el pitillo, se recostó contra el cabecero.

—Mi hermano fue el único que me apoyó cuando dije que quería ser músico —empezó a contarme de pronto, arrancando más notas de las cuerdas metálicas—, incluso me prestó el dinero para comprar esta guitarra con la condición de que se lo devolviese una vez fuera famoso... Murió cuando nadie me tomaba en serio y solo era un *marica con delirios de grandeza*, pero cinco años después, al volver a Londres durante el tour de *Diamonds*, fui a visitar su tumba y saldé la deuda... —Tras una pausa, añadió—: Nuestros padres no volvieron a dirigirme la palabra después de que la prensa publicase una foto mía dejando las noventa y dos libras sobre su lápida. Ya ves..., yo también pagué cara mi libertad.

Mientras le observaba recorrer el traste, tuve la impresión de que más que al instrumento, se aferraba a sus raíces; que aquella vieja guitarra era lo único que le quedaba de un tiempo al que, si bien no deseaba volver, le dolía darle la espalda.

Me recosté a su lado. La melodía se fundió con el sonido de la lluvia, y la luz mortecina fue diluyéndose lentamente hacia un nuevo ocaso. Apenas salimos de la cama aquel día en que el mundo pareció haberse congelado ajeno a nuestra existencia, permitiéndome repetir patrones a ese lado del Muro en una duermevela de confianzas, tabaco, cuerpos enredados y más música.

\*

El quince de marzo, fecha escogida para el lanzamiento de *Waiting On The Sidelines*, Andy y Todd cruzaron la frontera por el sector británico.

Mientras ellos se adentraban en territorio soviético, yo iba recopilando las reseñas que llegaban de diversos puntos del mundo: si bien los críticos lo catalogaron como un disco interesante, predominaban las menciones a quien había abanderado el proyecto. Andy, al haberlo coescrito y coproducido, figurando además en los créditos como teclista y corista, acaparaba más atención que el intérprete en sí.

Había dado por hecho que Todd, cuando me reveló que a lo que aspiraba era a encontrar su propia voz, se estaba refiriendo a que musicalmente quería dejar de estar a su sombra, pero me equivoqué...

Berlín Este les causó una profunda impresión. Andy la empleó como base para su trilogía, pero Todd la volcó en el impulso que lo llevó a tomar los pinceles. Gracias a las sucesivas visitas, sus cuadernos se llenaron de dibujos

que recreaban lugares donde crecí, mediante los que pude reencontrarme, entre otros puntos simbólicos, con Alexanderplatz. A partir de esos bocetos empezó a experimentar con el lienzo y los óleos, tras convertir el salón del apartamento en un taller improvisado; halló en la pintura una válvula de escape, la vía por la que podía expresarse sin que nada ni nadie interviniese.

En cuanto a Andy y a mí, con la llegada de la primavera regresamos a Stille para iniciar la grabación de *Signals*. Me encontraba ante la consola del magnetófono, dispuesto a capturar las secuencias que él iba a tocar al piano para luego añadirle atmósferas, cuando nos interrumpieron:

—Pero mira a quién tenemos por aquí... Si es *Lord Stardust*.

Andy se giró al escuchar el apelativo por el que únicamente una persona le llamaba, siguiendo el juego de tratarse el uno al otro como si formaran un matrimonio victoriano chapado a la antigua.

Yo también me giré, y pude ver que Todd había accedido a la sala acompañado de un hombre y una mujer a los que no me costó reconocer: ella vestía por completo de negro, con lo que su melena rubio platino destacaba notoriamente sobre el conjunto; en cuanto a él, apenas me dio tiempo a reafirmar su identidad, pues Andy se echó, literalmente, a sus brazos.

—No me extraña que estés desaparecido... Este sitio es impresionante — afirmó ella.

—¿Qué estáis haciendo en Berlín? —replicó, estrechándola también.

—*Alguien* les comentó lo del único concierto que voy a dar para presentar el disco y no quisieron perderselo —dejó caer Todd.

Andy le dirigió una sonrisa emocionada, y tomando de la cintura a los recién llegados, los condujo hacia mí.

—He aquí lo único bueno que me queda en Nueva York —procedió a presentármelos, si bien no era necesario—. La tigresa de Long Island... —Deslizando los dedos por la cabellera oscura y rizada de quien estaba a su derecha, añadió—: Y el *enfant terrible* de Brooklyn...

Debbie Orwells. Demian Clerck. Todd Myles. Andy Lightning.

Al verlos juntos, comprobé por qué refulgían entre las demás estrellas del firmamento musical.



*Trumpets, violins, I hear them in the distance  
and my skin emits a ray, but I think it's sad...  
It's much too bad that our friends  
can't be with us today.*

*(Trompetas, violines, los oigo sonar en la distancia  
y mi piel resplandece, pero me parece tan triste...  
Qué horrible es que nuestros amigos  
no puedan estar hoy aquí con nosotros.)*

*Elegie, Patti Smith*

## Track 10: *Rock 'N' Roll Suicide*

La segunda botella de vino permanecía abierta sobre la mesa. Mientras combatíamos el lento transcurrir de los minutos, Todd se dedicó a mirar a la calle a través de una de las ventanas, posiblemente en el mismo ángulo desde el que, lápiz en mano, antaño tomaba referencias.

—Es ella —anunció de pronto.

Me incorporé, y tras apartar el visillo que procuraba intimidad a la estancia, constaté que llevaba razón: la misma figura estilizada pese a que, al igual que nosotros, estaba próxima a despedirse de la década de los cuarenta; la melena rubio platino, larga y recta; labios rojos; gruesas gafas de sol ocultando sus iris castaños. Posiblemente la persona de mayor fortaleza que he conocido jamás; cantante, empresaria y filántropa, siempre peleando por los que, al igual que ella, no lo han tenido fácil para encontrar su lugar.

Vi que hablaba con Dieter y que este señalaba en nuestra dirección, por lo que me dirigí hacia el portero automático.

—¿Debbie?

—Abre —replicó con su gruesa voz de contralto.

Una vez hubo subido los tramos de escaleras y accedió al piso, soltó la maleta en medio del recibidor y estrechó a Todd. Luego me abrazó a mí.

Fui a la cocina. Para cuando regresé, me los encontré a los dos en el sofá; los ojos de ella, desprovistos de las lentes que los habían ocultado, fijos en los suyos.

—¿Cómo puedes estar tan entera? —murmuró él.

—Porque tengo la conciencia tranquila —afirmó Debbie mientras aceptaba la copa que le serví.

Todd suspiró con hartazgo.

—Quiero saberlo todo. No volváis a dejarme al margen.

Ella buscó mi mirada, a lo que yo asentí de un cabeceo. Mostrando el mismo temple con el que me había puesto a mí al tanto, narró los hechos:

—Andy y yo pasamos juntos la última Nochevieja, y a la mañana siguiente... —Hizo una pausa que ahogó en vino, y se lo desveló—: Me dijo que estaba cansado de luchar. Que había vivido su vida tal y como quiso, fiel a sus reglas, y que fiel a sus reglas quería elegir cuándo y cómo irse. Así que... me preguntó si estaría dispuesta a quedarme a su lado cuando se sumergiera en el *último sueño*.

—¿Cómo pudiste aceptar algo así? —replicó Todd con dureza.

—Porque Andy estaba decidido —le cortó, tajante—. Iba a hacerlo, conmigo o sin mí, y no podía permitir que fuera el siguiente en quitarse la vida rodeado de una soledad miserable. Créeme, sé de lo que hablo... Ya he perdido a demasiadas personas a las que quería.

Pensé en todos aquellos a los que Debbie estaba mentando. En los que sufrieron un calvario por la crueldad de un mundo que desprecia a los que nacen con un cuerpo que no les corresponde; en los que habían elegido marcharse por sus propios medios tras ser estigmatizados por la epidemia que arrasó nuestra comunidad durante los ochenta, y que sigue haciéndolo; en los que, como Andy, no consiguieron escapar del yugo de las adicciones y los trastornos mentales.

—Le dije que sí —retomó ella—, y pactamos el lugar y la fecha.

—En su casa de Londres, el 5 de abril... —musité yo.

—Me presenté ahí ayer, tal y como habíamos acordado —siguió relatando—. Hablamos de los viejos tiempos, brindamos, hasta se puso al piano y estuvimos cantando. Y luego...

—Acabasteis en la cama... —adivinó Todd, monocorde.

Ella asintió.

—Por un momento creí que había cambiado de opinión, pero cuando se marchó de la habitación, comprendí que no quería que le viera hacerlo, para exculparme... Regresó y nos miramos sin decirnos nada. Luego se recostó sobre mí hasta que se quedó dormido... —Disimulando el temblor en la voz, concluyó—: Y ya no despertó.

Yo cerré los ojos, preguntándome hasta dónde llegarían las influencias de Johnny para que los medios difundiesen que todo se había debido a una *sobredosis accidental* de barbitúricos.

—Comprendo que sientas resquemor —le dijo Debbie a Todd—, soy consciente de que no tardaré en estar en boca de todo el mundo, y que lo más suave que dirán de mí es que voy haciendo apología del suicidio, pero... ponte en mi lugar. Después de todo lo que Andy hizo por mí, no podía abandonarle a su suerte.

Al oír aquello, Todd volvió a hundirse:

—Yo sí que lo hice...

—No sigas martirizándote por eso.

—Es verdad —corroboré yo—. Ya tenías bastante con tu situación personal en esa época.

Debbie asintió, y tras depositar suavemente la mano sobre su rostro en un gesto conciliador, añadió:

—Andy estaba tan orgulloso de ti y de lo que has conseguido...

Con los ojos anegados en lágrimas, Todd vació la botella y apuró la copa de un trago.

—A todas estas... —agregó Debbie—, Johnny te hará llegar el comunicado oficial, pero te ha legado el retrato que le hiciste.

Todd se frotó el rostro; parecía terriblemente cansado.

—¿Y qué se supone que he de hacer con un regalo devuelto? —murmuró.

—Eso es algo que depende de ti... Úsalo para obrar en su nombre, como pienso hacer yo con lo que me ha dejado en herencia.

—¿A qué te refieres? —me interesé.

—Voy a invertirlo en mi fundación —respondió ella—. Si la depresión dejase de ser un estigma social, quién sabe cuánta gente encontraría una alternativa a seguir sus pasos... Hay que concienciar a las masas, pero no sé cómo.

Al oír aquello, lo que rondaba mi cabeza cobró sentido.

—¿Y si yo organizase un evento que te sirviera para difundir el mensaje? —le cuestioné.

Intrigada, Debbie pidió más datos.

Le conté mi propuesta de montar un macroconcierto benéfico que reuniera a estrellas actuales y veteranas, una celebración de la vida de Andy a través de su legado musical. Combinando nuestros esfuerzos, podría ser una plataforma para fusionar ambos objetivos.

—Es una idea fantástica... ¿Ya sabes dónde? —me preguntó.

—En Wembley.

—¿Y no has pensado en hacerlo aquí? —intervino Todd.

—Ha de ser en Wembley —insistí.

—Tienes razón —convino él—. Me han llegado rumores de que lo van a demoler para levantar un nuevo estadio... Será una buena despedida, antes de que conviertan en escombros tantos recuerdos.

Debbie esbozó una sonrisa triste.

—Bien..., participaré —afirmó Todd—. Aunque no sé si servirá de algo que regrese a los escenarios.

—Cuenta conmigo, Klaus —añadió ella—. Por cierto..., Andy te dejó algo a ti también, pero no sé lo que es... Me dijo que tienes que pedirselo a Ian.

De nuevo ese nombre...

Todd y yo nos miramos. No podía tratarse de una simple coincidencia.

*May the good Lord  
shine a light on you,  
make every song you sing  
your favorite tune.*

*(Que el buen Dios  
te ilumine con su luz,  
y haga de cada canción que cantes  
tu himno favorito.)*

*Shine A Light, The Rolling Stones*

## Track 11: *Lust For Life*

Andy nunca tuvo reparos en afirmar que de todas las mujeres que habían pasado por su vida —y no fueron pocas—, Debbie era la más importante. Algo que ella, independientemente de la satisfacción que pudiera reportarle tal calificativo, convirtió en el mantra sobre el que ha cimentado su existencia.

La propia Debbie me contó los pormenores una de las tardes que pasamos a solas en el Abend tras su llegada a Berlín. Y es que mientras que Demian se mostró más que dispuesto a acompañar a sus anfitriones al otro lado del Muro en cuanto le concedieron el permiso, ella tenía un motivo de peso por el que quedarse en la RFA y evitar problemas en la frontera. Uno que, al igual que el mío, radicaba en su identidad legal.

Poco importa que se haya hecho a sí misma contra viento y marea, o que muchos la consideren una musa del *punk*: según su pasaporte norteamericano, sigue llamándose Bryan. Y aunque no ha perdido la fe en que algún día las leyes de su país la amparen, de estas no quiere misericordia; solo que le devuelvan la dignidad de poder mostrarse, a todos los efectos, tal y como es.

Conoció a Andy en el 71. Ya por aquel entonces se había valido de su pasión por el *rock* para convertirse en una de las *groupies* más populares y demandadas de toda Nueva York, en lugar de sobrevivir, como otras tantas en su situación, haciendo la calle.

Cuando fueron presentados en una fiesta, ella dio por hecho que no tardaría en acabar en sus brazos gracias al morbo que por lo general despertaba, pero en esa primera noche que pasaron juntos, Andy vio más allá de la prisión de carne y hueso que la retenía.

Se convirtieron, respectivamente, en confidente y fiel amiga; en mentor y apoyo en las horas más bajas.

Fue Andy el que produjo el disco debut de Debbie; quien, como hiciera con los Spiders en los comienzos, se la llevó de telonera en varias giras. También fue él quien la acompañó a Dinamarca hace cinco años para que, tras una larga terapia hormonal, pudiera pasar al fin por quirófano; el que estuvo a su lado cuando despertó en la cama de hospital donde volvió a nacer.

A su vez, fue Debbie quien le presentó a Demian con la convicción de que eran almas gemelas, y no se equivocó... Cuando estaban el uno en presencia del otro, Andy se mostraba extrovertido y pletórico, risueño, rezumando una energía contagiosa. Como la que mostró poco después de que sus compañeros

de aventuras y desventuras irrumpieran en Stille, al pedirme que reprodujera para ellos el bruto que habíamos registrado.

—Esto es lo que vine buscando —me alabó mientras les mostraba el esqueleto de sus nuevas canciones, aún sin las letras grabadas—. *Al mago de Berlín*.

Demian, tras escuchar atentamente, afirmó:

—Quiero formar parte de esto.

—Pensaba encargarme de las pistas que faltan —dijo Andy—, pero será un honor cederte alguna.

—Haces bien... Soy mejor guitarrista que tú —le provocó.

—Eso no lo discuto.

—Pero con una condición...

—¿Cuál?

—Solo si salgo en los créditos como *Lady Stardust*.

Aquella fue una de las pocas veces en que vi a Andy reír con ganas.

—Yo también me apunto —intervino Debbie—. Habrá que prolongar la reserva en el hotel.

—Ni hablar —replicó Andy, tajante—. Os venís con nosotros al piso.

Mientras les contaba más detalles de la obra conceptual que iba a dividir en tres discos, no pude evitar fijarme en que Todd, en lugar de intervenir en calidad de *compañero legítimo* de apartamento, guardó silencio, permitiendo que tomara la decisión sin contar con él. Asimismo, me cuestioné si el verdadero motivo para semejante grado de hospitalidad sería que sus invitados estaban en la misma situación económica que ellos dos...

Gracias a Johnny había empezado a conocer cómo era el trasfondo de la enorme industria discográfica, y que las grandes estrellas, pese a las ventas astronómicas, veían que la inmensa parte de sus ingresos iban a parar a otras manos, esas que tejían una compleja red fiscal. La realidad era que Andy, más allá de sus propiedades inmobiliarias, en esos momentos no tenía nada por el tren de vida que hasta entonces había llevado, y que el sello al que pertenecía su catálogo cubría tanto sus gastos como los de Todd a modo de anticipo por los ingresos que generase su próximo disco. Así pues, desde el comienzo de su carrera había estado inmerso en un bucle de adeudos y contratos con obligación de sacar un número de álbumes pactados. Algo que, supuse, también era la tónica del día a día de Debbie y Demian.

Lo que en un principio iba a ser una breve visita, se convirtió en una convivencia de dos semanas dentro y fuera del estudio, con el concierto de



presentación de *Waiting On The Sidelines* como punto álgido.

Me encargué de organizar el evento en una de las salas que antaño frecuentaba. Tenía capacidad a lo sumo para mil personas, pero ellos parecían deleitados con la oportunidad de cambiar la masa anónima que abarrotaba los estadios por una audiencia íntima y entregada. Todd al frente, llenando la escena con su aura salvaje; Andy a los teclados en un discreto segundo plano, disfrutando, precisamente, de no ser el foco de atención; Demian y Debbie como invitados especiales, cantando a trío el mayor *hit* que Todd compuso para los Spiders.

Aquellas jornadas me permitieron conocer mejor al *niño travieso* de Brooklyn. Dem era espontáneo y divertido, siempre dispuesto a regalar palabras de ánimo o mantener una conversación interesante. En más de una ocasión, cuando yo terminaba con una pista e iba a buscarle para registrar la siguiente, me lo encontraba con Andy en cualquier rincón del estudio, charlando absortos el uno en el otro, o robándose besos furtivos.

Grabó las guitarras en cuatro de los temas que conformaron el disco, y al igual que Todd y Debbie, prestó su voz para algunos coros. Dichas colaboraciones, además de costar burocracia extra por las cesiones de derechos, enriquecieron el ambiente de libertad bohemia que se respiraba en *Westberlin*.

Siempre que pienso en él, le recuerdo con agradecimiento, pues fue quien en verdad sembró en mí la semilla de la duda:

—¿Es verdad que para trabajar contigo hay que venir aquí obligatoriamente?

Alcé la vista de la consola de la mesa de mezclas; me topé con sus ojos oscuros, delineados con *kohl*, fijos en los míos.

—Sí.

—Es una lástima... —dejó caer mientras depositaba la Fender en su base—. Creo que no eres consciente de la que se te viene encima.

Lo insté a tomarse un descanso tras cincuenta minutos grabando *riffs*, y se sentó del revés en una silla junto a la mía, apoyando el torso sobre el respaldo.

—¿A qué te refieres? —quise saber.

—A que pronto todos querrán trabajar contigo —afirmó, imprimiendo a cada palabra su peculiar acento—, y aunque reconozco que este lugar me ha sorprendido, me temo que el grueso del mundillo sigue estando en el eje Londres-Nueva York.

Me contuve para no responder que era plenamente consciente de ello.

—Lo único que importa ahora es acabar el disco —repliqué—. Lo demás es secundario.

—No, no lo es. —Con la pasión de quien expone sus argumentos sin resquicio alguno de duda, concretó—: Andy es un visionario. Cuando el *glam* aún no estaba ni en proyecto, él ya salía a actuar con vestidos que a más de una le gustaría lucir igual de bien.

El comentario me arrancó una sonrisa.

—Supo nada más escucharnos a Todd, a Debbie y a mí que éramos el futuro, y apostó por nosotros —siguió enumerando—. Y ahora, estando en la cima, en lugar de seguir caminando sobre seguro, lo deja todo para crear esto... —Llevó el índice hasta un botón en concreto de la consola; al presionarlo, los altavoces emitieron las atmósferas creadas con sintetizadores que, siguiendo sus deseos, yo le había impreso a sus nuevas canciones—. Los de arriba se van a llevar las manos a la cabeza, dirán que será una catástrofe comercial, el fin de su carrera..., pero marcará un antes y un después, influirá a otros autores, actuales y futuros... —Mirándome con una intensidad que sobrecogía, Demian concluyó—: Va a hacer historia, y tú con él. Así que créeme: no tienes ni idea de la que se te va a venir encima. Berlín se te quedará pequeña.

Obligándome a centrarme en el presente, que no era otro que afrontar la ingente cantidad de trabajo que tenía por delante, respondí:

—Ojalá lleves razón.

—Prométeme una cosa. —Tras incorporarse para extraer la guitarra de su base con tal de retomar la grabación, me dijo, guiñándome un ojo—: Cuando te decidas a ir a Manhattan, que sea por mí.

Sonreí ante aquel amago de propuesta de colaboración.

—Así será.

—Te tomo la palabra —concluyó mientras se colocaba los voluminosos auriculares, y por espacio de varias horas seguimos agregando pistas.

Al final sí que cumplí la promesa que le hice..., pero desearía que hubiese sido en unas circunstancias distintas.

\*

Además de llevarlos a sus rincones favoritos de la ciudad y dejarles experimentar sus amplias posibilidades artísticas, Andy y Todd no tardaron en mostrarles a Demian y Debbie el que era uno de sus pasatiempos predilectos: el cabaret, representación por antonomasia de la subcultura berlinesa.

Una de esas noches decidí concederme un respiro y acompañarlos. Cuando

una de las artistas, ataviada con un elegante *smoking*, comenzó a cantar *Das Lila Lied* —canción que, como gustan recordar Otto y Dieter, fue el primer himno gay de la historia—, me uní a la gente que coreaba la letra.

Para sorpresa de todos, especialmente mía, la joven se acercó a nuestra mesa. Le tendió la mano a Andy, quien, tras aceptarla, se subió con ella al escenario. Oírle cantar en mi idioma, del que adoraba su sonoridad pese a no hablarlo, me dejó sin palabras, y la química entre ambos me hizo pensar que habría sido ella —seguramente otro de sus líos de alcoba— quien le había ayudado con la pronunciación hasta aprendérsela de memoria.

Tantos aplausos les llovieron que no solo tuvieron que repetir el número una vez más, sino que horas después, cuando estuvimos de vuelta en el apartamento en plena madrugada, Andy accedió a cantarla en *petit comité* con un ajustado traje de chaqué, el cabello engominado, los ojos delineados como los de Demian y los labios tan rojos como los de Debbie, tomando prestada la ambigüedad de las actrices de los años treinta a las que admiraba para llevar al límite la androginia por la que, al margen de sus dotes musicales, era conocido por el público.

—Esto es lo único que he aprendido a decir yo —propuso Todd un nuevo brindis—. *Prost!*

—*Prost!* —respondimos los demás.

Andy se sentó en el regazo de Demian y rompió a reír al ver que el cuello de su botella tenía marcas de carmín.

—Y yo que pensaba que ya habías dejado esa etapa atrás... —bromeó Debbie.

—Serás envidiosa... ¿Algún día superarás que haya sido yo quien te enseñó a maquillarte? —se la devolvió.

Ella le hizo un corte de mangas al estilo americano mientras bebía con gesto burlón. En cuanto a Dem, tras pasarle un brazo por la cintura, le dijo, el rostro a escasos centímetros del suyo:

—Debo de tener complejo de cristal..., porque no me importaría para nada que me manchasen...

—¿Así? —murmuró Andy, rozando los labios con los suyos.

Demian rio suavemente contra su boca antes de devorarla. Los dedos de Andy se enredaron entre sus largos cabellos, y tuve la sensación de estar reviviendo una escena que ya había presenciado, solo que con un coprotagonista distinto.

En algún punto de la noche, entre la profusión de alcohol, tabaco e

insinuaciones, me quedé a solas con Todd después de que ellos tres se retirasen, sin demasiado disimulo, a la habitación de Andy.

Estaba pensando en marcharme a mi piso cuando recibí una proposición con la que no contaba:

—¿A ti también te apetece algo de compañía?

Me quedé mirando a Todd; su gesto, entre resignado e impaciente; el halo de misterio que se ocultaba tras su fachada hostil.

Acepté.

Me adentré en su dormitorio, en el que imperaba un caos de hojas abocetadas, estudios para óleos y demás instrumentales. Tras cerrar la puerta, dejó sobre el suelo la guitarra acústica que ocupaba buena parte del lecho, en donde me metí con él.

Es cierto eso que dicen de que las apariencias engañan... La primera vez que me acosté con Andy me sorprendió descubrir su lado más pasional y desinhibido, uno que contrastaba con ese otro taciturno que le caracterizaba. Por el contrario, si de Todd la primera impresión que me llevé fue la de que se trataba de alguien arisco, hallé en él un amante dedicado y complaciente.

El ruido del lápiz contra la superficie del papel me despertó horas después, cuando ya había amanecido. Aún aletargado, acerté a preguntar:

—¿En serio me estás dibujando?

—Tengo el sueño ligero y no quería salir —respondió sin dejar de mover frenéticamente la muñeca para trazar más líneas—. Debbie está durmiendo en el salón.

Diciéndome que no tenía muchas más opciones que las de permanecer quieto hasta que hubiera terminado de usarme como modelo, así hice.

—¿Por qué te apartas cuando Demian está delante? —quise saber.

—¿Apartarme de quién?

—De Andy... Es como si te anulases en su presencia.

Todd se recolocó en la esquina de la cama donde estaba dibujando.

—Porque si él y Demian no pasan más tiempo juntos, es por mí. —Arrancó la página del cuaderno y, tras dejarla caer, empezó otro boceto—. Si no me hubiera metido en el pozo con la mierda hasta el cuello, Andy no habría decidido marcharse de Nueva York... Así que es lo más justo.

—Creo que eres demasiado duro contigo mismo.

Todd esta vez sí que levantó la vista del dibujo. Sus ojos me atravesaron en una advertencia:

—No opines de lo que no sabes.

Yo suspiré, y tras frotarme el rostro con las manos, me dije que ya había tenido suficiente.

—Será mejor que me vaya.

Cuando ya me había vestido e iba a abrir la puerta del dormitorio, Todd me habló con voz queda:

—No me malinterpretes... Quiero a Dem con locura, pero... a veces es mejor saber cuándo no puedes competir.

—Sigo pensando que eres demasiado duro contigo mismo. —Sujeté el pomo para accionarlo y añadí, a modo de despedida—: Enséñame eso que estás escribiendo cuando lo hayas terminado... Yo también tengo el sueño ligero.

Todd esbozó una media sonrisa. En el cuaderno que había en su mesa de noche estaban algunas de las letras de lo que sería su segundo y último disco en solitario.

El apartamento estaba sumido en un silencio sepulcral. Tal y como Todd había dicho, Debbie dormía en el sofá. La melena revuelta, sin desmaquillar, y con todas las papeletas para levantarse con una resaca de campeonato.

Al dirigirme a la salida, pasé por delante de la habitación de Andy. A través de la puerta entreabierta pude verlos a él y Demian; el uno abrazado al cuerpo desnudo del otro, sus rostros serenos.

Puse rumbo a mi piso, sin poder quitarme de la cabeza los versos del himno que había monopolizado la aún reciente velada.

*«Y sin embargo, muchos estamos orgullosos de haber sido cortados por otro patrón».*

*I can remember standing by the Wall,  
and the guns shot above our heads  
and we kissed, as though nothing could fall.  
And the shame was on the other side.  
We can beat them, forever and ever.  
Then we could be heroes, just for one day.*

*(Recuerdo estar junto al Muro,  
y que las pistolas dispararon sobre nuestras cabezas  
y nos besamos, como si nada pudiera ocurrirnos.  
Y la vergüenza estaba al otro lado.  
Podemos vencerlos, por siempre y para siempre.  
Así podríamos ser héroes, aunque fuese por un día.)*

*Heroes, David Bowie*

## Track 12: *Weeping Wall*

Demian acertó al pleno con cada una de sus predicciones, si bien no todas se produjeron de forma inmediata. *Signals from Mars* supuso un revulsivo en la industria, y su sonido acabaría influenciando a otros tantos artistas que propiciarían el auge de la *new-wave* durante la década siguiente, sobre todo en lo que al empleo de sintetizadores se refiere, pero la profecía más crítica de todas ellas se cumplió no mucho después, cuando Johnny, recién llegado de Londres a finales del mes de abril, se dispuso a escuchar en una de las cabinas de Stille el *master* que acabábamos de mezclar.

—Andy, ¿qué cojones es esto? —inquirió sin dar crédito mientras sonaba el tema instrumental con el que arrancaba el disco.

Encendiéndose un cigarro, él replicó:

—Soy yo.

—Ya sé que eres tú, p...

Andy, subiendo el volumen con uno de los moduladores, le interrumpió:

—*Esto* es lo que soy ahora.

—¿Y pretendes que se lo presente a la ejecutiva? —volvió Johnny a la carga—. ¡No se ajusta a las radiofórmulas! Espero que al menos en el *tour* lo...

—No voy a salir de gira —interrumpió—. Tengo demasiadas cosas por hacer y no me puedo permitir el lujo de perder varios meses en la carretera.

—¿Cómo que...? ¿Estás loco? —Johnny buscó mi mirada en una petición de apoyo. Sin embargo, no tardó en arrepentirse: yo tenía tanta o más *culpa* que Andy en tal decisión.

Aunque coincidía en que *Signals* no era lo que se decía un disco que se amoldase a los cánones que imperaban en el mercado internacional, di la cara:

—Es justo lo que nadie espera —expuse con calma—, y ese será el golpe de efecto: pillar al público por sorpresa.

—Escúchalo entero antes de juzgar, por favor —pidió Andy.

—De acuerdo... —cedió; tras recolocarse en la silla, Johnny le dijo que lo reprodujera desde el principio.

Durante los siguientes treinta y nueve minutos permanecimos callados, dejándonos envolver por el ambiente mágico, tenebroso a ratos, luminoso a otros, que entre ambos habíamos creado. La voz de Andy resonaba melódica y profunda, matizada gracias a la acústica de la sala sinfónica en la que la

registramos.

Pude percibir lo tenso que se encontraba por su lenguaje corporal; fumando un pitillo tras otro, apoyado en el soporte de una de las mesas de mezclas. Y es que aunque no diera visos de reconocerlo, la opinión de su *manager* le era muy valiosa.

Cuando el *master* hubo acabado, Johnny tardó unos segundos en pronunciarse:

—¿Tienes toda tu fe puesta en este disco?

Andy se acuclilló hasta quedar a su altura, y mirándole a los ojos, lo defendió:

—Sé que es arriesgado, y puede que no sea el megaventas que el sello está esperando, pero... intento compensarlo. De veras que lo hago. Les voy a dar cuatro discos con lo que habría costado otro *City Lights* —mencionó su último LP publicado, rey indiscutible de las listas durante semanas, grabado y producido íntegramente en Manhattan—. Dos de Todd, dos míos. Cuatro en un solo año, Johnny... Pronto empezaremos con el segundo de él, y quiero meterme a grabar el mío en septiembre.

—Andy...

—Gastos mínimos, Johnny —insistió—. Nada de escándalos, solo música, trabajo y más trabajo... —Sosteniéndole la mirada, agregó—: Llevo tres meses sin meterme nada... ¿Es que eso no vale para que creas en mí?

John suspiró y dio el brazo a torcer:

—Ponlo otra vez y dame datos. Necesito armarme un buen discurso.

—No te arrepentirás, te lo prometo.

—Gracias —añadí yo mientras rebobinaba la cinta magnética.

—No me las des tan pronto... —rezongó.

A medida que sonaba de nuevo por los altavoces, Andy le fue narrando la historia que a través de canciones y temas instrumentales quería transmitir: la de alguien que, tras haber llegado a Berlín Oeste, no lograba encontrar su lugar por el recuerdo de lo que había dejado atrás. Esa era la primera lectura. *La oficial*.

La segunda se resumía en que él había transformado mis experiencias vitales en partituras y versos.

En una tercera lectura que también hice para mis adentros, llegué a la conclusión de que aquel disco era una llamada de auxilio que Andy se lanzaba a sí mismo, un intento de reconciliarse con quien creía haber dejado de ser.

Johnny partió hacia tierras británicas a la mañana siguiente, con las bobinas



que contenían el *master* y un adjetivo que, esperaba, bastase para obtener luz verde: *intimista*. Le costó, pues tal y como Demian vaticinó, los directivos se llevaron las manos a la cabeza, pero más arriesgado que ordenar la fabricación masiva de vinilos, era que el nuevo trabajo de uno de los principales autores de su catálogo no viera la luz.

\*

Tardamos dos meses en obtener resultados tangibles, ocho semanas en las que centramos nuestros esfuerzos en el siguiente disco de Todd.

El verano ya había llegado a Berlín, y con el buen tiempo disminuyeron las ganas de permanecer encerrados en el estudio más horas de las necesarias. Así que una tarde en que decidimos hacer un alto, Andy propuso ir a inspeccionar el enclave que había elegido para dar el concierto de presentación que la discográfica, a cambio de no hacer el *tour*, le había impuesto que diera en un recinto de gran capacidad.

—¿Estás seguro? —le pregunté, extrañado, al ver que me habían llevado hasta Platz der Republik; en concreto, a los amplios jardines que se extendían frente al edificio del Reichstag.

—Es perfecto —afirmó Andy—. Desde aquí lo oírás toda Berlín.

Como yo no dije nada, Todd me preguntó con mofa:

—¿Aún no sabes lo que pretende?

Volví a fijar la atención en lo que me rodeaba: personas tendidas sobre la hierba disfrutando de los rayos de sol; setos y arboledas; el imponente conjunto arquitectónico, con la silueta de la torre de telecomunicaciones de Alexanderplatz al fondo...

Entonces, lo comprendí.

*Toda Berlín...*

Al mirar a Andy, detecté en sus ojos el brillo inquieto que de ellos se adueñaba cuando tenía una idea que necesitaba ejecutar a cualquier precio.

—No nos saltaremos ninguna ley si *accidentalmente* algunos amplificadores están orientados a la RDA, ¿verdad? —dejó caer él.

Negué lentamente con la cabeza, asimilando que al aceptar encargarme de la logística del evento, había firmado un pacto con el demonio, y que el primer requerimiento del diablo en cuestión era simple, aunque cargado de segundas intenciones.

—Ninguna, que yo sepa —contesté.

—Estoy deseando subirme al escenario —añadió con la vista clavada en donde se ubicarían las estructuras, seguramente imaginándolas ya montadas.

Prolongamos el paseo hasta el Abend, y cuando nos habíamos adentrado en el local, Otto le reclamó desde la barra:

—El mensajero te ha traído esto...

Andy, al ver el paquete envuelto en papel de estraza que le estaba esperando, no se demoró en abrirlo. Cuando extrajo varias copias de su nuevo álbum, remitidas por la discográfica con días de antelación respecto a la fecha de lanzamiento, se formó un silencio expectante.

—Para vosotros... —dijo, tendiéndoles una a Otto y Dieter—. Prácticamente lo escribí aquí, es mi manera de daros las gracias.

Mis viejos amigos aceptaron el obsequio. Creo que el gesto de ambos al ver la portada fue el mismo que tuvimos todos los habitantes de Berlín al contemplarla por primera vez: una mezcla de estupefacción, orgullo y emotividad. Estupefacción por que Andy se hubiera decantado por mostrar la herida que nos dividía; orgullo por sentir que volvíamos a estar en el mapa de la opinión pública tras años de olvido; emotividad por que fuera precisamente él quien se había atrevido a contravenir las normas a través de un mensaje político.

Dicha portada, en blanco y negro, era obra de su fotógrafo de confianza. En ella se mostraba libre de aderezos: sin maquillar; la menuda silueta enfundada en la cazadora de piel de Todd, la cual este le prestó para la sesión; a sus espaldas, el Muro.

Dieter acertó a desplegar el disco, de forma que contraportada y portada formaron una única imagen panorámica; con la ampliación quedaron expuestas las alambradas de espino, los grafitis, una torreta de vigilancia... La estampa con la que los berlineses llevábamos dieciséis años conviviendo.

Junto con los pocos clientes que había en el local, tuvimos el privilegio de ser los primeros en paladear el vinilo. Dieter y Otto invitaron a una ronda y la llevaron a nuestra mesa, en donde Andy brindó tras ocupar su asiento. Sin embargo, cuando llevábamos apenas unos minutos de escucha colectiva, dejó la jarra sobre la mesa y escondió el rostro entre las manos; sus hombros se convulsionaron al ahogar los sollozos, liberando toda la presión y el estrés que había soportado durante los últimos meses.

Los que le rodeábamos habíamos visto, de una forma u otra, la catarsis que para él había supuesto aquel disco: la marcha a otro país pese a la desaprobación generalizada; la apuesta ciega por lo que le dictaba la intuición; las luchas internas; la renuncia a los excesos de la celebridad; la sensación de victoria cuando en verdad estaba caminando por la cuerda floja,

sin saber si aquel trabajo sería un fracaso.

—La cabeza bien alta —le dijo Todd llenándolo de besos—. Les has dado a todos una buena patada en las pelotas, nadie te puede quitar el mérito.

Andy esbozó una sonrisa temblorosa.

—No habría sido posible sin ti, y sin ti... —añadió mirándose—. Sin todos vosotros, en verdad...

—Esta siempre será tu casa —lo reconfortó Otto.

—¿Creéis que llegará a *Ostberlin*? —quiso saber Andy, pronunciando el nombre del lado oriental en alemán.

—Lo hará —afirmó Dieter—. Créeme que lo hará.

—Tengo que mandar dos copias a Nueva York —pensó en voz alta, secándose toscamente las mejillas.

—Luego —lo cortó Todd, tomando la jarra que había soltado y poniéndosela de nuevo en la mano—. Disfruta del momento.

La cara A del vinilo siguió sonando, y las frases, esas que él había hilvanado en aquella misma mesa, se diluyeron en el ambiente.

«*Me rodean, están en todas partes. Y envía señales. Señales desde Marte, donde no somos nada, donde no somos nadie*».

\*

El primer *single* que se extrajo del disco entró directamente al cinco en las listas de ventas de Reino Unido y en el siete del Billboard. Aunque el arranque resultó tímido en comparación con anteriores trabajos, la crítica lo acogió con entusiasmo, calificándolo, entre otros, como el *último resquicio de lo postmoderno*. Pero una vez lanzado, Andy pareció no tener interés alguno en el álbum más allá de lo referente a su próxima interpretación en directo.

Una noche, mientras miraba al techo azul que tenía sobre mí, le confesé que la situación estaba empezando a superarme:

—Vincent me hizo ir otra vez hoy a su despacho...

—Sí que es insistente tu ex, ¿eh?

—No van por ahí los tiros... Me ha dicho que no dejan de entrar llamadas y faxes interesándose por mí. —Le robé el cigarrillo para darle una calada y añadí, con resolución—: Más les vale que se armen de paciencia.

—Tranquilo, ya he asimilado que tendré que compartirte. Con que me tengas siempre entre tus prioridades, me conformo.

—¿Qué insinúas?

—Que doy por hecho que no tardarás en conseguir otros clientes, pero que ahora que sé lo que es trabajar contigo, no quiero a ningún otro productor.

De pronto, Andy salió de entre las sábanas para coger su guitarra.

—Ayer escribí esto. Necesito que me la traduzcas y me enseñes la fonética... Quiero cantarla en el concierto.

Como haría en incontables ocasiones a lo largo de los siguientes años, me tocó en primicia lo último que había compuesto; al prestar atención a la letra, el corazón me dio un vuelco.

—¿Habla de Klaus...?

—Sí —contestó—. No quiero renunciar a la posibilidad de que la escuche y sepa que es para él. Por remota que sea...

Aunque me sentí abrumado por la petición, tomé su cuaderno y un bolígrafo. Mientras Andy me la repetía para que me quedase con la métrica, empecé a devanarme los sesos con tal de que la adaptación fuese coherente en tono y lírica.

Ignoro cuántas horas nos pasamos así, hasta que nos quedamos satisfechos con el resultado. A día de hoy, algunos historiadores afirman que una década después de haber sido creada, esa canción fue el primero de los martillazos con los que se derribó el Muro de Berlín.

*Sunday morning and I'm falling,  
I've got a feeling I don't want to know.  
Early dawning, Sunday morning,  
it's all the streets you crossed not so long ago.  
Watch out, the world's behind you,  
there's always someone around you who will call.  
It's nothing at all.*

*(Domingo por la mañana y me desmorono,  
tengo un presentimiento sobre el que nada quiero saber.  
Al alba, domingo por la mañana,  
son todas las calles que hace nada cruzaste.  
Ándate con ojo, el mundo te acecha,  
siempre habrá alguien a tu alrededor que te llamará.  
Qué le vamos a hacer.)*

*Sunday Morning, The Velvet Underground*

## Track 13: *Teenage Dream*

Tras mucho insistir, logré convencer a Todd y Debbie para que salieran a dar una vuelta con tal de despejarse. No es que yo mismo no lo necesitase, pero tenía varias llamadas que hacer. Entre ellas, la que realicé en cuanto se hubieron marchado.

Varios tonos después me respondió aquel con el que, según el calendario, iba a empezar a trabajar en breve; sin embargo, me dije que más valía asimilar que de momento todo quedaba en el aire.

—¿Sí...?

—Ian, soy yo.

Al otro lado de la línea, un silencio que se prolongó por espacio de varios segundos.

—Oh, Klaus... —respondió con la voz rota tras reconocermé—. He intentado contactar contigo, pero...

—Lo siento. Es que estoy en Berlín.

—Cuando me enteré esta mañana..., yo...

—Lo sé.

Él rompió a llorar.

—Ian, sé que es duro, pero tengo que preguntarte algo... —Respiré todo lo profundo que pude y me lancé—: ¿Andy te dejó algo para mí?

De nuevo, silencio.

—Yo no sabía nada, Klaus... En la tele están diciendo que se ha... Te juro que no tenía ni idea...

—Ni tú ni nadie —mentí, intentando tranquilizarle, e insistí con todo el tacto posible—: Dime, ¿te dejó algo?

Le oí sorber discretamente. Luego empezó a arrojar un poco de luz sobre las sombras:

—Él y yo pasamos mucho tiempo juntos estos meses... Venía a verme actuar, quedábamos en su estudio... Era como soñar despierto, ¿sabes...? Escribimos varias canciones, hasta grabamos algunas demos... Me pidió que no te contara nada hasta que fueras tú el que lo mencionase. Aún no me puedo creer que él... Que ya no...

Así que eso era lo que Andy me había legado: varios temas inéditos que, por las circunstancias, tenían un valor incalculable; sus últimas grabaciones; y la joven promesa a la que había dejado en mis manos, con la certeza de que

nadie mejor que yo podría impulsar su carrera.

Me dejé resbalar lentamente hacia el suelo, con la espalda apoyada en la pared. La cabeza me daba vueltas.

—Ian, tengo algunos asuntos que atender, pero en cuanto acabe iré para allá y hablaremos en persona de todo esto, ¿de acuerdo?

—Sí...

Quise formular la última cuestión que me ardía en el pecho, preguntarle si, tal y como sospechaba, entre él y Andy había habido algo más que complicidad artística. Pero no pude. No por medio de la fría línea telefónica.

Le di el número del Abend por si necesitaba localizarme, y colgué tras una escueta despedida.

De pronto, las palabras de Andy, pronunciadas una semana atrás ante las tumbas que le acompañé a visitar, cobraron sentido.

«Solo contemplo el futuro, y el futuro pertenece a aquellos que lo intuyen y actúan en consecuencia... Sé que tú podrás modelarlo».

*The show must go on.  
Inside my heart is breaking,  
my make-up may be flaking  
but my smile still stays on.*

*(El espectáculo debe continuar.  
Por dentro tengo el corazón roto,  
mi maquillaje empieza a estropearse  
pero mi sonrisa no desaparecerá.)*

*The Show Must Go On, Queen*



## Track 14: *Cracked Actor*

Recuerdo que Berlín amaneció bajo un radiante cielo azul aquel 20 de agosto de 1977. Se respiraba en el ambiente una vibración especial, como si la ciudad, al igual que muchos de sus habitantes, estuviera a la expectativa por el que estaba llamado a ser el evento del año. El boca a boca cumplió su cometido, y el rumor de que Andy Lightning iba a ofrecer un concierto en la explanada del Reichstag se propagó a la velocidad de la luz.

De hecho, yo aún no había acabado de cerrar acuerdos con los proveedores —Andy insistió en que quería trabajar de nuevo con personal local, desde técnicos hasta músicos de directo— para cuando las entradas se dieron oficialmente por agotadas. Gente de todas partes de Berlín Oeste, pero también del resto de Alemania Federal e incluso de otros puntos de Europa, no quisieron perderse la cita.

Nos marchamos al recinto a primera hora de la tarde para la prueba de sonido. En comparación con los equipos de los que el protagonista de la velada había dispuesto en otras giras, aquellas estructuras, focos y amplificadores eran rudimentarios, pero se ajustaban a lo que estaba buscando: la vuelta a los orígenes con un sonido más crudo, desprovisto del toque teatral con el que había explorado el *glam rock*. Andy había decidido enterrar el género, y pese a que un sector nada despreciable de su público le dio la espalda por lo que consideraba una traición imperdonable, otros tantos no dudaron en seguirle en la nueva andadura. Todo ello sumado a los berlineses que, por el impacto que *Signals* había supuesto dentro y fuera de la RFA, querían ver actuar en directo a la celebridad que llevaba meses viviendo entre ellos, mimetizándose con el paisaje urbano y desapareciendo a ojos del mundo.

Todd no tomó parte activa en el concierto. Su primer disco en solitario ya se había perdido en los bajos fondos de las listas, y aunque en mi opinión el que teníamos a punto lo superaba con creces, declinó el ofrecimiento de presentar en primicia un par de temas al considerar que aquella tenía que ser la noche de Andy, suya y solo suya; así que se limitó a ser un fan más desde el privilegio del *backstage*.

Lo vi trepar temerariamente por una de las estructuras metálicas. Su objetivo era comprobar que varios de los amplificadores no estaban

orientados al público; o, mejor dicho, que estaban orientados hacia el otro público, ese que se hallaba al otro lado del Muro, el cual se erigía, desafiante, justo detrás del edificio gubernamental.

—Lleno hasta la bandera —me dijo a voz en grito.

Yo agucé la vista: ante nosotros, la explanada se encontraba repleta de personas que formaban una enorme mancha de color. Nunca antes había visto a tanta gente congregada, y menos por un motivo tan prosaico, aunque a la vez vital, como disfrutar juntos de dos horas de música.

De pronto sentí que todo cuanto había hecho hasta entonces, los sacrificios, el dolor, las renunciaciones y el rechazo a la conformidad, habían merecido la pena.

«—¿Por qué haces esto?

—Porque creo en ti.»

Y deseé que esa noche Klaus, dondequiera que estuviese, pudiera sentirse orgulloso de lo que había conseguido.

El reloj siguió avanzando, pero llegó un punto en que no lo hizo a la misma velocidad para todos los que nos reunimos en ese espacio. Es curioso cómo la percepción consigue alterar el tiempo... Seguro que para los que estaban ocupando las primeras filas, esperando pacientemente sobre la pradera, cada segundo resultó eterno; para los que nos encontrábamos implicados en la ejecución del espectáculo los minutos transcurrían a velocidad endiablada, y hubiéramos dado el brazo derecho por contar con más margen.

Pero de pronto, sin nada que lo presagiase, ese mismo tiempo se detuvo para mí.

Un miembro del equipo de seguridad me hizo llamar, pues alguien externo insistía en que tenía que verme. Se trataba de Oliver, el encargado de las gestiones de Stille.

—¡Klaus! —exclamó al distinguirme entre el ir y venir de gente. Tenía el rostro encendido y la frente perlada de sudor—. Vincent me pidió que te entregase esto, es urgente...

Miré el sobre que me tendió y temí que fuera algún requerimiento que impidiese la celebración del concierto, pese a que estaba plenamente convencido de haber dejado el papeleo en regla. Al abrirlo, me encontré con un simple fax. Lo habían remitido hacía cuarenta minutos desde Londres. Iba dirigido a mí, y su emisario no era otro que Johnny.

«No sabía cómo localizarte. Me acabo de enterar de esto. Llámame en cuanto puedas».

Y siguiendo al escueto mensaje, la copia a su vez de otro fax proveniente de

Estados Unidos, todo ello integrado en una única página.

Tuve que leer un par de veces los párrafos para asimilarlos.

Todd, que había presenciado la escena al estar merodeando por los alrededores, se puso en alerta:

—¿Ocurre algo?

En lugar de responderle, retomé el diálogo en alemán:

—Oliver, pídele a Vincent de mi parte que se ponga en contacto con John Vanner. Que le confirme que he recibido su mensaje, y que...

Puesto que apenas entendía lo que estaba diciendo, Todd perdió los nervios:

—¿Qué demonios pasa? ¿Nos han denunciado por lo de la megafonía?

—Ojalá fuera eso... —murmuré en inglés.

Le di unas últimas instrucciones a Oliver, y este se echó otra vez a correr en dirección al estudio.

Todd me miraba, víctima de la incertidumbre, y sus ojos pasaron de reflejar ansiedad a horror a medida que leía el texto por sí mismo. Terminó dándole una patada a uno de los estuches metálicos donde se habían trasladado amplificadores e instrumentos, apilados por todas partes.

—¡Joder! —gritó, impotente.

Blasfemó varias veces más, y tras el estallido de furia se sentó en el suelo entre más estuches, cables y aparataje diverso. Lo imité; ajeno a la tragedia de la que nos acabábamos de enterar, el personal del concierto seguía trabajando a ritmo frenético a nuestro alrededor.

—Alguien tiene que decírselo a Andy... —murmuré.

Todd, con la cabeza escondida entre las rodillas, contestó con un hilo de voz:

—Lo siento..., pero no puedo...

Suspiré, asimilando que iba a tener que hacer de tripas corazón, y en un pobre intento de consolarle lo besé en la frente antes de poner rumbo a la caravana que servía de camerino. Tras acceder al interior, vi que Andy estaba comprobando su atuendo ante un espejo; las bombillas que delimitaban la superficie de cristal proyectaban un halo dorado sobre su rostro.

—¿Ya es la hora? —me preguntó.

—Tengo que darte una mala noticia.

—¿Puede esperar?

—Me temo que no...

Él, alarmado, se giró.

—Acabo de recibir un fax de Johnny. Hace un par de horas, Demian...

—¿Dem? Hablamos por teléfono esta mañana... —me interrumpió—. Se sigue sintiendo culpable por no haber podido venir, pero...

—Andy... —insistí para que me prestara atención. Le tomé de las manos, heladas, y las presioné con firmeza—. Siento tener que decirte esto, pero... le han disparado en la calle, a pocos metros del portal de su edificio.

Sus pupilas se contrajeron, y de sus labios escapó una pregunta que me desgarró por dentro:

—¿Él... está bien...?

Negué suavemente con la cabeza, y añadí:

—Para cuando lo trasladaron al hospital más cercano, ya era demasiado tarde...

Guardé silencio, dándole tiempo para que procesase lo que acababa de oír. Un tiempo que de nuevo se detuvo para mí.

Andy se zafó de mis manos y se dejó caer sobre el sofá que ocupaba buena parte del interior del vehículo, respirando con dificultad.

—¿Te encuentras b...?

—Déjame.

—Si no qu...

—¡Déjame, maldita sea! —bramó, lanzando contra el espejo el encendedor que siempre llevaba consigo.

Respeté su dolor durante unos segundos más, pero no tardó en imponerse mi sentido práctico:

—¿Estás en condiciones de salir a escena? Aún podemos cancelarlo.

Él, tras rescatar con manos temblorosas el mechero de entre los afilados trozos de cristal que cubrían el suelo, se encendió un cigarro.

Lo que me respondió hizo que mi respeto hacia él como artista se incrementase aun más si cabía:

—El espectáculo debe continuar. Siempre, pase lo que pase. —Con la mirada perdida, repitió—: Vete, Erik, por favor. Necesito estar solo.

Antes de cumplir su voluntad, comprobé la hora en mi reloj de pulsera:

—Te quedan veinte minutos.

Regresé a un lateral de la tarima, en concreto a aquel donde estaban la mesa de mezclas y la de luces. Cuando faltaban apenas unos instantes para que arrancase oficialmente el concierto, vi que Todd y Andy se abrazaban en plena cuenta atrás. Poco después, los asistentes estallaron en júbilo.

Cuando estaba bajo los focos, Andy se transformaba en otra persona. Derrochaba presencia y magnetismo, proyectando la voz como si fuese una

flecha con la que atravesar cuantos corazones quedaran a su alcance. La banda empezó a desgranar su nuevo disco, y él los guiaba y llevaba a donde quería, absorbiendo, emocionando. Dejándome sin palabras en la primera de las tantas ocasiones en las que le vería cantar para las masas; y es que esa noche no solo me demostró que era una estrella ante el micrófono, sino también un actor de órdago, capaz de ocultar bajo la máscara del directo los pedazos en los que, al igual que el espejo, se había roto.

Ofreció un recital en el que no faltaron los himnos más célebres de su repertorio; los entremezcló con buena parte de *Signals* e incluso se puso tras los teclados en varios de los temas instrumentales, y para cuando las miles de almas congregadas a pies del Reichstag creían que nada más podría sorprenderlos, puso el broche final interpretando la última canción sin otro acompañamiento que su guitarra acústica. Las luces se apagaron, a excepción de aquella que lo alumbraba desde lo alto mientras decía, mirando al frente:

—Nada es eterno, salvo la música. Ni siquiera el amor. Y cuando perdemos a aquellos a los que amamos, lo único que nos los puede traer de vuelta aunque sea un instante es el poder de una canción... Gracias, hermanos y hermanas a ambos lados del Muro. —Y añadió en alemán—: Buenas noches, Berlín.

Sentí que se me erizaba la piel cuando, sin cambiar de registro lingüístico, empezó a cantar los versos que para él había traducido. La gente enmudeció, no solo por ser un tema inédito, sino también por que estuviera empleando el idioma local.

—¿Lo oyes...? —me dijo Todd sujetándome de un brazo.

Yo agucé el oído, y sí, lo percibí. Tímidos, casi inexistentes, pero ahí estaban: los aplausos que llegaban de más allá de la frontera, y que precedieron a los que, ante el escenario, se adueñaron del ambiente en cuanto el tema hubo concluido.

Antes de que las peticiones de bis fueran incontrolables, Andy salió al lateral en el que nosotros dos nos encontrábamos. Allí, tras haberlo dado todo de cara a la galería, no pudo más. Entre Todd y yo lo llevamos hacia el control de seguridad, donde nos aguardaba un vehículo gracias a las instrucciones que le había hecho llegar a Vincent.

—¿A dónde vamos? —me preguntó Todd.

Y sin darme opción a replantearme lo que ya había decidido, respondí:

—A Nueva York.

*Fame makes a man take things over.  
Fame lets him loose, hard to swallow.  
Fame puts you there where things are hollow.*

*(La fama hace que un hombre tome las riendas.  
La fama lo deja fuera de control, lo vuelve insoportable.  
La fama te pone ahí donde no hay más que vacío.)*

*Fame, David Bowie & John Lennon*

## Track 15: *Walk On The Wild Side*

A Demian le quedaban apenas un par de semanas para cumplir los treinta cuando fue asesinado de cuatro tiros por la espalda. Se encontraba disfrutando de los pocos días libres que iba a tener en toda su gira americana, y justo en ese momento se disponía a pedir un taxi para acudir al restaurante donde Debbie y él habían planeado almorzar juntos.

Nunca llegó a la cita.

De todo esto me fui enterando a cuentagotas en el piso de Hauptstrasse a base de hacer más llamadas, mientras les daba tiempo a Todd y Andy para que preparasen las maletas. Tras pasar fugazmente por mi apartamento nos plantamos en Berlín-Tegel, donde con toda mi sangre fría me acerqué al mostrador de la aerolínea en la que la discográfica nos había reservado tres billetes para el primer vuelo que salía a Londres. Cuando le entregué mi viejo pasaporte a la mujer que me atendió, esta pareció extrañarse por la antigüedad de la foto, pero quizás por ser quienes eran mis acompañantes, no puso pegas.

—Pueden esperar en la sala VIP. Que tengan buen vuelo —nos deseó.

—Gracias —repliqué, guardando los documentos.

Aparenté tener la situación bajo control aunque lo cierto era que no había pisado un aeropuerto en la vida, e incluso logré mantener a raya el acceso de pánico cuando el avión abandonó la pista para alzarse por los aires. Al contemplar el mosaico de diminutas luces en que se convirtió mi ciudad, la fascinación superó al miedo, y me di cuenta de que acababa de salir de la jaula en la que hasta entonces había estado preso.

Johnny nos esperaba en Heathrow. Nada más haber pisado la terminal londinense, me topé con la realidad de la que Andy había estado huyendo en su exilio: multitud de curiosos arremolinados para contemplar de cerca a la celebridad de turno; decenas de reporteros que trataban de conseguir declaraciones. Él, escondiéndose tras un sombrero y unas gruesas gafas de sol, se abrió paso entre la lluvia de *flashes*.

—Andy, ¿vas a asistir al funeral de Demian Clerck en Nueva York? —quiso saber uno de los periodistas.

—¿No tienes miedo de que te pueda pasar lo mismo que a él? —cuestionó otro alzando el micrófono.

—Dejadle en paz —se enfrentó Todd.

—¿Qué opinas sobre los rumores de que podría tratarse de un crimen

político por su participación en *Signals from Mars*? El disco es toda una provocación hacia la RDA... Aún no se ha esclarecido la identidad del sospechoso, pero se habla de represalias por parte del régimen soviético... — insinuó un tercer reportero.

Logré sujetar a Todd antes de que la emprendiera contra el que había soltado aquella pregunta envenenada, y tirando de él retomamos el camino.

Nos tocó volver a esperar en otra sala VIP, y luego sobrevolar el Atlántico en un largo vuelo intercontinental. Cuando ya llevábamos un par de horas de trayecto, Johnny ocupó el asiento libre que había a mi lado.

—Klaus..., te debo una por haberte hecho cargo de la situación.

—No es nada —respondí—. Ellos estaban demasiado afectados como para centrarse.

—Ha sido tan repentino... Qué desgracia, pobre muchacho. —Secándose la frente con un pañuelo, añadió—: Si puedo hacer algo por ti, ya sabes.

Me quedé mirándole. La culpabilidad me carcomía, puesto que desde que habíamos dejado Berlín atrás, no había hecho sino recordarme que de nuevo mi libertad estaba impregnada de muerte. Evoqué a Demian durante las jornadas que compartimos en Stille; sus ojos oscuros e inteligentes, su alegría contagiosa. El recuerdo de su voz hecho presagio.

«Cuando te decidas a ir a Manhattan, que sea por mí.»

Y diciéndome que tenía que aprovechar aquella oportunidad, aunque estuviera vestida de luto, me cobré el favor:

—¿Conoces a alguien en la embajada de la RFA en Estados Unidos que pueda renovarme el pasaporte?

Johnny me sostuvo la mirada, y durante los segundos en que se perpetuó el silencio me convencí de que sabía que yo ocultaba algo. Aun así, hombre de palabra como es, respondió:

—Tranquilo, Andy me lo pidió antes. Te lo arreglaré a la mayor brevedad posible.

Como leyendo mi turbación, Johnny me dio un apretón en el hombro y se incorporó para regresar a su asiento. Andy se encontraba en el otro extremo de la fila, apoyado sobre el panel transparente por el que solo se apreciaba la inmensidad del océano; ojeroso; vistiendo de negro de la cabeza a los pies. Me vino a la mente el momento en que le conocí. Tan frágil que parecía que fuera a desintegrarse, y, pese a todo, sin olvidar mis circunstancias.

Quise acercarme y tener para con él unas palabras de agradecimiento, pero Todd me disuadió de mis intenciones. Tratando de buscar una postura



medianamente cómoda, me esforcé por dormir. Aún no había experimentado los efectos del *jet-lag*, pero daba por hecho que las siguientes jornadas no iban a ser nada fáciles.

\*

A día de hoy, he perdido la cuenta de las ocasiones en que la agenda me ha hecho regresar a Nueva York, pero lo cierto es que siempre que la visito, hay algo que me sigue impresionando como la primera vez: la visión aérea del *skyline* durante la maniobra de aproximación, justo antes de que se inicie el descenso hacia el aeropuerto internacional John F. Kennedy.

La silueta de los edificios me dejó sin aliento; tanto o más que el anuncio que Johnny nos hizo al poco de subir a la limusina que nos recogió tras pasar el control de inmigración.

—Andy... —empezó a decir tras haber leído el documento que le entregó el chófer—, los Clerck quieren que el entierro se realice en privado.

—¿Será mañana?

—Sí.

—Me gustaría estar ahí lo antes posible.

El gesto de Johnny se agrió al constatar que no había leído entre líneas.

—A lo que se refieren —añadió con tacto— es a que desean que solo asista la familia.

Todd no se lo podía creer:

—¿No quieren vernos por ahí? —replicó, indignado.

—¿Y el funeral? —preguntó Andy.

—También prefieren que quede en la intimidad —concretó Johnny.

—Envíales una corona de nuestra parte —pidió, y ajustándose las oscuras lentes de las que no se había separado desde que salimos de Berlín, le preguntó—: ¿Te vas a las oficinas de la discográfica?

—Sí.

—Entonces, que nos dejen a nosotros antes en mi apartamento —dijo Andy. A continuación, se dirigió al conductor—: A la Quinta Avenida con la 72, por favor.

Yo me pasé el trayecto desde Queens a Manhattan sin dejar de observar a mi alrededor: los puentes, los rascacielos, el espantoso tráfico, el ruido, las luces... La *capital del mundo*, la metrópolis donde Andy y Todd habían saboreado la gloria y descendido a los infiernos.

Una vez llegamos a destino, el recepcionista del edificio llamó al dueño del ático tras reconocerlo:

—Disculpe, señor Smith...

Andy se giró ante el reclamo.

—Dígame.

—La señorita Orwells se encuentra arriba. Le permití el acceso, tal y como usted me indicó antes de su partida.

Andy asintió.

—El viejo sigue igual... —murmuró Todd cuando estuvimos en el ascensor.

—Solo hace diez meses que nos fuimos —replicó Andy.

—Pues tengo la sensación de que ha sido un siglo —volvió a murmurar Todd, quien había pasado, literalmente, de malvivir en las calles de la *Uptown* a habitar aquel lujoso inmueble.

En cuanto Andy abrió con su juego de llaves, Debbie fue a nuestro encuentro. Por sus ojos enrojecidos, así como por el rostro hinchado y desprovisto de maquillaje, no fue difícil deducir a qué había dedicado las horas de espera. Los abrazó a ellos con fuerza; gesto que, al verme, tuvo igualmente conmigo.

—Gracias por haber venido, Klaus...

—Era lo menos que podía hacer —repliqué.

—¿Ya os lo han dicho? —nos preguntó ella.

—¿El qué? —espetó Todd—. ¿Que sus padres no nos quieren ver ni en pintura?

Andy, contemplando desde los ventanales del salón la arboleda de Central Park, afirmó:

—Su otra familia también se merece poder velarle... Le haremos aquí un funeral, a nuestra manera.

Aquella mención me recordó lo que Otto y Dieter siempre decían con orgullo: que sentían devoción por *su gran familia*, integrada por aquellos con los que habían construido lazos irrompibles aunque no fueran de sangre.

Debbie se mostró preocupada por nuestro estado:

—¿Por qué no descansáis un poco?

En lugar de responder, Andy extrajo de una cómoda una gruesa agenda. Todd, como dando por hecho que tratar de hacerle entrar en razón era inútil, tomó su maleta por el asa y se dirigió al fondo del pasillo.

—Usaré el otro teléfono —indicó Debbie, dejándonos también a solas.

En cuanto a mí, me dije que no podía permanecer de brazos cruzados:

—¿Puedo ayudar en algo?

Andy, desde el sofá y mientras descolgaba el auricular, respondió:

—Ponme una copa.

A no demasiada distancia hallé el mueble bar, sorprendentemente bien surtido. Y mientras abría una botella, escuché cómo iniciaba la primera de las tantas llamadas que realizó:

—¿Jim? Soy Andy... Sí, estoy en Manhattan.

Al escuchar ese nombre me dije que su interlocutor solo podía tratarse de una persona... Llegué a la misma conclusión a medida que él iba estableciendo más y más conexiones, haciéndome consciente de la dimensión del círculo social en el que se movía.

Desde que partimos de Berlín no le había visto pegar ojo, ni ingerir nada que no fueran las rondas de vodka que le serví. Tampoco derramar ni una lágrima.

El sol se fue poniendo en la Gran Manzana mientras a menos de un kilómetro de donde nos encontrábamos, cientos de fans de Demian se reunían en el punto donde un loco que *quería pasar a la historia* le arrebató la vida. Y es que aunque nunca antes había estado en aquella ciudad, pude reconocer a través de los ventanales el célebre edificio Dakota, el cual se alzaba, singular y orgulloso, en la orilla opuesta de Central Park.

\*

No hubo fotógrafos ni cámaras de televisión a la mañana siguiente en el cementerio de Holy Cross, al noreste de Brooklyn. El entierro pasó prácticamente desapercibido para el gran público, cegado este, al igual que los medios y las fuerzas del orden, por la concentración de estrellas que estaba teniendo lugar en una de las principales arterias de la ciudad.

A base de tirar de amistades y conocidos, Andy, Todd, Johnny y Debbie lograron reunir en tiempo récord a la flor y nata de la escena cultural neoyorkina. Dondequiera que mirase solo veía músicos, fotógrafos y actores de renombre, así como mesas repletas de los *catering* más exclusivos. Una fotografía enmarcada de Demian presidía el salón del ático, en donde el alcohol no tardó en empezar a correr.

Andy ejerció su papel de anfitrión recibiendo a todos y cada uno de los asistentes, así como manteniendo largas conversaciones con ellos. Entrar en contacto con esa parte de la cultura local, la de celebrar la vida del difunto como si de una fiesta se tratase, me chocó, pero mentiría si dijera que pude dedicarme a meditar al respecto, porque Andy no dejó de presentarme a los invitados.

—Este es Klaus Müller —le dijo a Tim Buggers, al que muchos aún

consideran el gran poeta norteamericano del *rock*.

—Así que tú eres el famoso *mago de Berlín*... —observó, estrechándome la mano.

—Un placer —repliqué.

Andy se disculpó y siguió repartiendo atenciones.

—Me tiene entusiasmado lo que habéis hecho —afirmó Tim—. *Signals* es, en mi opinión, el disco del año.

—El mérito es suyo, yo solo hice posible el sonido que él quería.

—Pero eso es lo realmente admirable... —Dándole un sorbo a su *whisky*, inició la maniobra de entrar en negocios—: Me interesa mucho explorar esa vertiente.

A medida que se prolongaba la charla, me di cuenta de que lo que Andy estaba haciendo era servirme en bandeja a potenciales clientes, dándome la oportunidad de tejerme una poderosa red de contactos en el epicentro de la industria, sin intermediarios.

—Te llamaré —aseguró Tim, con quien terminaría colaborando varios meses después—. Ha sido un placer conocerte, aunque haya tenido que ser en una reunión como esta...

Me quedé observando el entorno: la gente hablaba, bebía y fumaba; algunos incluso entre risas. Diciéndome que era inútil seguir culpándome por estar ahí, expresé lo que de verdad sentía:

—Tuve el privilegio de trabajar con Demian en el estudio. Nunca olvidaré lo entregado que era.

—Una gran pérdida, sí... —concluyó, y se marchó empleando la excusa de su vaso vacío.

Durante cerca de siete horas encadené charlas, intercambié números de teléfono y presencié los discursos de los que se animaron a compartir historias sobre el homenajeado.

—Recuerdo la noche en que él iba a actuar por primera vez en el Madison —empezó a contar Debbie—. Se asomó para ver que las gradas estaban repletas, y me preguntó: «¿Sabes en quiénes estoy pensando? En los que me hacían la vida imposible en el instituto. Ojalá hayan venido. Así se darán cuenta de que los que vamos a contracorriente no somos escoria». —Debbie sonrió y añadió—: Desde entonces, cada vez que salgo a cantar, yo también me acuerdo de los cabrones que me amargaban la existencia. Él me hizo estar orgullosa de ser quien soy: otra rara...

—Larga vida a los *freaks* —dijo Todd, proponiendo un brindis.

—Por Demian —replicó Debbie.

—Por Demian —fue el clamor general.

Tras esa, más anécdotas. Más comida, más alcohol y tabaco. Y también, cuando la celebración estaba en su cenit ya caída la noche, cocaína. Por todos lados.

De quien no había ni rastro, era de Andy. Supuse que estaría al otro lado de la estancia, o que la profusión humana, sumada al cansancio y la sobreexcitación de mis sentidos, me impedían distinguirlo, pero conforme se iban apagando los ánimos de mantener nuevas charlas con aquellos que empezaban a no estar en condiciones, sentí inquietud.

Vi que Todd se marchaba hacia los dormitorios. Tras dejar pasar un margen razonable, le seguí. Al quedar ante la puerta de la que era la alcoba principal, oí que gritaba:

—¡Ni se te ocurra decirme lo que puedo o no puedo hacer! —Una tensa pausa, y su voz me llegó aún más cerca—: Eres un puto egocéntrico... También era mi amigo, ¿sabes? ¡No eres el único que está sufriendo!

De pronto, la puerta se abrió; sus grandes ojos azules, enrojecidos y coléricos, me atravesaron.

—Bienvenido a América —espetó.

Me quedé viendo cómo deshacía el pasillo, airado. Poco después, Sheryl White, la prometedor cantante de *soul* que finalmente solo tuvo un gran éxito, salió también de la alcoba a medio vestir.

Entré y cerré a mi paso. Allí, sobre una amplia cama, hallé a Andy. El ambiente enrarecido; una tarjeta de crédito, un billete enrollado y los restos de lo que habían sido varias rayas sobre el cristal de la mesa de noche.

Como si encontrase mi silencio lo suficientemente reprobatorio, murmuró:

—Esta ciudad siempre saca lo peor que hay en mí...

Me senté a su lado en el lecho; el perfume de mujer se le había adherido a la piel.

—¿Es esto lo que tú sientes? —me preguntó—. ¿El vacío de que te lo hayan arrebatado así, sin más?

Le vi presionarse las aletas de la nariz, como si le quemaran, y aspirar a intervalos irregulares con fuerza. Las pupilas dilatadas, los globos oculares inyectados en sangre. Y su voz, esa con la que había conquistado a miles de personas en todo el planeta, tan rota como su corazón:

—No pude ponerle flores en su tumba, y no puedo hacerlo ahora en el Dakota... Dondequiera que voy, todos me persiguen... —Revolviéndose entre

mis brazos, chilló, histérico—: ¡Solo quería despedirme de él, pero no me dejan! No me dejan...

Tras unos segundos de forcejeo, Andy se rindió. Permanecí así, estrechándole, mientras se convulsionaba en llanto.

—Yo las pondré por ti —susurré cuando dio visos de calmarse.

—¿Lo harás...?

—Te lo prometo.

Lo recosté y le cubrí. Destrozado como estaba, no tardó en quedarse dormido. Al regresar al salón vi que Todd estaba esnifando sobre una de las estanterías.

—Creo que la fiesta se ha acabado —le dije a Debbie secamente.

Y tras ello, me marché.

Mi nombre empezaba a ser conocido, pero mi rostro seguiría siendo anónimo. Al salir a la calle vi que una multitud, contenida por barreras y policías, se había agolpado en torno al portal, a la espera de ver a alguna de las estrellas que permanecían en el edificio. Aunque imperaba la noche, el calor era sofocante.

Empecé a andar por la Quinta Avenida hasta el cruce con la 71, luego hasta la 70, y así sucesivamente hasta Grand Army Plaza. Rodeé la linde sur del parque, y desde Columbus Circle, tras avistar Broadway, empecé a subir por Central Park West. Las estelas de los coches y taxis, las luces de los rascacielos, el ruido, el crisol de nacionalidades y etnias; el caos, el sinfín de posibilidades; la tragicomedia de lo imprevisible.

La música en todas partes.

Ese era el mundo al que siempre había querido pertenecer.

Allí, frente al edificio Dakota, otra multitud congregada. Sobre la montaña de flores que marcaba el punto donde todo había ocurrido, deposité una camelia.

Los meses pasaron, volaron los años y cambiaron las modas. Poco a poco, Demian Clerck fue cayendo en el olvido de las nuevas generaciones. Se esfumaron las fotografías, las velas en altares urbanos improvisados. Pero fiel a mi promesa, cada vez que vuelvo a Nueva York le dejo nuestra ofrenda.

Y ahora que Andy también se ha ido, seguiré haciéndolo hasta que me llegue el momento de reunirme con ellos.

*When that heroin is in my blood  
and that blood is in my head  
then thank God that I'm as good as dead,  
and thank your God that I'm not aware  
and thank God that I just don't care.*

*(Cuando esa heroína está en mi sangre  
y esa sangre en mi cabeza  
le doy las gracias a Dios por estar casi muerto,  
y le doy las gracias a tu Dios por no darme ni cuenta,  
y le doy las gracias a Dios porque ya no me importa.)*

*Heroin, The Velvet Underground*

## Track 16: *Something I Can Never Have*

Regresamos a Berlín una semana más tarde; Andy y Todd sin hablarse, yo con mi pasaporte renovado —y legal— gracias al tráfico de influencias.

Nos llevó apenas diez días terminar de pulir el disco de Todd. Si bien Andy coescribió buena parte del material y participó en la grabación, me dejó a mí el grueso del trabajo productivo. A finales de noviembre *Oblivion* salió al mercado, y aunque tuvo una acogida notoriamente mayor que la de su primer trabajo en solitario, Todd no parecía en absoluto feliz.

Con sus ingresos alquiló un piso minúsculo cerca de Hauptstrasse, a donde desplazó los útiles de pintura para convertirlo oficialmente en su taller. A medida que yo iba recibiendo propuestas externas de colaboración y empezaba a trabajar en Stille con otros músicos, le perdí de vista. Muy de vez en cuando me lo encontraba en el Abend, cuando Andy y yo quedábamos para poner en común el calendario.

Aunque con este último sí que mantuve un trato constante, no tardé en darme cuenta de que repetía un patrón al pasar de jornadas en las que apenas podía seguirle el ritmo a otras en que estaba desaparecido en combate.

Volvía a nevar en Berlín con la llegada del año nuevo. El invierno del 78 fue especialmente duro, y me resguardé de él ante la mesa de mezclas. Una de esas oscuras tardes, mientras me tomaba un descanso, descolgué el teléfono. Lo intenté varias veces, pero por más que este diera tonos, no obtenía respuesta.

Decidí acabar pronto la jornada. De camino a la salida, Vincent y yo nos saludamos con un gesto. Desde que mi carrera como *freelance* había empezado a despuntar, los ingresos que Stille recibía por el alquiler de las salas eran cuantiosos, y no obtenía por su parte queja alguna. También mis honorarios se incrementaron de una forma que hasta entonces no había concebido.

Recorrí las calles heladas y decidí probar suerte en el taller de Todd.

—¿Qué quieres? —me preguntó desde el marco de la puerta; las ropas manchadas de pintura, el cabello desaliñado.

—No logro contactar con Andy.

—Ya somos dos.

Al ver que yo no hacía ademán de marcharme, me invitó a pasar sin demasiado entusiasmo. Dentro olía a cerrado, a disolvente y nicotina.



Diseminados por el espacio, decenas de óleos, desde paisajes berlineses hasta autorretratos en estilos diversos, como si aún no hubiera terminado de perfilar el que mejor le definía.

En una mesita que él no se demoró en cubrir, un cenicero lleno de colillas, un mechero y una cuchara de metal. Nunca un objeto tan simple me pareció tan descorazonador.

—Todd...

—Andy no sale de su habitación —me cortó—. Anoche, cuando llegué al piso, ya estaba encerrado, y esta mañana cuando me fui, lo mismo. Me apuesto lo que quieras a que seguirá igual cuando regrese.

—No iba a hablarte de él, sino de ti...

—Ya has cumplido tu parte del trato —dijo mientras se daba la vuelta para tomar la paleta. Aplicando una pincelada de blanco a uno de los lienzos, añadió—: Los dos discos que me obligaban a sacar ya están lanzados. Puedes olvidarte de mí.

Oí que daba un suspiro; no de resignación, sino más bien de pesar.

—No sé para qué sigo en Berlín... —murmuró—. A veces tengo la sensación de no ser más que una carga.

—¿Y por qué no tratas de...?

—No se puede salvar a quien no quiere ser salvado —volvió a cortarme—. En serio, olvídate de mí.

—Al menos no tires la toalla con Andy.

—¿Quieres las llaves del piso? —espetó—. Ahí las tienes.

—Ven conmigo.

Todd volvió a suspirar, esta vez con hartazgo, y cedió. Hicimos juntos el camino bajo una aguanieve que logró que, desde fuera, el Abend pareciera incluso más acogedor, pero accedimos directamente al portal del edificio. Nos topamos con la vivienda sumida en un silencio absoluto.

—¿Ves? —me dijo con amarga ironía—. Es como vivir con un fantasma. Solo que si de verdad lo fuera, seguro que al menos se me aparecería.

Yo toqué con los nudillos a la puerta de la habitación, pero no obtuve respuesta. Aquello hizo que Todd terminara de frustrarse:

—Haz lo que te dé la gana, estás en tu casa —farfulló con disgusto.

Vi que se dirigía a su dormitorio, en donde empezó a revolver entre el desorden. Tomé asiento en el sofá, sin saber qué hacer; le escuché soltar algún que otro improperio y tirar objetos al suelo, como si estuviese buscando algo con afán, aunque sin éxito.

Cuando el escándalo era más que notable, me acerqué.

—¿Estás bien? —le pregunté, extrañado.

Él me miró, presa de un terror absoluto.

—¡Andy! —gritó mientras corría hacia la puerta de este y empezaba a aporrearla—. ¡Andy!

Al ver que intentaba echarla abajo, mis sentidos se pusieron en alerta. Lo ayudé, y entre los dos, a base de descargar todo nuestro peso contra la madera, conseguimos forzarla. Caímos al parqué, y desde ahí contemplamos una escena que se quedó grabada en mis retinas.

Los labios, del mismo tono que las paredes. Su cuerpo inconsciente yaciendo sobre el lecho. Otra cuchara de metal y su encendedor a pies de la cama. El torniquete; una jeringuilla aún pendiendo del brazo.

Me quedé clavado en el sitio, incapaz de reaccionar. Y mientras yo permanecía ahí, sin procesarlo, Todd logró traerlo de vuelta. Oí cómo me llamaba a lo lejos, en un eco que iba perdiéndose.

—¡Klaus! —gritaba, desesperado—. ¡Trae mantas!

Regresé en mí y me incorporé atropelladamente. Recopilé cuantas colchas y edredones encontré, y con ellos lo envolvimos, intentando que se restableciera la temperatura corporal. Junto a la aguja que hasta hacía unos instantes había estado invadiendo una de sus venas, encontré otra, así como un frasco vacío.

—Despierta... —rogaba Todd mientras le daba palmadas en las mejillas—. Despierta, maldita sea...

Le busqué la yugular. El pulso era lento, pero existente. Tras una agonía que duró varios minutos, Andy entreabrió los ojos.

Al constatar que había revertido los efectos de la sobredosis, Todd salió de la alcoba. Cuando fui tras él una vez hube recostado a Andy, vi que estaba recopilando a toda prisa sus pertenencias.

—¿Qué haces? —le increpé.

—Se ha metido mi mierda, joder...

Traté de sujetarle por los hombros, pero se soltó bruscamente.

—Soy un peligro para él, ¿es que no lo ves? —gritó, fuera de sí—. Me largo.

Y aunque intenté hacerle entrar en razón, se fue para no volver.

*You're such a wonderful person,  
but you got problems...  
I'll never touch you.*

*(Eres una persona maravillosa,  
pero tienes problemas...  
Será mejor que no te toque.)*

*Breaking Glass, David Bowie*

## Track 17: *German Days*

En términos generales, los críticos coinciden al afirmar que Andy alcanzó la cima de su carrera como compositor e intérprete en su *trilogía berlinesa*. No puedo decir que esté en desacuerdo con ellos, pero el precio que pagó a cambio de semejante estallido de creatividad fue tan alto, que me resulta imposible recordar lo que hubo detrás sin que me invada la amargura. Si el 78 no hubiese sido un *annus horribilis* para él, si yo mismo no me hubiera visto sobrepasado y contra las cuerdas, quién sabe si se habría aferrado a la música como lo hizo para mantenerse a flote...

Tardó cerca de ocho meses en retomar su vida donde esta se detuvo cuando acabó la de Demian, y de todas esas semanas, durante las que siguieron a la abrupta marcha de Todd no me atreví a dejarle ni un minuto a solas. Lograr que ingiriera algo era toda una proeza; convencerlo de que se levantase de la cama, prácticamente un imposible.

Aquel no fue el primer episodio depresivo que le vi atravesar, pero sí de los más críticos. Una enfermedad que le acompañaría el resto de sus días, y a la que trató de hacerle frente hasta que se plantó, harto de huir de ella. Un monstruo que te va minando tras darte alcance, y que te persigue como una sombra dondequiera que vayas, hagas lo que hagas, amenazando con volver a arrinconarte tan pronto bajas la guardia.

Tanto se pasó durmiendo que no di crédito cuando, una mañana, abrió por sí mismo el ventanal de su habitación para que le diera el aire. Poco después empezó a pasar alguna que otra hora conmigo en el salón; a poner discos; a releer novelas. El día en que le escuché afinar su guitarra, me dije que el momento de regresar a la «normalidad» estaba cerca.

Debbie y Johnny acudían con relativa frecuencia a Berlín para visitarle, y en el caso del segundo, ponerlo al día sobre finanzas y plazos de entrega. Gracias a Debbie supimos que Todd se encontraba en Los Ángeles, y que estaba planeando regresar al circuito con una gira que nunca llegó a producirse. A mí la noticia me causó indiferencia, pero Andy agradeció que lo mantuviera al tanto de los rumores.

Y mientras yo rearmaba mi agenda, pues no podía permitirme más retrasos, Berlín le dio la nueva bienvenida con la misma discreción con la que le acogió a su llegada. Aunque no volvió a dejarse ver por los cines donde proyectaban viejos clásicos, por las salas de conciertos y los cabarets, retomó

el hábito de salir a caminar sin rumbo por el vecindario. La gente seguía pasando a su lado sin detenerse a pedir un autógrafo, pero al contrario que en ocasiones anteriores, ahora en sus rostros se dibujaba una sonrisa cada vez que lo reconocían.

Asimismo, regresó al Abend. Y si bien de cara a los demás seguía siendo *el inglés que ocupaba la mesa del fondo*, algo en él había cambiado; como si una parte de la luz que antaño irradiaba hubiese desaparecido.

Escribía y escribía, se presentaba en el estudio cuando yo estaba sepultado de trabajo, o me despertaba en plena madrugada —ya estuviera durmiendo a su lado, o a solas en mi propio apartamento— para mostrarme material nuevo. Lejos de recriminarle por perder la noción del tiempo cuando estaba componiendo, no tardamos en apoderarnos de la sala sinfónica, en donde nos llevó diez semanas grabar todas las canciones que conformarían los dos álbumes. Su cabeza era un hervidero de ideas, y las llevaba a ejecución encadenando sesiones maratonianas; incluso a veces, cuando yo anunciaba que iba a marcharme a casa unas horas porque no podía más, él se quedaba en Stille y terminaba de grabar por su cuenta la pista de turno.

Por ese ritmo inhumano y lo deteriorado de su aspecto, pero sobre todo por la facilidad con la que podía pasar de la euforia al aplomo absoluto, no me costó sacar la conclusión de que estaba recurriendo a la cocaína para llevarse al límite. Al principio desaparecía un par de veces a lo largo de la jornada, pero cuando llegó un momento en que se tomaba pausas continuas, provocando las quejas de los músicos de estudio a los que había contratado, no pude seguir callando.

—Necesito salir al aire libre —le dije desde la mesa de sonido—. ¿Me acompañas?

Él asintió y dejó los voluminosos auriculares sobre el micrófono ante el que había estado cantando. Juntos ascendimos a la planta superior del edificio, coronado por una terraza de grandes dimensiones donde las vistas al Muro y lo que había más allá resultaban sobrecogedoras.

Acepté tabaco y fuego, y mientras él se encendía el suyo, fui directo:

—Andy, no puedes seguir así.

—¿Así, cómo? —replicó apoyado en la balaustrada y con la vista fija en lo que había ante nosotros.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero.

Él guardó silencio. Tras dar una calada también con los ojos puestos en la RDA, abordé el asunto sin rodeos:

—¿Cuánto estás consumiendo?

—Siete gramos... —murmuró.

—¿A la semana?

—Al día...

—¿Al día? —me escandalicé.

Él fumaba en aparente tranquilidad, dándome el perfil. Los pómulos resaltando notoriamente en el conjunto de su rostro; las profundas ojeras, visibles pese al maquillaje que llevaba puesto para disimularlas.

—Tranquilo, lo dejaré pronto... En cuanto hayamos terminado de grabar, me marcharé de Berlín.

—¿Y entonces, qué? ¿Volverás a mudarte a otra ciudad porque la anterior *saca lo peor que hay en ti*? —Conseguí que me mirase, y con la esperanza de romper la muralla tras la que se estaba atrincherando, le dije una verdad de la que él, en el fondo, era consciente, pero que no quería aceptar—: ¿No será que el que tiene un problema eres tú, y no el lugar en el que te encuentras?

Mis palabras le golpearon donde más le dolía, y mientras se tambaleaba por el impacto en el *ring* en el que nos estábamos confrontando, lo rematé:

—¿Por qué tienes ahora tanto empeño en irte?

Sus ojos volvieron a anclarse en el horizonte.

—Porque esta ciudad significa tanto para mí que no quiero romper la magia alargándola más de lo necesario... —contestó.

Suspiré y aplasté la colilla contra el suelo de baldosas.

—Si vas a seguir colocándote, no lo hagas a escondidas —expuse, serio y firme—. Prefiero estar presente a preguntarme cada vez que te pierdo de vista si te habrás provocado otra sobredosis.

Él negó con lentos cabeceos, como si le costase asimilar mi determinación, pero en vez de saltar a la defensiva o rebatirme los argumentos, apuró el tabaco y se sacó del bolsillo del abrigo una bolsa transparente. Tras formar un pequeño montículo de *nieve* sobre el anverso de la mano, lo esnifó.

—¿Podemos volver al trabajo? —espetó mientras guardaba el resto.

Como toda respuesta, empecé a andar a grandes zancadas hacia la puerta que conducía al interior del edificio. Una vez estuvimos de regreso en la sinfónica, retomamos la grabación donde la habíamos dejado. Él cantó y cantó. Hicimos varias tomas cuando fue necesario, registrando diversos tonos y coros; cada cierto tiempo se metía un poco más, provocando que su organismo se activase, espantando a la sombra del cansancio. Pero ni toda la química del mundo podía enmascarar semejante nivel de agotamiento.

Aquella madrugada le acompañé hasta su piso, y cuando ya en el portal me invitó a subir, lo interpreté como una propuesta nada sutil de paliar el resentimiento a base de sexo. Me encontraba metido en su cama, convencido de que aquellas eran las intenciones al ver que empezaba a desvestirse, cuando fui consciente de la realidad.

—¿No querías que lo hiciese delante de ti? —inquirió mientras tomaba una caja de madera de un estante próximo—. Pues será mejor que a partir de ahora te quedes aquí cada noche..., porque sin esto no consigo dormir.

Me quedé ahí, en el lecho, horrorizado por las marcas que surcaban su cuerpo mientras él extraía el instrumental; mientras la sustancia iba cambiando de color hasta adoptar un tono parduzco en el seno de la cuchara; mientras se ajustaba la goma y sujetaba con mano temblorosa la jeringa.

Lágrimas de impotencia resbalaron por sus afiladas mejillas al no encontrar venas que estuvieran en condiciones, y tuve que ser yo quien le administrase la heroína tras hallar una en la pierna que menos había usado.

—Cuando acabemos los discos... —murmuró, recostado sobre los almohadones—, ¿vendrás conmigo a Londres? Es un buen lugar para volver a empezar...

Me tumbé a su lado; mi rostro próximo al suyo.

—Iré, pero solo si haces una parada intermedia.

—¿Intermedia...? —musitó, volando cada vez más lejos.

—Sí... En donde puedan darte ayuda profesional.

Andy ahogó una ligera risa al comprender a lo que me estaba refiriendo.

—Quieres ingresarme en una clínica... —volvió a musitar.

—No quiero ingresarte —puntalicé—, sino que lo hagas de forma voluntaria y siendo consciente de que lo necesitas.

Él, tras hacerse un ovillo, dijo con un hilo de voz:

—Me dejarás atrás... Voy a perderte a ti también...

—Te esperaré —susurré—. Todo el tiempo que haga falta. —Tras guardar silencio unos segundos, lo llamé, esperando que aún pudiera escucharme—: Andy..., necesito saber qué es lo que usó Todd para estabilizarte...

No sé si captó que lo que le estaba insinuando, era que me urgía conocer el dato en caso de tener que enfrentarme a otro escenario a vida o muerte, pero de sus labios brotaron, espesas, unas últimas palabras:

—Naloxona... Lo aprendió en Harlem...

Para cuando hube comprobado que dentro de la cajita había un frasco de dicho medicamento, él ya estaba sumido en un sueño narcótico y profundo,

cuyos efectos tendría que contrarrestar con cocaína a la mañana siguiente en un círculo vicioso al que era incapaz de poner freno. Y me dejé vencer por una duermevela intranquila, algo que volvería a repetirse hasta que pusimos término a nuestras respectivas vivencias berlinesas.

\*

Andy y yo recalamos en tierras británicas a finales de ese año, coincidiendo con el lanzamiento internacional del segundo disco. Johnny me consiguió un apartamento en el barrio de St John's Wood, muy cerca de los célebres estudios donde iba a mezclar el cierre de la trilogía, pero antes de instalarme, acompañé a Andy a la clínica de desintoxicación en la que ingresó, situada en una tranquila zona rural al noroeste de Londres.

Allí, mientras cumplimentaba formularios, le hicieron saber que durante la primera fase del tratamiento no tendría permitidas las visitas. Aunque ambos dimos por hecho que pasarían meses hasta que volviéramos a vernos, nos despedimos con una sonrisa. Yo diciéndole sin palabras que sabía que iba a ganar aquel pulso; él dejando su preciada obra en mis manos.

Y ese instante, esa demostración de fe ciega el uno en el otro, fue lo que terminó de forjar nuestra amistad.



*The pure always act from love.  
The damned always act from love.  
The truth is an act of love.*

*(Los puros siempre actúan desde el amor.  
Los condenados siempre actúan desde el amor.  
La verdad es un acto de amor.)*

*The Pure and the Damned, Oneohtrix Point Never & Iggy Pop*

## Track 18: *Sons of the Silent Age*

A veces nos protegemos negándonos a la evidencia, y son los demás los que detectan a lo lejos el incendio, pese a que somos nosotros mismos los que nos estamos quemando.

Me di cuenta de que estaba cegado por el humo cuando, tras terminar de hablar con Ian, obtuve la misma reacción por parte de los artistas con los que me puse en contacto: no solo todos y cada uno de ellos se mostraron más que dispuestos a participar en el homenaje, sino que me transmitieron palabras de aliento, como si en aquel velatorio de proporciones descomunales en que se había convertido el mundo de la música, yo fuera la persona que más merecía recibir condolencias.

Tanto me refugié en ser práctico, en actuar conforme lo demandaba la situación, que en verdad no me había detenido a aceptar y asimilar el dolor. Y no fue hasta que otros compañeros dieron por hecho que yo estaría terriblemente afectado por la pérdida, que fui consciente de que así era.

Nadie mejor que otro músico sabe cuán estrechos pueden llegar a ser los lazos con su productor; y que nosotros, los que estamos al otro lado, no solo nos limitamos a efectuar registros y alterar decibelios: se ha de conocer al artista de una manera profunda y metódica, pues es la única vía por la que se puede llegar a comprender lo que este quiere expresar.

Por eso el trabajo entre Andy y yo era tan fluido: porque nos entendíamos; porque con solo escuchar los esbozos de sus nuevas canciones, captaba cuál era el trasfondo; porque a veces, dejándome guiar por el instinto, le presentaba un resultado diferente al que él esperaba, y tragándose el orgullo me decía que era como si me hubiese metido en su cabeza.

Una opresión en el pecho me hizo salir a la calle. Al asomarme a las cristaleras del Abend no di crédito: estaba lleno, a reventar.

Accedí al interior. Nunca había visto en sus dependencias tal concentración humana, pero lo que llamó poderosamente mi atención fue que todos estaban mirando a un mismo punto en lo alto.

Los imité, y supe qué era lo que los absorbía: el televisor, anclado a una pared. La ZDF estaba emitiendo el concierto que Andy, en el momento cumbre de su carrera tras haber cosechado un éxito masivo durante los ochenta, ofreció en Berlín justo cuando se cumplía una década del primero que dio en la ciudad. Miles y miles de personas volvieron a agolparse frente al edificio

del Reichstag un veinte de agosto, solo que de 1987, para disfrutar de un espectáculo que contó no solo con mayor repertorio y elementos escenográficos, sino también con un mayor sistema de megafonía, del que prácticamente la mitad estuvo orientado hacia la RDA.

Esa noche de hace ya siete años también vi el espectáculo a través de la televisión, pues fue retransmitido en directo para buena parte de Europa. Louis, mi novio de aquel entonces, no comprendía el motivo por el que yo no había querido estar presente. El argumento que esgrimí es el mismo que me ha mantenido alejado de Berlín hasta ahora: que tenía demasiadas cuentas pendientes; demasiadas malas experiencias asociadas a ella.

Otto subió el volumen con el mando a distancia cuando Andy presentó el tema que, como hiciera antaño, cantó en alemán sin más acompañamiento que su guitarra acústica. El escenario a oscuras, un único foco iluminándole.

Mientras su voz resonaba en el Abend, observé los rostros de los que allí estaban reunidos. A muchos los conocía de mis días de juventud, a otros tantos, no, pero vi en todos ellos la misma emoción contenida.

En la pantalla, Andy se llevó un dedo a los labios para pedirle al público que dejase de cantar el estribillo, y cuando la marea de gente enmudeció, pudo escucharse cómo miles de personas coreaban desde el otro lado del Muro.

Aquella fue una noche histórica, la primera en la que los ciudadanos del sector soviético desafiaron a la autoridad congregándose de forma pacífica con motivo del concierto. Acudieron no solo para escuchar al que les había dado voz a través de la música, sino también para enviar un mensaje al mundo: no estaban dispuestos a seguir tolerando aquel aislamiento.

Las lágrimas de Andy en un primer plano fueron las primeras en asomar. A mi alrededor la gente empezó a secarse las suyas y a unirse al cántico. A entonar lo que ya era un himno que representaba la división y posterior reunificación; a las familias, amistades y amores rotos; a las historias imposibles y las que tuvieron una segunda oportunidad. A todos los que estábamos ahí, provenientes de uno y otro lado.

Si todos ellos ya se habían reconciliado con Berlín, ¿por qué yo aún no encontraba las fuerzas para hacerlo? Si habían derribado el Muro con sus propias manos y reconstruido su identidad desde cero, ¿por qué me sentía tan perdido? ¿Por qué si todas esas personas le mostraban abiertamente a Andy su agradecimiento, yo era incapaz de llorarle?

«Porque no estarás en paz hasta que averigües por ti mismo si aún queda alguien que recuerde quién eres», me dije al fin.

Sabiendo que no podía seguir retrasándolo por más, salí del Abend; ya me había alejado unos metros cuando escuché que me reclamaban:

—¿A dónde vas?

Me giré; Todd y Debbie acababan de regresar del paseo que yo mismo les mandé a dar; faltos de información, no comprendían el porqué de la maniobra. Les sostuve la mirada en silencio. Ellos tampoco merecían seguir viviendo en la ignorancia.

—A enfrentarme a mi pasado... —contesté—. Justo lo que Andy quería que hiciese.

Debbie cayó presa del desconcierto, pero a los grandes ojos de Todd asomó un brillo inquieto; la chispa de la comprensión; las piezas del rompecabezas encajando.

—En Berlín Este, ¿verdad? —me preguntó.

Esbocé una ligera sonrisa a modo de asentimiento. Él me devolvió el gesto; las arrugas que prematuramente se habían apoderado de su rostro acentuándose, dotándolo de un carisma especial. Y entrelazando su brazo al mío, como si intuyese que necesitaba un punto de apoyo para no echarme atrás, afirmó:

—Vamos contigo.

Debbie hizo lo mismo por el otro flanco. Sintiéndome arropado por ambos, reanudé el camino. Y aunque desde que la pisé por última vez habían pasado treinta años, con sus respectivos y drásticos cambios sociales, políticos y urbanísticos, mis pasos nos llevaron hasta Alexanderplatz.

*Just a perfect day,  
you made me forget myself.  
I though I was someone else, someone good.  
It's such a perfect day, I'm glad I spent it with you.  
Such a perfect day, you just keep me hanging on...*

*(Un día perfecto,  
lograste que me olvidase de mí mismo.  
Pensé que era alguien distinto, alguien bueno.  
Fue un día perfecto, me alegra haberlo pasado contigo.  
Un día perfecto, me haces seguir adelante...)*

*Perfect day, Lou Reed*

## Track 19: *Bizarre Love Triangle*

Puede que no haya tenido demasiada suerte en esto del amor (suerte, pericia, paciencia, o una suma de las tres, como queráis llamarlo), pero he experimentado lo que es un flechazo. Y es que nada más instalarme en ella, me enamoré de Londres como no lo he hecho de ninguna otra ciudad. De la extraña mezcla de vanguardia y tradición que invade cada uno de sus rincones; de sus costumbres y normativas, muchas contrarias a las imperantes en el resto del planeta; de su clima imprevisible; de la intensidad con la que en ella se viven las artes, en especial las escénicas; de sus tribus urbanas, de su vida nocturna. Y a medida que iba conociéndola, comprendí que solo un lugar así podía haber gestado a un símbolo de la contracultura como era Andy Lightning.

Tras pasar muchas horas ante las mesas de mezclas, terminé el *master* —y con ello la *trilogía berlinesa*— a comienzos de marzo del 79, y el primer domingo del mes de junio tomé un tren en King's Cross. Mi destino se encontraba en medio de la verde campiña inglesa. Un edificio de estilo victoriano que, tras haber pertenecido a la aristocracia en otros tiempos, suponía un remanso de paz para los que estaban en disposición de costearse una nueva oportunidad.

Con una tarjeta identificativa al cuello, y no sin que registrasen el contenido de la bolsa que había traído desde Londres, me dejé conducir hasta una de las salas del recinto. Allí, sentado en un amplio sofá bajo los ventanales por los que entraba la claridad primaveral, le vi: llevaba puestas ropas sencillas de lino; la guitarra en el regazo, la mano izquierda en el traste mientras con la derecha tomaba notas en un cuaderno. El cabello, de un rubio cenizo semejante al mío, notoriamente más largo. Y sus ojos, llenos de vida al reconocirme.

—Pero mírate —exclamó, risueño, mientras me abrazaba con fuerza—, si pareces todo un *sir*...

—Digamos que me he adaptado al medio. —Tras tomar asiento a su lado, afirmé, rotundo—: Pareces otra persona...

Andy sonrió despacio, con calma, y yo me tomé tiempo para observarle: había ganado peso, el necesario para que se diluyese su delgadez enfermiza; el rostro, antaño demacrado y macilento, lucía ahora lozano, rejuveneciéndole; tanto que por un segundo me cuestioné si realmente teníamos la misma edad.

—Siento que no te hayan dejado venir hasta ahora —se disculpó; el acento

británico bien marcado tras la *vuelta al hogar*—. Por mucho que les insistí en que precisamente tú no tendrías intenciones de pasarme *mercancía*, no hubo manera...

—Tranquilo, lo comprendo. ¿Ya sabes cuándo podrás salir?

—No. Eso es algo que tiene que decidir mi terapeuta.

Asentí de un cabeceo, y al constatar que él miraba de reojo lo que le había traído, no me demoré en hacer la entrega:

—Me lo dio Johnny anoche... Pronto empezarán a distribuirlo por las emisoras de radio y en las tiendas.

Andy se quedó sosteniendo el que era, nada más y nada menos, que su décimo álbum de estudio. Al ver que la portada había quedado exactamente como me pidió, pues me había dejado a cargo de supervisar al responsable de arte, se emocionó.

—¿La incluiste?

—Como pista oculta al final de la cara B —asentí yo, en referencia a la versión en alemán que registramos en *Stille*—. Te he traído también un par de discos interesantes que compré en Camden... Quizás te gusten más —bromeé.

El comentario le arrancó otra sonrisa, y me dio pie a entregarle los demás presentes.

—Esto va de parte de Otto y Dieter. Espero que puedas tomarlo...

—Es el único vicio que tengo permitido, sí —replicó, abriendo el bote hermético para deleitarse con el aroma del café que servían en el *Abend*—. Cómo lo echaba de menos... Dales las gracias de mi parte.

—Dadas serán... Y esto es de Debbie. Dice que vendrá a verte tan pronto tenga un hueco.

Andy leyó la dedicatoria que ella le había escrito en el libro que acababa de entregarle, y sin perder la sonrisa volvió a coger el vinilo.

—Me muero de ganas por escuchar cómo ha quedado.

—¿Tienes tocadiscos?

—Sí, en mi habitación, pero solo podemos recibir visitas en las salas comunes.

Me di cuenta de que un trabajador del centro nos estaba vigilando a una distancia lo que se decía respetuosa. Resignándome, pues no íbamos a contar con mayor grado de intimidad, reconduje la conversación:

—Tendrás que aguantarte, porque no tengo prisa por marcharme y sí mucho que contar.

—Me parece bien. A todas estas, aún no me has dado tu opinión sobre la

foto...

Me quedé mirando la portada, y al igual que la primera vez que estuve ante esa imagen, tomada por el fotógrafo habitual de Andy poco antes de que nos marchásemos de Berlín, no encontré palabras para expresar lo que me hacía sentir.

—Sigo sin creermelo que lo hayas hecho... —reconocí.

—¿Acerté?

Yo asentí, y mi índice derecho se deslizó por la fotografía hasta señalar un punto. A ojos de la inmensa mayoría del público, en esa imagen en blanco y negro Andy posaba ante un bloque de edificios anodino, idéntico a otros tantos de los que abundaban en los núcleos urbanos tras el telón de acero. Pero no era un bloque de edificios cualquiera, en una ciudad de la órbita soviética cualquiera...

Era un bloque de edificios concreto, de un barrio obrero concreto en Berlín Este, con la torre de telecomunicaciones al fondo. Y el lugar exacto que yo seguía señalando, un balcón situado en la tercera planta.

Al margen de lo que sentimentalmente suponía para mí, di por hecho que el disco iba a levantar alguna que otra ampolla: si la primera entrega de la trilogía hablaba del desarraigo y la segunda de las separaciones fortuitas e involuntarias, la última abogaba por la supresión de las fronteras, por la esperanza de que los que se habían visto obligados a dejarlo todo atrás pudiesen regresar algún día al lugar de origen.

—Johnny me ha insinuado por teléfono que aunque las ventas vayan bien, la industria está cambiando... No puedo permitirme seguir sin rodar videoclips ni salir de gira.

—Céntrate en recuperarte. Es demasiado pronto para pensar en eso —observé yo.

—Sí, lo es, pero no para empezar a preparar el siguiente proyecto... —Con esa facilidad que tenía para pasar página en cuanto daba por concluido un disco, Andy me tendió el cuaderno en el que le había visto escribir.

Empecé a hojearlo; calculé que habría unas veinticinco, quizás treinta canciones nuevas.

—¿No se supone que tendrías que estar descansando? —ironicé; a esas alturas ya sabía de sobra que él necesitaba crear para no asfixiarse, máxime durante ese tiempo de reclusión.

—Son esbozos, ideas... —me dijo, señalando una página en concreto.

En ella pude ver escritas de su puño y letra las estrofas, los principales



acordes y anotaciones en los márgenes. Leí buena parte de los versos, recreé la melodía a partir de las notas de aquella tosca partitura, y por una vez, fui yo el que pidió ser el primero en escucharla. Andy no se hizo de rogar, y solo con las seis cuerdas de su vieja guitarra y su voz me mostró otro pedazo de su alma.

Las horas transcurrieron veloces entre el café del Abend y el intercambio de impresiones, hasta el punto de que perfilamos cómo sería el sonido que tendría ese nuevo disco aún teórico. También me habló de cómo era el día a día en el centro, la convivencia con otros adictos en proceso de rehabilitación, las sesiones individuales y grupales. Asimismo, tocó el tema de la medicación que le estaban administrando, y cómo los antidepresivos y somníferos formaban parte de los cócteles que debía tomar bajo supervisión estricta.

Correspondí hablándole de mis experiencias en Londres, de la cantidad de conciertos a los que había asistido, o que, tomándole de ejemplo, había dejado de fumar. Asimismo, le comenté que en breve iba a empezar a trabajar en un nuevo encargo.

—Sabía que Jim te llamaría antes o después —celebró.

—En verdad, es una excusa para hacer tiempo hasta que estés listo para volver al estudio. Hablando de Jim..., gracias a él me he enterado de algo. Creo que deberías saberlo.

Andy frunció ligeramente el ceño.

—¿De qué se trata?

—Es Todd. Parece que le han visto últimamente por Manhattan...

—De nuevo viviendo en la calle, ¿verdad? —murmuró.

Lamenté que hubiese sacado tan pronto esa conclusión, pero no me quedó otro remedio que asentir. Si era cierto que Todd había tocado fondo otra vez, también lo era el que todos los que formaron parte de su círculo de amistades lo daban por perdido, una causa a la que no valía la pena dedicar más esfuerzos.

Todos, o casi todos...

—Debbie ha intentado localizarle, pero...

—¿Sabes qué? —me interrumpió Andy—. He estado dándole vueltas a esa canción que escribimos juntos... El *single* de su primer disco.

—*It was me* —citó yo su título; un tema que había pasado prácticamente desapercibido.

—No es por desmerecer tu trabajo, pero nunca me gustó cómo quedó. Debería grabar mi propia versión. —Soberbio, Andy añadió—: Al fin y al

cabo, tengo derecho a hacerlo.

Lo dejé pasar sin opinar al respecto, diciéndome que por mucho que quisiera disfrazarlo de vanidad u orgullo herido de autor, la naturaleza de sus verdaderas intenciones debía de ser distinta.

Cuando llevábamos varios segundos inmersos cada uno en sus pensamientos, Andy retomó el diálogo con gesto alicaído:

—Entonces, ¿te marchas a Nueva York?

—Sí. Estaré fuera unas seis o siete semanas.

Él se me quedó mirando, y cuando sus labios iban a entreabrirse, me anticipé a las palabras que sabía iba a pronunciar:

—Dejaré otra camelia.

Esbozó una tenue sonrisa.

—Puedes quedarte en el apartamento de la Quinta Avenida si quieres... Voy a venderlo, sería una pena que no lo aprovechara nadie antes de que cambie de dueño.

—¿Sigues con la idea de establecerte definitivamente en Londres? —quise saber.

Andy asintió.

—Le pediré a Johnny que me busque algo céntrico... Cuento contigo para que me des tu opinión.

—Yo que tú no me fiaría demasiado de mi criterio...

—Ambos sabemos que ya lo hago. —Tras dejar sobre una bandeja la taza vacía que tenía entre las manos, Andy me miró a los ojos y añadió—: Quiero que sepas que significa mucho para mí que estés hoy aquí... Me das fuerzas para seguir luchando.

Podría haberle dicho que era lo mínimo que podía hacer, pero en lugar de decantarme por esas u otras palabras, le besé. Me correspondió, como si aun unidos añorásemos el uno la cercanía del otro, al ser conscientes de que pronto, con el término del horario de visitas, tendríamos que volver a separarnos.

Le dieron el alta en octubre, a condición de asistir a terapia de forma regular y seguir tomando la medicación que su psiquiatra considerase conveniente. Y aunque la labor de los especialistas fue encomiable, no tardó en someterse a la mejor de las curas...

Esa que solo la música podía otorgarle.

\*

Si para Andy los 70 fueron años de experimentación y reinvención

constantes, de excesos y vivir al límite el paradigma de ser una *estrella del rock*, los 80 le catapultaron al estatus de ídolo de multitudes. Lejos de renunciar a su estilo, supo adaptarse a las nuevas corrientes y reinterpretarlas, apropiándose de las radiofórmulas y empleando su magnetismo para reinar en las pantallas tras la explosión del fenómeno MTV.

El regreso a los escenarios no hizo sino aumentar su popularidad, y se embarcó en un nuevo tour mundial con Debbie de telonera. A comienzos del 82 su foto estaba en todas partes, las entradas para sus conciertos se vendían en cuestión de horas, y varios de sus temas coronaban las principales listas de éxitos. Y entre todos ellos, destacaba el que solo los fans más acérrimos, en especial los veteranos, reconocieron como no inédito.

Quiso la ironía que cuando me subí a uno de los taxis amarillos que abarrotaban Manhattan, precisamente esa canción estuviera sonando por la emisora que el conductor tenía sintonizada.

—¿Seguro que quiere ir ahí, amigo? —me preguntó al oír la dirección que le di.

Asentí. Andy se encontraba en Nueva York para actuar durante dos noches seguidas en el Madison, y aunque inicialmente yo tenía planeado asistir a ambos recitales, no pude negarme a lo que me pidió.

Me bajé en Lexington Avenue con la 125, y tras tenderle al conductor un billete de los grandes con tal de que me esperase, fui adentrándome por las calles de Harlem hasta dar con un edificio de aspecto ruinoso. Notaba miradas de recelo y desconfianza a mi paso, y fueron varios los camellos que se me acercaron, dando por hecho que un blanco con mi aspecto solamente se internaría en su territorio para *hacer la compra*.

Ascendí por la escalera de incendios; las ventanas habían sido forzadas, y se encontraban precariamente cubiertas por tablones. Una vez dentro, constaté que en aquella enorme planta no había más que paredes manchadas de hollín y grafitis, así como varios colchones que, esparcidos por el suelo, usaban los que acudían allí a colocarse, o los que, como en el caso de aquel al que estaba buscando, preferían pasar la noche bajo ese techo en lugar de al raso.

Lo hallé en un rincón. Consumido, vistiendo ropas viejas que le venían holgadas; la mirada febril de odio cuando me distinguió.

—Serás traidor... ¿Es que tú también vas a restregármelo por la cara? —espetó—. Bastante me habéis humillado ya entre los dos.

Mantuve la compostura, apenas reconociendo a aquel hombre en condiciones deplorables que tenía delante; sin querer saber a qué se estaría

dedicando para costearse los picos.

—Por todos lados suena la puta canción. ¿Te ha enviado él? ¿Qué es lo que quiere, que me quede claro que es mejor que yo? ¿Que no valgo para nada? ¿Es eso lo que pretendéis?

—Todd... —intenté calmarle, guardando las distancias.

—¿Cómo has dado conmigo?

—Andy me dijo que fue aquí donde te encontró aquella vez, así que supuso que no tendrías otro sitio al que ir. Y sí, me ha enviado él.

Todd se cubrió el rostro con las manos. Verlo así me destrozaba, pero el resquemor que aún albergaba hacia él por el abandono era más fuerte que la compasión.

—¿Quieres saber por qué se empeñó en hacer su propia versión e incluirla en el disco, en lugar de grabar alguna de las tantas canciones que ha escrito por su cuenta desde que te largaste? —Me saqué un sobre del interior de la americana que llevaba puesta y se lo lancé—. Por esto.

Él, desconfiado, extrajo el documento que contenía. Al comprobar que se trataba de un cheque, pero sobre todo al ver la cifra en él escrita, se quedó sin habla.

—Dos millones de dólares... Esa es la parte que te corresponde de los *royalties* que se han generado hasta ahora. Y seguirás recibiendo más cheques hasta que te mueras. —Dispuesto a volver por donde había venido, rematé—: De ti depende gastarlos en tirar definitivamente tu vida por la borda, o intentar recuperarla y hacer algo de provecho con ella.

Cuando ya me había alejado, me llamó con la voz rota. Un náufrago que veía, aterrado y sin fuerzas, cómo el navío que suponía su única posibilidad de sobrevivir iba desapareciendo ante sus narices:

—Klaus...

Cerré los ojos. Un nudo estrangulándome la garganta.

Aunque ya había cumplido mi misión, no podía dejarle así.

—Necesito que alguien me tutele para ingresar en Saint Michael... —murmuró, citando el centro de desintoxicación del que se había marchado por su propio pie en tres ocasiones—. Alguien que responda por mí, que no me autorice a marcharme antes de tiempo y que...

No le dejé continuar. Me agaché a su lado y, tras guardarme de nuevo el cheque, le pasé un brazo sobre mis hombros para ayudarle a levantarse.

—Vamos.

—¿A dónde...?

—Yo firmaré. Y más te vale que te comportes, porque tendré permiso legal para patearte el culo como no lo hagas.

Al oír aquello, Todd empezó a sollozar. De camino a la ventana por la que se accedía a la escalerilla de incendios, nos cruzamos con otros toxicómanos; tan metidos en su mundo que ni caso nos prestaron.

—¿De dónde has sacado esas hombreras? —observó, ya más tranquilo y a pie de calle—. Menudo hortera estás hecho...

Y mientras avanzábamos hacia donde el taxi seguía esperando, repliqué, con todo el humor que pude reunir:

—Para una vez que voy a la moda...

\*

Durante el año que duró el proceso de rehabilitación de Todd, me encargué de gestionar su dinero y hacer cuantos trámites fueron necesarios; una etapa en la que él volvió a encontrar refugio en la pintura. Cada vez que pasaba por Manhattan iba a verle, y no dejaba de sorprenderme no solo lo cuantioso de su producción, sino la calidad de los lienzos.

—¿Has pensado en exponerlos? —me animé a decirle en una de esas visitas.

—¿Dónde? ¿En este sanatorio para yonkis? —respondió con sorna.

—¿Por qué no? —insistí—. Es una pena que los acumules, sin más... A mí me parecen muy buenos.

—Siempre me dices lo mismo.

—Piénsalo. Puedo mover un par de hilos.

—Deja primero que lo medite, y luego ya veré si hablo o no con el director del centro. —Esbozando la primera sonrisa que veía aflorar a sus labios en muchísimo tiempo, añadió—: Lo creas o no, he recuperado algo de autonomía. Las drogas no me han machacado del todo el cerebro.

Observé con atención uno de los cuadros; en apariencia no eran más que colores planos fundiéndose, como si recrearan un horizonte de extraños matices cromáticos, pero me transmitía serenidad.

—Oye, Klaus..., ¿vas a ver a Andy por su cumpleaños?

Le sostuve la mirada; Todd aún era incapaz de pronunciar aquel nombre sin ensombrecerse.

—Sí. Nos ha invitado a Debbie y a mí a su apartamento para celebrarlo, y de paso también el fin de gira —contesté.

Tras buscar entre el montón de lienzos que tenía apilados en aquella sala comunitaria que le permitían usar como taller, me tendió uno envuelto en

gruesas telas, acompañado de una nota.

—¿Podrías hacérselo llegar?

Yo asentí.

—Y llévate también ese si quieres.

Yo hice un gesto para rechazar el ofrecimiento.

—Resérvamelo. Cuando hayas salido de aquí, te lo compraré.

Poco después regresé a Londres, y le entregué el voluminoso paquete a Andy la noche en que cumplió treinta y seis años. Cuando retiró el embalaje, nos quedamos contemplando el retrato que Todd le había hecho. Llamativos colores, pinceladas enérgicas, y una calidez que solo podía plasmar alguien que había usado como principales referencias las imágenes que atesoraba en su interior.

En una esquina, la firma, y bajo esta, dos siglas a modo de título. «A.S.». Andrew Smith. Ese que se escondía tras su célebre pseudónimo, y al que muy pocos teníamos el placer de conocer.

Acompañando al retrato, un mensaje escueto y significativo: «Gracias por haber creído siempre en mí».

Andy no dijo nada; desapareció de la estancia en la que nos encontrábamos y regresó con una caja de herramientas. Lo colgó él mismo, un gesto que, por lo mucho que le conocía, supe que significaba más que mil palabras juntas.

\*

Ocho meses después, Todd debutó como pintor en una galería de San Francisco. El evento convocó a buena parte de la esfera cultural californiana, así como a muchos de los que le hicieron el vacío durante sus horas bajas. Pero él, reconciliado consigo mismo, no les mostró rencor.

Le localicé nada más llegar; estaba hablando con el marchante que había apostado por su reconversión artística. Empecé a contemplar las obras expuestas, y di con el paisaje abstracto que ya en la clínica había llamado mi atención. Lo había titulado *Neukölln*, como el barrio que frecuentaba en Berlín Oeste para plasmar sus escenas cotidianas, y en el panel donde constaban los datos más relevantes sobre la obra figuraba un punto rojo, signo de que ya había sido vendida.

—Tranquilo, pedí que te hicieran descuento —me dijo al situarse a mi lado, como si él también estuviese interesado en el cuadro.

Sonreí, feliz de que se hubiera acordado de guardármelo. Él me devolvió el gesto y me di cuenta de que se había arreglado la dentadura; también parecía una persona distinta con respecto a aquella que había estado al borde del

abismo.

Iba a responder, pero vi que Andy se aproximaba, ajeno a la expectación que con su sola presencia había generado. Cuando quedaron el uno ante el otro, se miraron en silencio. Sus caminos convergiendo tras seis años de avanzar por sendas opuestas.

Debbie se excusó y fue a por una copa para no echarse a llorar con la escena. La imité, dejándoles espacio para sellar su reencuentro. Ellos permanecieron ahí largo rato, abrazándose ignorando las miradas curiosas; rodeados de los cuadros que, en cierto modo, eran producto de la confluencia de sus respectivas trayectorias personales.

*You can't always get what you want,  
but if you try sometimes  
you might find  
you get what you need.*

*(No puedes conseguir siempre lo que quieres,  
pero si lo intentas  
podrías hallar  
lo que de verdad necesitas.)*

*You Can't Always Get What You Want, The Rolling Stones*



## Track 20: *Himmelblau*

Cuando llegamos a Alexanderplatz tuve que detenerme y observar a mi alrededor. Las baldosas aún mojadas por llovizna reciente; la torre de telecomunicaciones en lo alto; los edificios que poco a poco iban sucumbiendo al poder de las cadenas internacionales; el Reloj Mundial y la Fuente de la Amistad de los Pueblos, iconos que no llegué a ver con mis propios ojos, sino a través de fotografías y, sobre todo, bocetos.

—Andy y yo pasamos aquí muchas tardes... —dijo Todd con nostalgia—. Le gustaba perderse por los alrededores mientras yo aprovechaba para dibujar.

Debbie observaba también, sumida en un imponente silencio. Quizás cobrándose su venganza por haber tenido prohibida la visita a la ya extinta RDA.

—¿Os he contado alguna vez cómo viví la caída del Muro? —les pregunté.

Ellos negaron, y mientras retomábamos el paso, rescaté aquella noche de entre mis recuerdos:

—Me pilló en Berna... Estaba camino de Zürich cuando saltó la noticia, y decidí encerrarme en el primer hotel que encontré. No sé ni cuántas horas me pasé delante del televisor, y justo cuando estaban empezando a emitirse las imágenes de la gente subiéndose para saltarlo, tocaron a la puerta.

—No sé por qué, me huelo de quién se trataba... —dijo Debbie con una sonrisa.

—Él estaba en Milán de promoción. Tenía concierto a la mañana siguiente, y no me preguntéis cómo logró localizarme, pero se metió en el coche y le dijo a su chófer que no se detuviera hasta que hubiesen llegado a Suiza... —Sonriendo también, añadí—: Imaginaos el panorama: yo abriendo en albornoz y Andy pasando sin saludar, como si fuera lo más normal del mundo... Se sentó a mi lado en la cama sin quitarle ojo de encima a la pantalla, y cuando llevábamos como media hora pendientes de las retransmisiones, me dijo algo que nunca olvidaré...

—¿El qué? —preguntó Todd.

Al desembocar en una de las calles que colindaban con la plaza, le cité:

—«Lo conseguimos».

Me quedé mirando lo que teníamos ante nosotros, sintiendo que el miedo empezaba a apoderarse de mí. Debbie fue la primera en darse cuenta de en

dónde nos encontrábamos:

—¿Este edificio no es...? —musitó, sin dar crédito.

Todd se giró, y al ver la aguja de la torre de telecomunicaciones a nuestras espaldas acabó la frase por ella:

—... el de la portada de *Back Home*.

Las manos, frías pese a haberlas llevado en los bolsillos del abrigo, me temblaron cuando toqué al nuevo y flamante portero automático. El lapso que transcurrió hasta que obtuve respuesta me resultó eterno.

—¿Quién es? —preguntaron en alemán.

—¿Es usted la señora Schneider? —respondí.

Otro silencio. Todd y Debbie junto a mí; ella expectante, él captando el sencillo diálogo con sus conocimientos del idioma.

A través del minúsculo altavoz, de nuevo la misma pregunta:

—¿Quién es?

Tras tomar aire todo lo profundo que pude, contesté:

—Soy Erik...

Pasados varios segundos, el portal se abrió con un sonido estridente y seco. Un paso; un solo paso era lo que me faltaba para afrontar el momento que por tantísimos años había evitado.

Todd, empujándome suavemente por la espalda, me hizo darlo.

—Ya nos lo explicarás —dijo, conciliador.

Y tras dedicarles a ambos una mirada cargada de afecto, me dirigí a la casa en la que me crie.

*Time. He's waiting in the wings.  
He speaks of senseless things.  
His script is you and me, boy.*

*(El tiempo. Está esperando su oportunidad.  
Habla de cosas sin sentido.  
Su guion somos tú y yo, chaval.)*

*Time, David Bowie*

## Track 21: *Slip Away*

Somos víctimas de nuestros anhelos. Rehenes de los sueños que ambicionamos. Esclavos de las metas que nos hemos fijado cruzar. Nos sometemos a sus mandatos si conseguimos cumplir nuestros objetivos; caemos presa de la desesperación si no logramos llevarlos a cabo. Y siempre terminamos pagándolo de una u otra forma.

Nosotros cuatro no fuimos la excepción.

En el caso de Todd, tras debutar en la galería se volcó en el nuevo abanico de posibilidades que ante él se había abierto, y buscando estabilidad se afincó en París. Varios de mis clientes me pidieron que los pusiera en contacto con él para hacerle encargos, y a medida que sus obras aparecían en portadas de discos y libretos, se construyó una reputación como retratista y pintor abstracto. Aunque había decidido desvincularse del mundo de la música, este parecía resistirse a dejarle ir, algo que le causaba la misma satisfacción que pesar.

En el de Debbie, optó por tomarse un descanso del mundo del espectáculo para centrarse en su transición de género, algo que terminó por resentir su carrera como cantante, pero que la llevó a invertir en varios negocios y a involucrarse en defender activamente la causa del colectivo LGTB.

En lo que a mí respecta, me marché a Holanda por amor, y aunque al principio creí que compatibilizar una relación con el ritmo demencial de la agenda sería posible, la convivencia —o falta de ella— terminó por dar al traste con mis aspiraciones sentimentales. Pese a la ruptura, decidí establecerme en Ámsterdam y cambiar de aires.

En cuanto a Andy..., él fue víctima de sí mismo; de su necesidad patológica por crear.

Durante la pasada década le vi curtirse como artista y avanzar hacia la madurez; seguir siendo fiel amigo de sus amigos, coleccionista de amantes, devoto de sus fans. Compartimos buenos y malos momentos, rachas creativas, decenas de recitales. Se nos fueron los años entre desplazamientos, estudios de grabación, escapadas y confidencias, y con cada nuevo disco su fama iba acrecentándose, aislándole en los pocos momentos en los que no estaba expuesto. Una soledad que combatía volcándola en más canciones; canciones que, a su vez, volvían a convertirse en nuevos éxitos, alimentando la espiral.

Cada vez que pasábamos la noche juntos me sorprendía no ya buscando

marcas en su cuerpo, sino constatando que las dosis de los fármacos que consumía no dejaban de crecer: ansiolíticos, analgésicos, antidepresivos, más y más pastillas para dormir; píldoras que tomaba delante de mí, fiel a la promesa que en Berlín me hizo de no ocultarme sus dependencias, por legales que estas fuesen.

En todo momento fui consciente de que él seguía luchando contra sus fantasmas. Los adivinaba en sus composiciones; en la melancolía de sus silencios; en su voz apagada cuando le telefoneaba cada 20 de agosto, ya se encontrase en Australia y yo en Chicago, o dondequiera que nos llevasen nuestros respectivos compromisos. Y por eso lo alentaba a pelear de la mejor manera que pude: abriéndole mi puerta cada vez que llamaba a ella, sumergiéndome en los mundos a los que dábamos forma, haciéndole partícipe de la vida que gracias a él me construí.

Quizás por la fuerza de la costumbre, no le di mayor importancia cuando me propuso que nos viéramos en Londres hace siete días. Me recogió en la sede de la discográfica, en donde yo acababa de reunirme con mi nuevo y joven cliente.

—Reconoce que, en el fondo, echas de menos vivir aquí —me dijo en cuanto estuve ocupando uno de los asientos del elegante mercedes.

—Si no fuera por el clima, te diría que sí.

Él, tras reírme la gracia, preguntó:

—¿Te importa que haya un ligero cambio de planes? Sé que debes de estar cansado, pero me gustaría que me acompañases a hacer una visita.

Intrigado, consentí.

Andy le dio al chófer una dirección, y mientras el vehículo se incorporaba al tráfico, entró en materia:

—¿Qué te ha parecido Ian?

—Está muy seguro de sí mismo, y las maquetas tienen potencial. — Dejándome llevar por el palpito, afirmé—: Su disco será un bombazo.

—Sabía que verías en él un diamante en bruto... Esta nueva generación es apasionante.

Pensé en las bandas y solistas que estaban surgiendo en el Reino Unido en general y en Londres en particular; en la estética andrógina de la que hacían gala; en el maquillaje y la ambigüedad sexual. La era del *brit*.

—Una nueva generación —apunté— que no estaría haciendo lo que hace de no haber sido por los que impulsasteis el *glam*.

Andy esbozó una sonrisa, y su mirada se perdió más allá de lo que había

tras los cristales tintados.

—Hay que pasarles el testigo —murmuró.

Me quedé observándole. Pese al carácter que aportaban las líneas de expresión, sus rasgos no habían perdido armonía. El cabello, largo y suelto, le daba una apariencia rebelde, que contrastaba con la elegancia con la que se encaminaba a la cincuentena. Un perfil que me recordó al que Todd immortalizó en Stille, lápiz en mano, diecisiete años atrás.

—¿Y tú? —retomé la charla—. ¿A qué esperas para enseñarme material nuevo?

Me devolvió la atención, y recubriendo sus palabras con un halo de misterio, afirmó:

—Te llegará cuando sea el momento.

Tampoco le di importancia a su salida por la tangente, y durante lo que restó de trayecto seguimos poniéndonos al día. Me dejé llevar por la conversación, por la dicha de estar de nuevo en su presencia, y mi sorpresa fue mayúscula cuando el conductor paró ante la sombría puerta del cementerio de Highgate.

—Estaremos pronto de regreso —le indicó Andy; tras salir del vehículo, me tendió la mano para que le imitase.

Me cogí a ella, y el aire helado me golpeó en el rostro. Empezamos a caminar entre senderos llenos de maleza y antiguas lápidas; las gotas cayendo sobre el paraguas que Andy abrió y bajo el que nos resguardamos.

Una quietud sobrecogedora, únicamente rota por la llovizna; los pocos visitantes con los que nos cruzamos, demasiado absortos como para reparar en la identidad de mi acompañante. Y tras varios minutos de paseo, tres tumbas, de las cuales una estaba cubierta de musgo.

Al leer el nombre grabado en la piedra, supe quién descansaba bajo ella.

—George Smith... —musité—. Es tu hermano, ¿verdad?

Sin dejar de observarla, él asintió.

—Al menos pude conseguir que estuvieran los tres juntos... Maldita burocracia, sigue dándome sopor —hizo ademán de bromear, alardeando de flema inglesa.

Reparé entonces en las otras lápidas.

—¿Por qué no me lo dijiste? —volví a musitar, al ver que los decesos de sus padres se habían producido en 1988 y 1991.

—No asistí a los entierros, y hacía más de quince años que no los veía, todo por no atreverme a descubrir si seguían guardándome rencor. —Andy giró el rostro, y mirándome a los ojos, añadió—: Es demasiado tarde para

arrepentirme.

—No te ancles al pasado —repliqué; el frío húmedo calándome hasta los huesos.

—No lo hago. Solo contemplo el futuro, y el futuro pertenece a aquellos que lo intuyen y actúan en consecuencia... Sé que tú podrás modelarlo.

Le sostuve la mirada en silencio. Ahora comprendo qué es lo que quería decirme: «No hay futuro para mí porque así lo he decidido, pero tú sí que lo tendrás. Dale forma. Haz que empiece arrancándote la duda; no dejes que por no dar el paso, lo único que te quede sea una tumba en medio de la nada».

Una parte de mí captó el mensaje en ese momento, pero la otra, obstinada, prefirió obviarlo. Tras deshacer el camino de vuelta, pasamos el resto del día en su casa, situada en el pudiente barrio de Mayfair.

Abrimos un par de botellas que él tenía reservadas para ocasiones especiales, y brindamos por nosotros; por los amigos que seguían ahí y los que ya no; por el éxito de los que estaban aterrizando en la escena musical y también el de los veteranos; por todo lo que habíamos logrado y lo que estaba por llegar. Preparó él mismo la cena; elegí vinilos de entre su extensa colección y con ellos amenicé la velada; nos refugiamos entre las sábanas revueltas hasta el amanecer.

Me acompañó temprano al portal del edificio, en donde su chófer ya estaba esperándome para llevarme a Gatwick. Nos despedimos como era habitual (la promesa de llamarnos en breve, el roce de sus labios contra los míos), y cuando ya me había acomodado en la parte trasera del vehículo, dijo, mirándome a través del hueco de la ventanilla a medio subir:

—Te quiero, Erik. Nunca lo olvides.

—Te quiero, Andy —repliqué con una sonrisa.

El conductor arrancó, y mientras poníamos rumbo al aeropuerto, observé cómo su figura se perdía en la distancia, hasta desaparecer por completo.

Sé que he cometido errores, y puede que lamente muchas de las decisiones que he tomado a lo largo de mi vida, pero si de algo estoy seguro, es que si hubiera sabido que esas iban a ser las últimas palabras que iba a dirigirle, hubiera escogido exactamente las mismas.

*The wind of change  
blows straight into the face of time,  
like a stormwind that will ring the freedom bell  
for peace of mind.  
Let your balalaika sing  
what my guitar wants to say.*

*(El viento del cambio  
sopla sobre el rostro del tiempo,  
como una tormenta que hace repicar la campana de la libertad  
y la tranquilidad.  
Deja que tu balalaika cante  
lo que mi guitarra quiere expresar.)*

*Wind of Change, Scorpions*



## Track 22: *Welcome*

Subí por las escaleras, cuyos peldaños me parecieron más estrechos de lo que recordaba. Tras sortear varios tramos, llegué al tercer piso.

Estaba ahí, en el marco de la puerta.

El cabello blanco, la figura encogida; mirándome con una sorprendente falta de incredulidad. Aunque los años la habían cambiado tanto como me han transformado a mí, no me cupo duda de que era ella.

—Madre... —musité.

Con un gesto y manteniendo las distancias, me hizo pasar. Yo obedecí, y el corazón me dio un vuelco al encontrarme el diminuto y austero apartamento tal cual lo dejé. Los muebles, robustos aunque pasados de moda; la decoración sencilla; la mesa del salón con apenas dos asientos, frente a un televisor viejo y el transistor que alimentó mis sueños de adolescente.

Ocupé una de las sillas mientras ella se marchaba a la cocina. Otro muro infranqueable separándonos.

En la mesa había un periódico; la edición vespertina de uno de los principales de la ciudad. La página por la que estaba doblado había sido recortada. Junto al diario, vi un álbum de fotos de tapas gastadas.

Presa de la curiosidad, pero también de un impulso irrefrenable, lo abrí. Y lo que hallé dentro me dejó sin habla.

Decenas de recortes de prensa, empezando por uno del que no tenía constancia. Databa del 77, y acompañado por una fotografía que alguien nos tomó a Andy y a mí absortos en las grabaciones en Stille, hablaba del trabajo que estábamos haciendo en Berlín Oeste. Tras ese, muchísimos más extraídos de prensa berlinesa de ambas repúblicas antes de la reunificación, pero también de revistas extranjeras especializadas. Mi *nombre* en todos ellos.

A medida que pasaba las páginas, fui consciente de que durante todo aquel tiempo mi madre había sabido que yo seguía con vida; que había cumplido mis sueños aunque fuera con otra identidad; que ella había seguido mi trayectoria sin inmiscuirse.

Y todo gracias a Andy.

El sonido de la porcelana entrechocando me sobresaltó, y al alzar el rostro vi que estaba de vuelta. Portaba una bandeja, y, sobre esta, el juego de té. El mismo que yo había evocado al cruzar el puesto fronterizo cuando me marché sin despedirme.

Tomó asiento en la silla contigua y, tras servirme, empezó a darle cuenta a su taza, como si yo acabase de llegar de atender mis asuntos una tarde cualquiera y nos estuviésemos entregando a nuestro pequeño ritual.

La imité, y el sabor de la infusión no solo me retrotrajo a mi niñez, sino que también me devolvió algo tanpreciado que ya lo había dado por perdido...

Me hizo recordar de dónde vengo. Me hizo saber quién soy.

Aunque traté de contener las lágrimas, rompí a llorar. Como nunca lo había hecho, como posiblemente no lo haré jamás.

Mi madre siguió bebiendo, impasible, y tomó el álbum para colocar el nuevo recorte. En él, la célebre foto de Andy junto al Muro. Quién sabe si dichoso por verme al fin regresar a mi hogar.

## Hidden Track: *Epilogue*

Ya han pasado seis meses. O, lo que es lo mismo, nos encontramos en el día ciento setenta de la *era post Lightning*, tal y como los medios la han bautizado. Veinticuatro semanas en las que he redefinido mis prioridades.

Ante todo, hablé. Con mi madre. Con Todd y Debbie. Con Otto y Dieter. Con Johnny, que decidió retirarse gracias a la suma que Andy le dejó en herencia. Me abrí a todos ellos, mostrándome sin tapujos tras haberles permitido conocerme solo en matices. Y una vez en Londres, Ian me lo contó todo: cómo Andy se había interesado en él tras escuchar su disco debut; cómo se habían conocido a finales de enero en el *backstage* de una sala en Brixton; cómo poco a poco este había pasado de ser su ídolo a convertirse en su mentor, luego en su amigo.

Cómo empezaron a escribir canciones juntos; cómo llegó un momento en que Ian creyó sentir algo más fuerte que la admiración y la complicidad. Cómo Andy, alegando que le valoraba por ser él mismo y nadie más, le dijo que mejor dejar las cosas como estaban.

Ian, sin comprender el trasfondo del rechazo, se esforzó por superarlo y centrarse en lo que estaban creando. Y aunque yo podría haber disipado su confusión explicándole que, bajo mi punto de vista, Andy no había querido tener nada con él para mantenerlo alejado del recuerdo de Demian, me decanté por guardármelo y pedirle que pusiera las maquetas.

Se trataba de cinco temas. Guitarras poderosas, letras con un toque de misticismo, el sello de Andy en los detalles del armazón sobre el que se desplegaban el encanto y la frescura de su nuevo protegido. Ian, con su larga y oscura melena rizada, sus ojos sombreados y las uñas lacadas en negro, me pidió opinión sincera:

—¿Qué te parece?

—Que ya es hora de que te asomes al mundo.

Nos metimos en el estudio, y trabajando sobre las bases tuvimos listos en tiempo récord dos *singles*. El primero de ellos despuntó en las radios, y su *videoclip*, en el que Ian se alzaba como estandarte del *nuevo glam*, lo catapultó a lo más alto cuando aún ni se había lanzado el CD. A diferencia de lo que ocurrió con los discos de Todd, el que Andy figurase en los créditos fue solo un aliciente, no el principal reclamo.

Mientras trabajábamos en el álbum, fui cerrando el cartel del concierto. Se

celebró a finales de julio en Wembley, con las entradas agotadas y sin que cupiera un alfiler en las graderías y el césped. La BBC lo retransmitió en directo. Cincuenta artistas participantes, entre los que destacaron el propio Ian y aquellos dos que no podían faltar a la cita.

Con el estruendo del público de fondo, Debbie se preparó para saltar al escenario la primera. Deslumbrante, se adueñó del micrófono:

—Nos hemos reunido para recordar a alguien que ha dejado una huella profunda en muchos de nosotros —empezó a decir, arrancando vítores generalizados—. Pero no solo vamos a celebrar su vida a través de su música... —Señaló la macropantalla que tenía a las espaldas, por la que se proyectó el logotipo de la fundación—. También queremos que cale un mensaje: sea cual sea vuestra situación, si lo necesitáis, no tengáis miedo a hablar abiertamente sobre cómo os sentís, buscad ayuda profesional sin vergüenza o remordimiento. Podéis acudir a nosotros, os estaremos esperando para orientaros. —Tras una pausa, Debbie añadió—: Y, sobre todo, no olvidéis lo que Andy siempre decía en sus canciones: que sois únicos y especiales, y no estáis solos.

La gente enloqueció al reconocer las primeras notas de *Stardust*, y Debbie lo desgranó dándole su toque personal. La vi disfrutando sobre la tarima, metiéndose a la gente en el bolsillo, demostrando de qué madera estaba hecha.

La siguieron bandas de actualidad y otras ya curtidas, que alternaron temas propios con buena parte del repertorio del homenajeado. Cinco horas de espectáculo en las que Todd se marcó un dueto con Ian al interpretar juntos *It was me*; atreviéndose a evocar la memoria de los asistentes, que lo acompañaron coreando uno de sus temas en solitario.

Pero de todos los momentos álgidos del concierto, si tuviera que decantarme por uno, elegiría ese que no me esperaba. Y es que Todd, guitarra acústica al hombro, recreó aquellas dos noches ante el edificio del Reichstag cantando en alemán. Un foco iluminándole; Wembley emulando el cielo estrellado que se expandía sobre nuestras cabezas, al llenarse la oscuridad de las diminutas luces de los mecheros.

Debbie se me abrazó en el lateral del escenario desde el que estábamos viéndolo, y emocionado supe que se había cerrado un ciclo, a falta de cumplir un último mandato...

Por eso estamos Todd y yo hoy en Berlín. El otoño se ha apoderado de la ciudad, vistiendo de rojos y ocres las arboledas que transcurren cerca de lo que en su día fue el Muro, ahora reconvertido en la East Side Gallery.

Andy especificó en su testamento que quería que fuésemos nosotros dos los que esparciéramos sus cenizas, y tras abrir la urna en la que nos las entregaron, dejamos que el viento las fuera arrastrando, haciéndose uno con ellas hasta diluirlas en la corriente del río.

—¿Qué vas a hacer ahora que todo ha acabado? —me preguntó Todd con la vista al frente.

—Por lo pronto, creo que voy a establecerme aquí. Tengo mucho tiempo perdido que recuperar y, para qué mentir, los alquileres en la zona este son ridículos... Es una buena excusa para volver.

—Qué curioso..., yo también estuve mirando precios. Con lo que me cuesta el minipiso en París, aquí puedo costearme un *loft* industrial y montar de paso un buen estudio.

—Vente tú también —lo animé—. A Otto y Dieter les gustará tenernos de nuevo entre su clientela.

—¿Es que no piensan jubilarse? —ironizó.

—Lo dudo...

—Creo que ya sé dónde va a acabar el retrato de Andy... Seguro que al Abend le viene bien que vaya gente a verlo.

Yo asentí. No se me ocurría un lugar mejor en el que exhibirlo de forma permanente.

—Pues nada, decidido: me vuelvo a Berlín. —Todd, con las manos en los bolsillos de su vieja cazadora de piel, agregó—: Me pregunto si será un buen momento para que estos dos solterones se den una oportunidad de una puñetera vez...

Le contemplé; el paso del tiempo reflejado en su rostro, su aura enérgica, curtida en mil y una batallas personales. El pasado que ambos compartíamos, el presente que nos había unido con más fuerza que nunca.

Y me dije que aún no era tarde para volver a creer en el amor.

—Me parece que sí —contesté con una sonrisa que él me devolvió. De pronto se me pasó por la mente un pensamiento que expresé en voz alta—: ¿Por qué tengo la sensación de que Andy nos habría dado el visto bueno?

Todd, tras reír suavemente, afirmó:

—Seguro que el muy capullo también lo tenía planeado.

El sol empezó a ponerse para cuando emprendimos el camino de vuelta tomados de la cintura, dejando los vistosos murales de la East Side Gallery a la derecha. La ciudad poco a poco fue sumiéndose en el sueño, girando en el ciclo como un vinilo. Dejándonos escuchar sus canciones una y otra vez.

Permitiéndonos soñar, ahora sí, con un futuro al que pudiéramos dar forma con nuestras propias manos, sin ataduras. En libertad.

*The end*

## Bonus Track: *Glosario*

Espero que hayas disfrutado de *Berlín*. A continuación, detallaré las referencias y guiños que contiene cada capítulo, pues no son pocos, a fin de enriquecer la experiencia de lectura.

### **Track 01:**

#### */ My death*

La canción *My death* (en el original, *La Mort*, del cantautor belga Jacques Brel) es una adaptación al inglés (hecha a su vez por el cantante norteamericano Mort Shuman) que David Bowie incluyó en su repertorio en los conciertos de la gira de Ziggy Stardust, entre 1972 y 1973.

El personaje de Ziggy Stardust, al que Bowie dio vida en su disco *The Rise and Fall of Ziggy Stardust and the Spiders from Mars*, era una estrella del rock medio alienígena, medio humano, que quería salvar la Tierra después de que se anuncie que será destruida en cinco años. Ziggy (andrógino, promiscuo y bisexual) tiene los días contados, pues está predestinado a morir a manos de sus fans, algo que el propio Bowie quiso enfatizar interpretando *My Death* durante dicha época.

En el caso de *Berlín*, me pareció que la letra de *My Death* ilustraba el arranque de la historia, un mensaje que Andy lanza a aquellos a los que deja atrás cuando salta la noticia de su muerte.

#### */ Where Are We Now?*

En 2013, tras diez años de silencio, Bowie lanzó el disco *The Next Day*. Recuerdo que lo primero que me llamó la atención fue su portada: la misma que la de *Heroes*, solo que con su cara tapada por un recuadro blanco con el título, y a su vez el título de *Heroes* tachado. Ese primer detalle me hizo pensar que era una referencia a sus días en Berlín, algo que terminé de confirmar al escuchar *Where Are We Now?*

Para comprender a lo que me estoy refiriendo, hay que ponerse en situación: en 1976, con veintinueve años, David Bowie estaba en uno de los puntos álgidos de su carrera, pero se encontraba en su peor momento personal: arrastraba problemas financieros y conyugales, pero sobre todo de salud (estaba paranoico y deprimido por su adicción a la cocaína, así como extremadamente delgado). Con la intención de distanciarse del estilo de vida que estaba llevando en Los Ángeles, fue a visitar a Iggy Pop en el sanatorio en

el que este había ingresado y le propuso que se fuera de gira con él, y posteriormente lo convenció para marcharse con él a Europa, grabar material juntos y, de paso, hacerle frente a sus respectivos problemas de adicción (a la heroína en el caso de Iggy). Terminaron compartiendo piso en Berlín Oeste durante aproximadamente año y medio con Coco Schwab, la secretaria y mejor amiga de Bowie (quien estuvo a su lado nada menos que cuarenta y seis años; su papel fue crucial para que él lograra alejarse de las drogas), así como por temporadas con Duncan, el hijo de Bowie. Allí llevaron una vida prácticamente anónima, alternándola con breves giras (en la que dio Iggy para presentar *The Idiot*, era Bowie quien tocaba los teclados como parte de la banda).

En *Where Are We Now?*, Bowie menciona lugares de Berlín en los que estuvo y se pregunta *¿dónde estamos ahora?*, aludiendo a los recuerdos de esos días de su juventud. Parte de la letra de esta canción me resultó esencial para construir al personaje de Andy: *You never knew that, that I could do that, just walking the dead* (*Nunca lo supisteis, que podía hacer eso, simplemente caminar entre los muertos*; en referencia a que nadie hubiera imaginado que el Bowie de aquellos años, toda una celebridad, pudiera pasar desapercibido entre los berlineses).

### **/ El extranjero, de Camus**

Quizás algunos lectores se han dado cuenta, pero la frase con la que empieza *Berlín* (*Anoche, cuando el teléfono empezó a sonar de madrugada, supe que Andy había muerto*), es también un guiño al comienzo de la novela *El extranjero*, de Albert Camus (*Hoy ha muerto mamá. O ayer. No lo sé.*), uno de los comienzos de novela que más me han impactado.

### **/ El Abend**

Bowie e Iggy Pop compartieron piso en un edificio situado en el número 155 de Hauptstrasse, en el barrio de Schöneberger (Berlín Oeste). Eran clientes habituales de Anderes Ufer, cafetería situada a pocos metros del edificio conocida por ser la primera abiertamente gay que se inauguró en Alemania. Sigue operativa a día de hoy (sus dueños le cambiaron el nombre a Neues Ufer en 2003), y en sus paredes hay colgadas varias fotografías de Bowie, su cliente más ilustre.

El Abend es, por tanto, un guiño a esa cafetería. En cuando a su nombre, explicaré más adelante el porqué.



### **Track 02:**

#### ***/ Tear Me Down / Midnight Radio***

Las dos canciones que forman parte del capítulo 2 pertenecen a la banda sonora de la película *Hedwig and the Angry Inch*. Recuerdo que la primera vez que la vi me fascinó, y me dije que el personaje de Hedwig era, a grandes rasgos, lo que yo estaba buscando para el protagonista de mi novela: alguien nacido en Berlín Este, amante del *rock*, que sueña con escapar y perseguir sus ambiciones. Así pues, el personaje de Erik debe mucho a esta película.

A su vez, en *Hedwig and the Angry Inch* hay varios guiños a Bowie, Iggy Pop y Lou Reed, los ídolos de Hedwig, a los que escucha de madrugada en su radio en Berlín Este, soñando con ser algún día como ellos.

### **Track 03:**

#### ***/ By This River***

Brian Eno, quien formó parte en su día del grupo Roxy Music, puede que pase a la historia por ser el creador de la melodía de arranque del Windows 95, pero lo cierto es que es uno de los compositores y productores más importantes de la música contemporánea. Ha publicado decenas de discos de música ambiental, y su papel en la trilogía berlinesa de Bowie fue muy importante (fue quien añadió las atmósferas de los sintetizadores). La canción *By This River* es de su disco *Before and After Science*, de 1977, y aunque no hay nada que lo pruebe, me gusta pensar que habla de Berlín. Me pareció que ilustraba bien la relación de Otto y Dieter, y cómo esta consigue llegar a buen término tras haber sufrido la separación por el Muro.

#### ***/ A New Career In A New Town***

La canción que da título al capítulo tres es, en verdad, uno de los temas instrumentales de *Low*, el primer disco de la *trilogía berlinesa* de Bowie. Dicho tema, *Una nueva carrera en una nueva ciudad*, hace mención a su cambio de rumbo cuando decidió dejarlo todo atrás y volver a empezar en Berlín. Algo que en la novela se puede aplicar tanto a Erik (cuando llega a Berlín Oeste usando el nombre de Klaus) como a Andy.

#### ***/ Stille***

Bowie e Iggy Pop grabaron un total de cuatro discos (parcialmente, *The Idiot*, y completo *Lust For Life*, ambos de Iggy Pop; parcialmente *Low*, y completo *Heroes*, ambos de Bowie) en Hansa Tonstudio, conocido también como Hansa by the Wall, estudio inaugurado en 1974 en la antigua Berlín Oeste. Se lo conocía como *el estudio junto al Muro* porque estaba,

literalmente, frente al Muro de Berlín.

Bowie se enamoró de la acústica de la *Meistersaal*, una enorme sala con capacidad para albergar a una orquesta de cámara, con una lámpara de araña pendiendo del techo y grandes ventanales desde los que se divisaba el Muro. Tras ser pionero, otros grupos como Depeche Mode, R.E.M. o U2 lo emularon grabando en Hansa.

Stille, el estudio donde Erik comienza su carrera como productor y del que Andy se prenda, es una referencia a los estudios Hansa, los cuales siguen en activo.

### **/ *Krautrock***

El *krautrock* (*kraut*, que significa repollo en alemán, se usaba despectivamente para llamar a los alemanes durante las dos guerras mundiales) fue una corriente musical que surgió a finales de los años 60 en Alemania Occidental, y se caracterizaba por el uso de sintetizadores. Uno de sus principales exponentes fue el grupo Kraftwerk, de los que Bowie era fan empedernido (así como Brian Eno).

En una entrevista, Iggy Pop comentó que la primera vez que escuchó a Kraftwerk fue durante un viaje por carretera en Estados Unidos con Bowie, mientras le acompañaba de gira en 1976 (antes de marcharse ambos a Europa); Bowie siempre ponía cintas de *cassette* mientras viajaban de noche entre una ciudad y otra, y la canción en cuestión era «un tema rarísimo de veinte minutos» (*Autobahn*, publicado en 1974). Una de las razones por las que Bowie decidió marcharse a Berlín, fue el sonido *krautrock*. Incluso en el disco *Heroes* (1977) le dedicó uno de los temas instrumentales, *V-2 Schneider*, a uno de los fundadores de Kraftwerk, Florian Schneider.

En *Berlín* se juega con la idea de que Erik fue en parte creador del sonido *krautrock* al atreverse a jugar con los sintetizadores y luego especializarse en ellos. Asimismo, su verdadera identidad, pese a darse a conocer como Klaus Müller, es Erik Schneider (guiño a Florian Schneider).

### **Track 04:**

#### **/ *Dandy In The Underworld / Children Of The Revolution***

Ambas canciones son de T. Rex, la banda con la que Marc Bolan triunfó en los 70 como estrella del *glam rock*. *Dandy In The Underworld* es una canción autobiográfica en la que Bolan se retrata resurgiendo tras la decadencia de su adicción a la cocaína. Algo que bien se le puede aplicar a Andy en ese momento de la novela.

En cuanto a *Children Of The Revolution (Los hijos de la revolución)*, habla de la juventud de finales de los 60 y principios de los 70, de su energía y el movimiento por la liberación y la ambigüedad sexual que marcó al *glam*. Varios personajes de *Berlín* son, en efecto, *hijos* de dicha *revolución*.

#### **/ El nombre de Todd como referencia a *Velvet Goldmine***

Han corrido ríos de tinta con respecto a la relación entre David Bowie e Iggy Pop. Hay quienes afirman que simplemente eran buenos amigos y colaboradores; los hay quienes afirman que, además de eso, también fueron amantes. Entre toda la rumorología, destaca la que es una de mis películas favoritas: *Velvet Goldmine*, del director Todd Haynes.

En *Velvet Goldmine* se recrea de forma libre la supuesta historia de amor entre Bowie e Iggy Pop. Solo por ver a Jonathan Rhys-Meyers en el papel de Brian Slade (que vendría a ser Bowie), y sobre todo a Ewan McGregor, impresionante haciendo de Kurt Wild (inspirado descaradísimamente en Iggy Pop; hasta canta varias canciones de su antiguo grupo, The Stooges), vale la pena.

Tanto Bowie como Pop renegaron de la película. Por lo mucho que me ha marcado, por su maravillosa banda sonora y, sobre todo, porque cada vez que la veo descubro un datalle nuevo, quise rendirle un pequeño homenaje poniéndole al personaje de Todd el mismo nombre que su director.

Otro guiño en el personaje de Todd es el nombre de su exgrupo, The Spiders. Una referencia a la banda The Spiders from Mars, que grabaron y tocaron con Bowie varios de sus discos en su etapa *glam*.

#### **Track 05:**

##### **/ *Sound and Vision***

*Sound and Vision* forma parte de *Low*, y en ella Bowie habla de su llegada a Berlín Occidental y de su deseo de recuperar un estado mental que le permita centrarse simplemente en lo que captan sus sentidos (sonido y visión), sin alucinaciones ni otras alteraciones provocadas por la adicción a la cocaína. Esos son, en parte, los deseos de Andy cuando decide marcharse a Berlín.

##### **/ Las paredes azules**

Asimismo, en la novela hay una referencia a la letra de *Sound and Vision*, en concreto a estas estrofas: *Blue, blue, electric blue, that's the color of my room where I will live (azul, azul, azul eléctrico, ese es el color de mi habitación donde viviré)*. Y es que la habitación de Bowie en el piso que

compartió con Iggy Pop (al que se puede escuchar haciendo coros en la canción) tenía las paredes pintadas de azul eléctrico.

En *Berlín*, Erik cuenta que las paredes de la habitación que eligió Andy en el piso de Hauptstrasse son *del color de la tristeza* (azules).

### ***/Andy's Chest***

El título de este capítulo corresponde a una canción de Lou Reed que forma parte de uno de sus discos más conocidos: *Transformer*. Dicho disco fue producido por Bowie (además de encargarse de la producción, tocó el piano y los teclados en varias canciones, y se le puede escuchar haciendo coros prácticamente en todas ellas).

*Andy's Chest* es el principal motivo por el que el personaje de Andy lleva tal nombre. En ella, Lou Reed habla de Andy Warhol, que además de uno de los artistas más famosos de la cultura pop, fue su *manager* en la banda The Velvet Underground. A su vez, Bowie estaba obsesionado con Andy Warhol, a quien conoció en persona durante su primer viaje a los Estados Unidos a principios de los 70, antes de saltar al estrellato internacional.

El pseudónimo artístico de Andy, Lightning (rayo), es un guiño al maquillaje que Bowie lució en la portada de su disco *Aladdin Sane*, y que se ha convertido en uno de los iconos más famosos de la música contemporánea.

### ***/ City Lights vs Station to Station***

En el capítulo 5 de la novela, Andy le cuenta a Erik que no recuerda nada de las sesiones de grabación de *City Lights*, su último disco. Esto es un guiño a las declaraciones de Bowie, quien afirmó que su adicción a la cocaína era tal durante las sesiones de grabación de *Station to Station* (disco publicado en enero de 1976) que no recordaba prácticamente nada de lo que ocurrió en ellas.

### **Track 06:**

#### ***/ The Passenger***

*The Passenger* es una de las canciones más conocidas de Iggy Pop. Forma parte de *Lust For Life*, el segundo disco que coescribió con Bowie, grabado en los estudios Hansa en Berlín. En ella, Iggy Pop habla de sus trayectos en los trenes de Berlín (S-Bahn), pero posiblemente también de los muchos paseos que dio como copiloto de Bowie en el coche destartalado que este tenía en Berlín Oeste.

La elegí como introducción al capítulo 6 para ilustrar la situación de Todd en ese momento de la novela: siguiendo a Andy a todas partes sin tener el

control, sino dejándose llevar, en parte por sentirse en deuda con él, en parte por sentirse perdido.

### ***/ Satellite of Love***

La canción que le da título al capítulo es mi favorita de Lou Reed, y habla de la impotencia de ver que la persona a la que quieres queda fuera de tu alcance. En ella, al igual que en muchas otras canciones de *Transformer*, se puede escuchar a Bowie haciendo los coros; a su vez, suena en *Velvet Goldmine* durante la escena en la que Brian y Kurt se enamoran.

La elegí para el capítulo porque representa el deseo no correspondido de Todd de tener una relación formal con Andy.

### **/ El boceto en Stille**

En este capítulo, Todd se atreve a mostrarle a Erik sus bocetos, un gesto que denota que está empezando a confiar en él. De entre todos los dibujos, a Erik le llama especialmente la atención uno en el que se ve a Andy sentado en las contraventanas de la sala sinfónica de Stille, fumando y sumido en sus pensamientos mientras mira el Muro.

Es un guiño a una fotografía que alguien le tomó a Bowie en los Hansa Studios, exactamente en esa pose: sentado en la contraventana, fumando absorto mirando el Muro. Cuentan varias de las personas que estuvieron en la grabación de *Heroes* que escribió la letra de la canción en esa misma sala, tras haber visto por los ventanales cómo una pareja se besaba ante el Muro, bajo una torreta militar y con los guardas y sus metralletas justo encima. Años más tarde desveló que la pareja en cuestión eran Tony Visconti (su productor) y Antonia Maass (la corista del disco).

### **Track 07:**

#### ***/ Always Crashing in the Same Car***

Esta canción es, posiblemente, mi preferida de *Low*. En ella Bowie habla de su adicción a las drogas narrando un suceso real: una noche, creyendo que el camello al que acababa de comprarle estaba persiguiéndole, empezó a dar vueltas con el coche dentro del garaje del hotel donde se alojaba. Llegó a alcanzar los 94 kilómetros por hora y se estrelló contra un pilar. El coche resultó siniestro total, pero él salió ileso de milagro. Ese fue un momento crucial, pues se dio cuenta de que si seguía así, acabaría matándose antes o después.

En el caso de *Berlín*, la elegí porque ilustra el círculo vicioso en el que Andy está sumido y del que no puede escapar, recayendo una y otra vez en sus

adiciones y haciendo daño a quienes le rodean.

***/ This Mess We're In***

La canción que da título al capítulo es mi preferida de P.J. Harvey. La letra me pareció que describía la complicada relación de Andy y Todd tras haber vivido año y medio juntos en Nueva York y luego probar suerte en Berlín. *This Mess We're In* podría traducirse como *Este lío en el que estamos metidos*.

**Track 08:**

***/ Berlin***

Fueron muchos los artistas que se vieron atraídos por la decadencia bohemia de Berlín Oeste durante los 70, entre ellos, Lou Reed. Esta canción pertenece a su disco de 1973, también titulado *Berlin*, y la elegí para la novela porque la letra me pareció que ilustraba la melancolía de Erik y Todd tras haber regresado abruptamente a la ciudad, movidos por los recuerdos de la época que pasaron ahí con Andy.

***/ Ashes to Ashes***

En cuanto a la canción que da título al capítulo, es una de mis preferidas de David Bowie. Traducida de forma literal, *cenizas a las cenizas*; si se busca un equivalente en español, *polvo eres y en polvo te convertirás*. Pertenece a su disco *Scary Monsters*, de 1980, y con ella quiso romper con su pasado tras rehabilitarse, llamándose yonki a través del Major Tom, el primero de sus *alter ego* (la canción habla de este personaje, protagonista de su primer éxito, *Space Oddity*). La elegí para representar la renovación (una parte de ti muere; vuelves a reconstruirte partiendo de las cenizas) que supone asimilar un cambio drástico, como puede ser la pérdida de un ser querido.

**Track 09:**

***/ Lady Stardust***

Bowie y Marc Bolan (a quien cité antes; líder de T. Rex) fueron amigos íntimos y rivales desde el comienzo de las carreras de ambos en su Londres natal.

*Lady Stardust* (la señorita polvo de estrellas), canción que originalmente se titulaba *He was alright (a Song for Marc)*, habla de Marc Bolan y de cómo revolucionó la escena musical al ser de los primeros en salir al escenario con la estética del *glam rock*: el maquillaje, el pelo largo, los zapatos de tacón, las lentejuelas y las boas de plumas...

En *Berlin*, el personaje de Demian es un guiño a Marc Bolan en lo que a su

papel como rival musical de Andy se refiere, y también en su aspecto físico. A su vez, que Andy y Demian se llamen entre ellos *Lady y Lord Stardust*, y que el disco con el que Andy triunfó en el *glam* se titule *Stardust*, es un guiño a esta canción.

### **/ *Some Weird Sin***

El tema que da título al capítulo (*un pecado extraño*) es de Iggy Pop, y fue coescrita por él y Bowie en Berlín para *Lust For Life*. Elegí su título para darle nombre al capítulo por ilustrar que en la época en la que se desarrolla ese momento de la narración, las relaciones homosexuales aún tenían un componente marginal, pecaminoso. En cuanto a la canción en sí, su letra habla más bien de la necesidad de estar en paz con uno mismo.

### **/ La guitarra de Andy**

En este capítulo, Andy le cuenta a Erik una parte muy personal de su pasado. Le revela que el único que creyó en él fue su hermano, que este le prestó dinero para poder comprarse una guitarra de segunda mano, y que desde su muerte siempre ha llevado consigo dicho instrumento, en el que compone todas sus canciones.

En esto hay otro guiño a Bowie. En su caso, el que siempre creyó en él fue su padre, músico frustrado que le compró su primer saxofón cuando era niño. El padre de Bowie murió cuando él contaba con veintidós años, y no llegó a ver cómo se convertía en una estrella del mundo del espectáculo.

Bowie tocó el saxofón durante toda su carrera (de hecho, prácticamente en todas sus canciones, hasta en su último disco, se pueden escuchar melodías de saxo; muchas de ellas interpretadas por él mismo), y conservó ese que le regaló su padre por su alto valor sentimental.

### **/ La tumba del hermano de Andy**

En *Berlín*, Andy también le cuenta a Erik que el haber visitado la tumba de su hermano siendo ya famoso le costó la relación con sus padres.

En esto hay otro ligero guiño a Bowie: de niño y adolescente tuvo una relación muy estrecha con su hermanastro Terry, nueve años mayor que él. Terry era esquizofrénico y para la época en la que Bowie empezó a destacar como músico, fue ingresado de por vida en un hospital psiquiátrico. En 1985, Terry se escapó y se suicidó tirándose a las vías de un tren. Bowie, que estaba en la cima de popularidad de su carrera, fue criticado por no asistir al entierro y limitarse a mandar al funeral un ramo de flores con una cita de la película *Blade Runner*, pero posteriormente declaró que si decidió no asistir, fue para evitar que con su presencia aquello se convirtiese en un circo por la atención

mediática que hubiese acaparado.

Bowie estuvo buena parte de su vida obsesionado con el historial de problemas mentales de su familia (además del de Terry, hubo otros casos de esquizofrenia), y a menudo se dice que su habilidad para el cambio, así como para inventarse personajes y encarnarlos (tanto los suyos como a los que dio vida en el cine y el teatro) fue su manera de hacerle frente al temor de desarrollar la misma enfermedad. Además, usó a Terry como referencia en muchas de sus canciones; por citar unas pocas, *All the Madmen (todos los locos)*, *Aladdin Sane* (un juego de palabras con la frase *a lad insane*; es decir, un chico demente) o *Jump They Say (salta, te dicen)*, en la que habla de las voces que oye un esquizofrénico y las consecuencias de obedecerlas.

### **/ Las visitas a la RDA**

Durante su estancia en Berlín, Bowie e Iggy Pop visitaron en varias ocasiones la RDA, algunas de ellas en compañía de Esther Friedman, fotógrafa alemana y novia de Iggy por aquel entonces. Se dice que el nombre de Bowie figuraba en varios expedientes confidenciales del gobierno de la Alemania del Este, quienes vigilaron sus movimientos.

En la novela, Andy y Todd visitan varias veces Berlín Este, algo que les deja una profunda huella.

### **Track 10:**

#### **/ Elegie**

Patti Smith es (junto a The Rolling Stones y Roger Hodgson, de Supertramp) la única de todos aquellos a los que admiro de la oleada de los 70 a la que he tenido el placer de ver en directo (actuó en mi ciudad en 2011). Esta canción, de su disco *Horses*, me parece desgarradora, y la letra encajaba con la tristeza que experimentan Debbie, Erik y Todd al volver a encontrarse tras la muerte de Andy.

#### **/ Rock 'N' Roll Suicide**

En las notas previas a *Berlín* ya mencioné esta canción, al decir que considero que Kurt Cobain es el *suicida del Rock 'N' Roll* de mi generación. Si bien he usado su título en *Berlín* de forma literal para hablar de Andy, lo cierto es que esta es una de las canciones más especiales de Bowie por el mensaje que encierra: en ella, les dice a todos aquellos que se sienten raros y marginados que no están solos, y que son maravillosos tal y como son (de ahí viene lo que dice Debbie en el concierto homenaje a Andy en el epílogo de la novela). Son muchos los que afirman (entre ellos Ru Paul o Boy George) que



*Rock 'N' Roll Suicide* les mostró durante su adolescencia que en el mundo había lugar para los que iban a contracorriente. Es, por así decirlo, un pequeño himno LGTB.

Asimismo, la fecha que elige Andy para quitarse la vida no es casual: es la misma en la que se suicidó Kurt Cobain: el 5 de abril de 1994.

### **/ Debbie**

El personaje de Debbie tiene tres guiños. El primero, en nombre y aspecto físico, es a Debbie Harry, cantante de Blondie, quien fuera muy amiga de Iggy Pop y Bowie durante los 70. Por otro lado, a Romy Haag, artista alemana transexual de cabaret por la que Bowie estaba loco (fueron amantes durante un tiempo, y se dice que otro de los motivos por los que decidió establecerse en Berlín en 1976, fue ella). Romy Haag se sometió a una operación de cambio de sexo en 1983 (Debbie lo hace varios años más tarde en la novela).

Por último, Erik menciona la voz de contralto de Debbie. Esto es un guiño a Nina Hagen, cantante alemana cuyo timbre de voz me alucina. Nina es, además, natural de Berlín Este.

### **/ El homenaje en Wembley**

Si pudiera viajar al pasado y me dieran a elegir un evento musical al que me gustaría asistir, escogería sin dudar el concierto homenaje a Freddie Mercury en 1992, en el antiguo estadio de Wembley, Londres. Bowie intervino cantando, entre otras, *Under Pressure*, el tema que compuso conjuntamente con Queen.

A modo de nota personal, he de decir que tuve la suerte de asistir a un concierto en el antiguo estadio de Wembley cuando tenía 17 años; poco después lo demolieron para construir el actual.

## **Track 11:**

### **/ *Shine a Light***

Tampoco podía dejar a los Stones fuera de esta novela repleta de guiños... La elegí para darle forma a la pasión con la que Andy vive la música, *convirtiendo cada canción que canta en su himno favorito.*

### **/ *Lust For Life***

Posiblemente la canción más famosa de Iggy Pop, sobre todo después de que fuera incluida en la banda sonora de la película *Trainspotting*. La elegí para darle título al capítulo por lo que representa, *lujuria por la vida* (algo que los personajes hacen en esas escenas; vivir el momento como si no hubiera nada más), pero lo cierto es que me encanta su trasfondo: Bowie e

Iggy Pop solían tomarse un descanso en su piso de Berlín para ver por televisión la serie *Starsky and Hutch*. Las emisiones del canal de las Fuerzas Aliadas comenzaban con una señal acústica que les inspiró la percusión con la que empieza *Lust For Life*. Sobre esa idea, Bowie improvisó la melodía principal con el ukelele de Duncan (su hijo), y tras ocurrírsele el título, le dijo a Iggy: *Toma, haz algo con esto*. La grabaron en Hansa.

### **/ Las palabras proféticas de Demian**

En este capítulo, Erik recuerda cómo Demian le aseguró que *Signals from Mars* sería catalogado de catástrofe comercial por los directivos, acogido con cierta tibieza entre el público y que se convertirá en una influencia para artistas futuros. Esto es un guiño a *Low*, el primer disco de la trilogía berlinesa de Bowie. Son muchísimos los grupos y artistas que han declarado que *Low* fue (y es) su biblia: New Order, Depeche Mode, Pet Shop Boys, Eurythmics, Beck, Moby, etc., así como un buen montón de productores actuales de música electrónica. *Low* contribuyó a popularizar el uso de los sintetizadores durante los años 80.

A nivel personal, he de reconocer que la primera vez que escuché *Low*, pensé: «Joder, qué disco más raro». Pero a medida que lo fui escuchando más veces, y después de investigar sobre las circunstancias en las que fue creado, me enamoré de él. Puede que sea, junto con el *disco blanco* de los Beatles, mi álbum favorito de todos los tiempos.

### **/ La escena de cama de Andy y Demian**

Al final de este capítulo, Erik, a punto de marcharse del piso, ve que Andy y Demian están durmiendo juntos en la cama de Andy. Esto es un guiño a la escena de la película *Velvet Goldmine* en la que la mujer de Brian Slade los pilla así a él y a Kurt Wild. Ella lo adorna con la frase: «Ver a dos personas desnudas durmiendo en la misma cama no implica que haya habido sexo entre ellas».

La escena de la película está inspirada, a su vez, en las declaraciones de Angela (Angie), la primera mujer de Bowie, que afirmó que una mañana en su casa se los encontró así a él y Mick Jagger. Precisamente, cuenta la leyenda que Jagger escribió *Angie*, la famosa canción de los Rolling Stones, para Angela a modo de disculpa...

## **Track 12:**

### **/ Heroes**

Tal y como conté antes, Bowie escribió la letra de esta canción en Hansa

tras presenciar la despedida de una pareja junto al Muro. Ha pasado a la historia como una canción de tintes épicos (todos podemos ser héroes por un día enfrentándonos a las adversidades) y, sobre todo, como símbolo de la división de Berlín (y Alemania) y su posterior reunificación, aunque su letra se puede interpretar también como el punto de vista de Bowie sobre cómo su primer matrimonio se estaba yendo a pique.

### ***/ Weeping Wall***

Elegí este tema instrumental de *Low* (*Weeping Wall* vendría a ser, en español, *muro que solloza*) que recrea el Muro de Berlín para darle título al capítulo porque me pareció que ilustraba la obsesión de Andy por cómo el Muro marcó la vida de tanta gente, en especial la de Erik.

### ***/ Signals from Mars***

El título del primer disco que Andy compone y graba en Berlín es un guiño a *Life On Mars?*, una de las canciones más famosas de David Bowie.

En el caso de *Signals from Mars*, Andy compara Berlín con Marte por sentirse ahí como si estuviera en otro planeta, desde el que lanza señales (canciones) con la esperanza de que en la Tierra alguien las escuche y comprenda lo que quiere transmitir con ellas.

### **/ El concierto ante el Reichstag**

Los dos conciertos que Andy da en Berlín a lo largo de la novela tienen lugar en la explanada del edificio del Reichstag. Esto es otro guiño a Bowie, quien en 1987 dio un recital en ese mismo lugar, con parte del sistema de megafonía orientado hacia Berlín Este.

Según declaró el propio Bowie, aquella fue la actuación más emocionante de su vida. Tras dedicar en alemán la canción *a los amigos que están escuchando al otro lado del Muro*, cantó *Heroes*, y los aplausos de la gente congregada en el lado este se pudieron oír desde el escenario.

Ese concierto está considerado como la primera manifestación masiva y pacífica de la población de Berlín Este. Las manifestaciones siguieron repitiéndose a partir de entonces, algo que terminaría, dos años después, por propiciar la supresión de la frontera.

Tras la muerte de Bowie en enero de 2016, el Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania publicó un tuit en el que le daba las gracias por haber contribuido a la caída del Muro de Berlín.

### **/ El vínculo autor - productor**

En este capítulo, Andy le dice a Erik que tras saber lo que es trabajar con él, no quiere trabajar con ningún otro productor. Esto es un leve guiño al

prestigioso productor Tony Visconti, quien produjo nada menos que trece de los treinta y cinco álbumes de Bowie, entre ellos varios directos, los de la *trilogía de Berlín*, y tanto los primeros como los últimos que conformaron su discografía.

La relación personal entre ambos era tan estrecha que Visconti fue una de las pocas personas que sabían que Bowie estaba enfermo de cáncer cuando comenzaron a preparar *Blackstar*, y según declaró, fue el primero en darse cuenta al perfilar el material que Bowie estaba concibiendo un disco de despedida para sus fans.

#### **/ El tema de Klaus en alemán**

La idea de que Andy cantase en alemán la canción que le dedica a Klaus, a quien Erik no volvió a ver tras fugarse de la RDA, se me ocurrió tras escuchar las estrofas de la versión de *Heroes* que Bowie grabó en dicho idioma (*Helden*).

#### **Track 13:**

##### ***/ Sunday Morning***

Este tema de la Velvet Underground (la banda de la que formaba parte Lou Reed) parece hablar de una resaca descomunal un domingo por la mañana, pero a mí me transmite la sensación del mal presagio de las llamadas telefónicas a destiempo. Algo que tiene bastante peso en la novela.

##### ***/ Teenage Dream***

Esta canción de T. Rex da nombre al capítulo para representar cómo los sueños de adolescente de Ian se hicieron realidad al conocer a Andy, su ídolo, y cómo estos se desvanecen al perderlo. A su vez, el personaje de Ian incluye dos guiños, de los cuales hablaré más adelante.

##### ***/ El futuro pertenece a aquellos que lo intuyen***

La frase de Andy a la que Erik hace mención, es un guiño a una de las frases más conocidas de David Bowie: *Tomorrow belongs to those who can hear it coming* (*el mañana pertenece a aquellos que pueden oírlo llegar*), que fue usada como eslogan promocional para *Heroes*.

#### **Track 14:**

##### ***/ The Show Must Go On***

Una de mis canciones preferidas de Queen, escrita por Brian May, en la que Freddie Mercury, ya enfermo de SIDA, parece recalcar que pese a saber que su fin está cerca, *el espectáculo debe continuar*. La elegí para ilustrar que

Andy, pese a estar destrozado por la noticia que le acaban de dar, se debe a su público.

### ***/ Cracked Actor***

La canción que pone nombre al capítulo pertenece al disco de Bowie *Aladdin Sane*, y habla de cómo un actor de Hollywood en declive (y dentro del armario) es chantajeado y menospreciado por uno de sus amantes. En este caso, la escogí porque me gustaba el simbolismo del actor que, pese a estar roto por dentro, se pone la máscara de su personaje y sigue adelante; como Andy al subirse al escenario.

### **/ La muerte de Demian**

Si antes comenté que me había inspirado en ciertos aspectos de Marc Bolan para darle forma al personaje de Demian, me dejé uno en el tintero a propósito: la muerte de Demian también es un guiño. Dos, en verdad.

Primer guiño: en septiembre de 1977, cuando le quedaban pocos días para cumplir treinta años, y apenas un par de semanas después de grabar con Bowie un especial de televisión, Marc y su novia Gloria tuvieron un accidente de coche. Ella estaba al volante. Como consecuencia, Gloria se partió la mandíbula y sufrió un daño irreparable en las cuerdas vocales que puso fin a su carrera como cantante; en cuanto a Marc, murió en el acto. Bowie fue a su funeral en Londres y regresó a Berlín muy afectado. Puesto que tanto Gloria como Rolan, el hijo de tres años que tuvo con Marc, quedaron desheredados (Marc seguía legalmente casado con otra en el momento de su muerte), Bowie, que era el padrino del niño, costeó la manutención y los estudios de Rolan hasta que este se licenció en Bellas Artes por la Universidad de California.

En *Berlín*, Demian también pierde la vida cuando está a punto de cumplir treinta años. Al igual que mi personaje, en el momento de su muerte Marc Bolan era un ídolo de masas, pero con el paso del tiempo ha ido cayendo en el olvido de las nuevas generaciones (de ahí que Erik siga dejándole flores a Demian siempre que va a Nueva York, aunque ya nadie más lo haga). De hecho, mucha gente (entre los que me incluyo) descubrió la música de Marc Bolan y T. Rex a raíz de la banda sonora de la película *Billy Elliot*, en el año 2000.

Segundo guiño: en diciembre de 1980, John Lennon fue asesinado en Nueva York a la entrada del edificio Dakota, junto a Central Park, donde vivía. Lo mató a tiros Mark David Champan, quien con ello pretendía que su nombre pasara a la historia (algo que tristemente logró).

Bowie y Lennon eran muy amigos. En el momento del asesinato, Bowie se

encontraba en Nueva York, donde estaba actuando en Broadway representando la obra de teatro *The Elephant Man*. John Lennon y Yoko Ono tenían entradas para ir a verle a la noche siguiente, y Chapman, que tenía a Bowie como segundo en su lista si no conseguía matar a Lennon, había comprado la entrada para una butaca contigua. Bowie declaró que estaba tan afectado que estuvo a punto de no salir a escena. Sin embargo, lo hizo, pese a que actuar viendo los tres asientos vacíos de la primera fila fue de las situaciones más duras a las que se enfrentó sobre el escenario.

En la novela, Demian es asesinado a las puertas del edificio Dakota, donde vivía, y Andy sale a actuar tras enterarse del asesinato.

Una última curiosidad: tras la muerte de Bowie, Yoko Ono declaró que siempre que él estaba en Suiza (donde solía pasar largas temporadas), iba al internado en el que estudiaba Sean (el hijo que tuvieron Lennon y Ono; contaba con seis años cuando Lennon fue asesinado) y le regalaba novelas de ciencia ficción, se lo llevaba con él a visitar museos, al estudio de grabación o simplemente a que pasara tiempo con su propio hijo, Duncan, pues tenían más o menos la misma edad.

Este rol paternal que Bowie adoptó con respecto a los hijos de sus amigos fallecidos me sirvió de inspiración para Andy, pues en cierta manera este también lo ejerce para con aquellos a los que realmente quiere (Todd, Debbie y Erik).

### **Track 15:**

#### ***/ Fame***

Siguiendo con el guiño a John Lennon, no se me ocurría una canción mejor para ilustrar este capítulo que la canción que él y Bowie escribieron y grabaron juntos. Gracias a esta colaboración, Bowie consiguió con *Fame* su primer número uno en Estados Unidos.

A su vez, la letra ilustra las miserias de la fama, algo que afecta irremediabilmente al personaje de Andy.

#### ***/ Walk On The Wild Side***

La canción más popular de Lou Reed habla de una Nueva York llena de gente variopinta, de excesos y atrevimiento (y de travestis, sexo oral y drogas, entre otros. La próxima vez que la escuches en la radio, piensa en ello, je, je, je). La elegí para darle título al capítulo por escenificar el primer contacto de Erik con Nueva York al verse rodeado, de buenas a primeras, de tantas personalidades del mundo de la música, y comprobar de primera mano cómo

es el mundo de desenfreno en el que se mueven. *Un paseo por el lado salvaje.*

### **Track 16:**

#### ***/ Heroin***

Lou Reed era adicto a la heroína desde su etapa con el grupo The Velvet Underground. *Heroin* es una canción larga, extraña y cruda, en la que se narra la experiencia de alguien que tras consumirla se cree el hombre más poderoso del mundo, capaz de ir hasta donde su imaginación dicta, para caer luego en un agujero de desesperación donde ya no importa estar medio vivo o medio muerto. Algo que ilustra no solo la recaída de Todd a lo largo del capítulo, sino el vacío en el que se va sumiendo Andy.

#### ***/ Something I Can Never Have***

Bowie adoraba a Nine Inch Nails (NIN), a los que se llevó de gira como teloneros durante los años 90, y sentía especial devoción por su cantante y líder, Trent Reznor, a quien consideraba un genio. Muchas de las canciones de Reznor recrean un denso estado de oscuridad, entre ellas *Algo que nunca podré tener*; la elegí porque parece hablar de la desesperación de perder lo que más querías.

Él también tuvo serios problemas de adicción a las drogas tras alcanzar la fama.

#### **/ El abandono de Todd**

En este capítulo, Todd se marcha de buenas a primeras de Berlín. Esto es un guiño a la marcha de Iggy Pop en algún punto de 1977. Hay quienes dicen que Bowie lo echó del piso que compartían, harto de que hubiese recaído en el consumo de heroína. Otros dicen que Iggy Pop se largó, harto de que Bowie lo controlara a todas horas, en lo personal y en lo musical. Lo cierto es que tras ello, ambos se distanciaron durante varios años.

En la película *Velvet Goldmine* también hay un guiño a esto cuando se produce la ruptura (colaborativa y sentimental) entre Brian y Kurt, y es Kurt quien se marcha de la casa de Brian entre gritos, lágrimas y reproches. Curiosamente, en la película Kurt acaba en Berlín Oeste con Jack Fairy (personaje que vendría a estar inspirado en los orígenes en el *glam* de Brian Eno), y en la escena en la que ambos salen en Berlín, se los ve en una cafetería. ¿Casualidad...?

### **Track 17:**

#### ***/ Breaking Glass***

De nuevo una canción de *Low* ilustra este capítulo, hablando de las consecuencias que puede tener sobre una persona el consumo indiscriminado de estupefacientes, y cómo Erik decide tomar cartas en el asunto para que Andy asimile y acepte de una vez que tiene un problema y que tiene que poner de su parte para remediarlo.

### **/ *German Days***

Parece que Iggy Pop también sacó a relucir cierta nostalgia con respecto a su juventud en Berlín a través de *German Days (días alemanes)* publicado en su último disco (*Post Pop Depression*, de 2016). Más que su letra críptica, lo que me inspiró de esta canción para darle forma al capítulo fue su atmósfera sombría, al igual que 1978, un año que en la novela Erik describe como nefasto.

### **/ Los siete gramos**

El consumo extremo de cocaína por parte de Andy es otro guiño a la cantidad que Bowie se metía a diario en su peor época. Tanta que hasta otros adictos célebres de su entorno se escandalizaban.

### **/ Harlem**

En la novela, Todd acaba viviendo en las calles de Harlem, al norte de Manhattan, donde también consigue y consume heroína. Más allá de la mala reputación del barrio en las épocas en las que está ambientada la novela, lo cierto es que la inspiración vino de la canción *I'm Waiting For The Man*, de The Velvet Underground, en la que se cuenta cómo alguien de la *downtown* sube hasta la *uptown* y se queda en medio de Harlem (entre Lexington y la 125) esperando *a su hombre* (a su camello), llamando la atención de los del lugar, que le preguntan *qué haces en nuestro territorio, chico blanco*.

Personalmente, guardo un buen recuerdo de Harlem, pues fue donde me alojé durante una semana con mi marido durante el viaje que hicimos a Nueva York en 2017.

## **Track 18:**

### **/ *The Pure and The Damned***

Esta canción extraña, con una letra emotiva y profunda, es una colaboración muy reciente entre Iggy Pop y el músico experimental Oneohtrix Point Never. La elegí para ilustrar el capítulo porque me pareció que describía a la perfección el motivo por el que Erik decide compartir con Debbie y Todd (*los puros y malditos*) la verdad sobre su pasado: simplemente porque los quiere.

### **/ Sons of the Silent Age**



Una de las canciones de *Heroes*, compuesta y grabada en los estudios Hansa de Berlín, en la que Bowie habla de las masas dormidas. Posiblemente con más de una referencia a los berlineses obligados a permanecer callados en esa *era de silencio*. La elegí para darle título al capítulo porque me pareció que representaba el despertar que Erik ve en sus semejantes, una reconciliación con la ciudad y su identidad que él aún no ha logrado.

### **Track 19:**

#### ***/ Perfect Day***

Después de *Walk On The Wild Side*, esta es la canción más famosa de Lou Reed. Aunque se la considera una canción de amor, en verdad tiene una segunda lectura: en efecto, se puede interpretar como una canción dirigida a la persona amada, dándole las gracias por haber hecho perfecto el día con su sola presencia, pero también se puede interpretar como el pensamiento de un adicto que agradece que la heroína le haga sentirse en paz consigo mismo aunque sea por un rato, evadiéndolo de la realidad y haciendo que el día tras el chute sea perfecto.

La elegí para ilustrar el capítulo por estas dos lecturas: por un lado, Andy le da las gracias a Erik por haber ido a visitarle a la clínica de desintoxicación, pues con su sola presencia le ha hecho inmensamente feliz y le da fuerzas para seguir luchando; por otro lado, Todd solo encuentra consuelo y una falsa sensación de paz cada vez que consume heroína, lo único que le hace seguir adelante a pesar de ser consciente de que está acabando con él. Y rizando el rizo, de nuevo Erik, que al acceder a ayudarlo a salir del agujero, hace de ese día en que vuelven a encontrarse *un día perfecto*.

#### ***/ Bizarre Love Triangle***

Una de mis canciones preferidas de New Order, y del sonido de los 80 en general. La escogí porque su título habla por sí solo de la relación entre Andy, Todd y Erik: un extraño triángulo amoroso. Como curiosidad, hay un grupo *indie* gallego que lleva también por nombre el título de esta canción, solo que traducido al español: Triángulo de Amor Bizarro.

#### ***/ It Was Me vs China Girl***

El que Andy decida grabar su propia versión de una de las canciones que coescribió con Todd es también un guiño a la historia Bowie-Pop. De hecho, es mi guiño favorito.

En 1976, los dos escribieron juntos *China Girl*, canción que formó parte del primer disco de Iggy en solitario (*The Idiot*, publicado en 1977). Tanto la

canción como el disco tuvieron un recibimiento bastante tibio, y acaparó más la atención por todo el trabajo que Bowie hizo en él que por ser un disco de Iggy en sí (hay quienes consideran que la verdadera *trilogía de Berlín* de Bowie es *The Idiot*, *Low* y *Heroes*).

En 1982, tras llevar varios años distanciados, Bowie se enteró de que Iggy estaba otra vez pasando una mala época (aún adicto a la heroína; en bancarrota tras haber sacado varios discos que fueron un fracaso en ventas), y decidió grabar su propia versión de *China Girl* e incluirla en el disco que estaba preparando (*Let's Dance*) para que Iggy recibiera ingresos por la mitad de los *royalties* de la canción.

El *China Girl* de Bowie se convirtió en un megaéxito. *Let's Dance*, publicado en 1983, sigue siendo su disco más vendido, e Iggy Pop recibió varios millones de dólares por la parte que le correspondía de los *royalties* (ingresos que continúa recibiendo).

Ese fue el punto de inflexión definitivo para Iggy: se rehabilitó y dejó la heroína, sentó más o menos la cabeza (lleva quince años casado; su tercer matrimonio) y, sobre todo, tras un parón de varios años en los 80 en los que no sacó nada nuevo al mercado (volvió a trabajar con Bowie en el 86, quien le produjo su álbum más comercial), no ha dejado de sacar discos, salir de gira y actuar en películas.

En el momento de escribir estas líneas cuenta con setenta años, y ha sobrevivido a muchos de los que no daban un duro por él en sus horas bajas, incluido su *manager* en la banda donde saltó al estrellato, The Stooges. Poco después de hacerse pública la muerte de Bowie, Iggy Pop declaró que *la amistad de David fue la luz de mi vida*, que *le resucitó* creyendo en él cuando nadie más lo hacía, y que si no hubiera sido por su empeño, seguramente *hubiera acabado ganándome la vida tocando la guitarra en la calle 42* (de Nueva York) *a cambio de unas monedas*.

Es algo que quería reflejar en la novela a través de Andy y Todd. Con sus propios matices, claro está.

### **/ El retrato de Andy**

En *Berlín*, Todd va desarrollando su talento para la pintura hasta convertirse en un artista de renombre. El retrato que le hace a Andy para darle las gracias es también un guiño a la relación Bowie-Pop.

En la vida real, el que pintaba era Bowie. Entre los cuadros que realizó durante su estancia en Berlín, hay un retrato de Iggy Pop que lleva por título «J.O.» (siglas de James Osterberg, el nombre real de Iggy). En la novela, el

retrato que hace Todd se titula «A.S.» (siglas de Andrew Smith, el nombre real de Andy).

### **Track 20:**

#### ***/ You Can't Always Get What You Want***

Una de mis canciones favoritas de los Stones para representar que, a veces, lo único que nos hace falta es saber lo que realmente necesitamos. En el caso de Erik, reconciliarse con su pasado.

#### ***/ Himmelblau***

*Himmelblau*, la canción que da nombre al capítulo, significa *cielo azul* en alemán. Es uno de los temas que forman parte del disco *Wunderbar*, de Wolfgang Riechmann (uno de los mayores exponentes del sonido sintético *krautrock*).

La elegí para darle nombre al capítulo porque la visión de un cielo azul siempre produce esperanza. En el caso de Erik, la de hallar las respuestas que necesita.

### **Track 21:**

#### ***/ Time***

Otra de mis canciones preferidas de Bowie. Me pareció que la estrofa con la que empieza simbolizaba lo tragicómico de la relación entre Andy y Erik.

#### ***/ Slip Away***

Pertenciente a uno de los últimos discos de Bowie (*Heathen*, de 2002), elegí esta canción para darle nombre al capítulo no solo porque parece hablar de cómo el paso del tiempo se nos escurre entre las manos, sino también por su trasfondo.

En una entrevista, Moby, quien estaba muy unido a Bowie en la época en la que este publicó *Heathen* (eran vecinos en el mismo barrio de Nueva York), afirmó que *Slip Away* le hacía llorar cada vez que la escuchaba porque estaba seguro de que iba dirigida a Iggy Pop. En todo caso, parece hablar con nostalgia del recuerdo de alguien querido con quien te has distanciado, lanzando, entre otros mensajes, el de *cuídate dondequiera que estés y me pregunto dónde estarás*.

Una nostalgia parecida es la que quise transmitir en este capítulo de *Berlín*, cuando Erik recrea el que fue el último día que Andy y él pasaron juntos.

#### ***/ El adiós de Andy***

Poco después de saltar la noticia de la muerte de Bowie, Brian Eno declaró

que en los últimos años los dos habían mantenido el contacto a través del correo electrónico y que solían escribirse con frecuencia. Una semana antes de morir, Bowie le mandó un email en el que le daba las gracias por los buenos tiempos compartidos, y firmaba como *Dawn* (amanecer). Tras enterarse de la muerte de Bowie, Brian Eno se dio cuenta de que con ese email se estaba despidiendo de él.

Esta anécdota me inspiró el momento en que Erik empieza a comprender que lo que Andy hizo a lo largo del último día que pasaron juntos, fue decirle adiós e instarlo a enfrentarse a sus asuntos pendientes. Justo una semana antes de morir.

Y ya para acabar este guiño, aquí va el que me dejé en el tintero con respecto al Abend: Abend significa noche en alemán (en contraposición a ese *amanecer*).

### **/ El Brit**

Yo crecí con el *britpop* de los 90. Suede, Placebo, Blur, Kula Shaker, Pulp, Oasis, Cornershop, etc. Grupos que me marcaron y que me encantan, a los que quise hacer un guiño en *Berlín* cuando Erik afirma que las nuevas generaciones (representadas por el personaje de Ian) le deben mucho a los que iniciaron el camino del *glam* en los 70.

Tanto Brian Molko (Placebo) como Brett Anderson (Suede), Jarvis Cocker (Pulp), Alex Kapranos (Franz Ferdinand) o Damon Albarn (Blur) son admiradores confesos de Bowie, y lo tienen entre sus grandes influencias.

### **Track 22:**

#### **/ *Wind of Change***

Recuerdo que cuando era jovencita me gustaba mucho esta canción. Tanto que cuando más adelante me leí la letra y comprendí que hablaba de la caída del Muro de Berlín, me sentí avergonzada por haberla considerado hasta ese momento simplemente como una balada *rock* pegadiza.

Elegí varias de sus estrofas para escenificar el reencuentro de Erik con su madre y los vientos que soplan a favor de un nuevo comienzo también para ellos, al igual que en el resto de la Alemania reunificada.

#### **/ *Welcome***

El capítulo lleva el título de *Bienvenido*, tomado de una de las piezas instrumentales que Brian Eno publicó en colaboración con el dúo alemán Cluster (basadas en el uso de sintetizadores). Viene a representar el regreso de Erik a su hogar, envuelto en los sonidos que le han permitido llegar a ser quien

es.

### **Hidden Track: Epilogue**

#### **/ La era post *Lightning***

Esto es un guiño a cómo bautizó la cantante Alaska (de la que soy fan desde niña) los días siguientes a la muerte de su gran ídolo: la *era post Bowie*.

#### **/ Brixton**

En el epílogo, Erik narra que Ian le contó todos los detalles sobre la relación entre él y Andy; por ejemplo, que se conocieron cuando Andy fue a uno de sus conciertos en Brixton.

En esto hay dos guiños: Bowie nació en el barrio londinense de Brixton, y era muy aficionado a ir a conciertos, muchas veces de incógnito, para estar siempre al tanto de las nuevas corrientes musicales. De hecho, cuentan los Franz Ferdinand que la primera vez que actuaron en Nueva York, alguien pidió ir a conocerlos al camerino, y que tardaron un rato en darse cuenta de que *el tipo de la boina, el bigote raro y las gafas a lo John Lennon* era en verdad David Bowie, que vivía a un par de calles del recinto.

#### **/ Ian Jones**

Por último, he aquí los matices sobre el personaje de Ian que aún no he desvelado. Cuando Erik menciona que para Ian, Andy fue *primero su ídolo, luego su mentor y luego su amigo*, es una cita literal de las palabras que le dedicó Brian Molko a Bowie a través de las redes sociales tras conocerse su muerte.

De todos los homenajes que invadieron Internet aquel día, ese fue el que más me emocionó (porque, cosas de la vida, antes de descubrir en profundidad la música de Bowie, yo era fan de Placebo, sin saber que precisamente fue él quien contribuyó a propulsar a Placebo).

El último guiño está en el apellido de Ian: Jones. El apellido real de David Bowie.

#### **/ The End**

Si has llegado hasta aquí, espero que estas referencias hayan despertado tu curiosidad. Si me lo permites, me tomo la libertad de sugerirte que vuelvas a leer *Berlín* teniendo todos estos guiños presentes, pues puede que cambie un poco tu percepción de la historia.

Gracias por haber estado al otro lado.

*See you on the road.*



# Listado de canciones incluidas en la *playlist*

A continuación puedes encontrar una lista de todas las canciones que forman la *playlist* de *Berlín*. El formato es: Título | Autor | Disco

*My Death - Live* | David Bowie | *Live in Santa Mónica '72*

*Schöne Hände* | Cluster, Brian Eno | *Cluster & Eno*

*Where Are We Now?* | David Bowie | *The Next Day*

*Tear Me Down* | Headwig & The Angry Inch | *Headwig & The Angry Inch OST*

*Warszawa* | David Bowie | *Low*

*Midnight Radio* | Headwig & The Angry Inch | *Headwig & The Angry Inch OST*

*By This River* | Brian Eno | *Before And After Science*

*Trans Europe Express* | Kraftwerk | *Trans Europe Express*

*A New Career In A New Town* | David Bowie | *Low*

*Dandy In The Underworld* | T. Rex | *Dandy In The Underworld*

*TV-Glotzer (White Punks On Dope)* | Nina Hagen | *Nunsexmonkrock*

*Children Of The Revolution* | T. Rex | *Tanx*

*Sound and Vision* | David Bowie | *Low*

*Andy's Chest* | Lou Reed | *Transformer*

*The Passenger* | Iggy Pop | *Lust For Life*

*Satellite of Love* | Lou Reed | *Transformer*

*Always Crashing In The Same Car* | David Bowie | *Low*

*This Mess We're In* | PJ Harvey | *Stories From The City, Stories From The Sea*

*Berlin* | Lou Reed | *Berlin*

*Ashes to Ashes* | David Bowie | *Scary Monsters*

*Lady Stardust* | David Bowie | *The Rise And Fall Of Ziggy Stardust And The Spiders From Mars*

*20th Century Boy* | T. Rex | *Tanx (The Visconti Master)*

*Some Weird Sin* | Iggy Pop | *Lust For Life*

*Elegie* | Patti Smith | *Horses*

*Subterraneans* | David Bowie | *Low*

*Rock 'N' Roll Suicide* | David Bowie | *The Rise And Fall Of Ziggy Stardust And The Spiders From Mars*

*Shine A Light* | The Rolling Stones | *Exile On Main Street*

*Gimme Danger - Bowie Mix* | The Stooges | *Raw Power*

*Lust For Life* | Iggy Pop | *Lust For Life*

*Das Lila Lied* | Mischa Spoliansky, Ute Lemper | *Berlin Cabaret Songs*



*Heroes / Helden* | David Bowie | *Heroes / Helden / Héros E.P.*

*Weeping Wall* | David Bowie | *Low*

*Sunday Morning* | The Velvet Underground | *The Velvet Underground & Nico*

*Teenage Dream* | T. Rex | *Zinc Alloy And The Hidden Riders Of Tomorrow*

*Wehrmut* | Cluster, Brian Eno | *Cluster & Eno*

*The Show Must Go On* | Queen | *Innuendo*

*Cracked Actor* | David Bowie | *Aladdin Sane*

*Seemann* | Apocalyptica, Nina Hagen | *Reflections*

*Fame* | David Bowie, John Lennon | *Young Americans*

*Walk On The Wild Side* | Lou Reed | *Transformer*

*Theme For Great Cities* | Simple Minds | *Sons And Fascination/Sister Feelings Call*

*Leaving New York* | R.E.M. | *Around The Sun*

*Heroin* | The Velvet Underground | *The Velvet Underground & Nico*

*What In The World* | David Bowie | *Low*

*Something I Can Never Have* | Nine Inch Nails | *Pretty Hate Machine*

*Breaking Glass* | David Bowie | *Low*

*German Days* | Iggy Pop | *Post Pop Depression*

*In Dark Trees* | Brian Eno | *Another Green World*

*The Pure and the Damned* | Oneohtrix Point Never, Iggy Pop | *The Pure and the Damned*

*Sons Of The Silent Age* | David Bowie | *Heroes*

*Perfect Day* | Lou Reed | *Transformer*

*Emerald and Stone* | Brian Eno, Jon Hopkins, Leo Abrahams | *Small Craft On A Milk Sea*

*Bizarre Love Triangle* | New Order | *Brotherhood*

*I'm Waiting For The Man* | The Velvet Underground | *The Velvet Underground & Nico*

*China Girl* | Iggy Pop | *The Idiot*

*China Girl* | David Bowie | *Let's Dance*

*You Can't Always Get What You Want* | The Rolling Stones | *Let it Bleed*

*Himmelblau* | Riechmann | *Wunderbar*

*Time* | David Bowie | *Aladdin Sane*

*Slip Away* | David Bowie | *Heathen*

*Wind Of Change* | Scorpions | *Crazy World*

*Welcome* | Harmonia, Brian Eno | *Harmonia & Eno '76*

*Without You I'm Nothing* | Placebo, David Bowie (dueto) | *A Place For Us To Dream*

*Lazarus* | David Bowie | *Blackstar*



«NADA ES ETERNO, SALVO LA MÚSICA,  
NI SIQUERA EL AMOR.»

NISA ARCE

BERLIN

